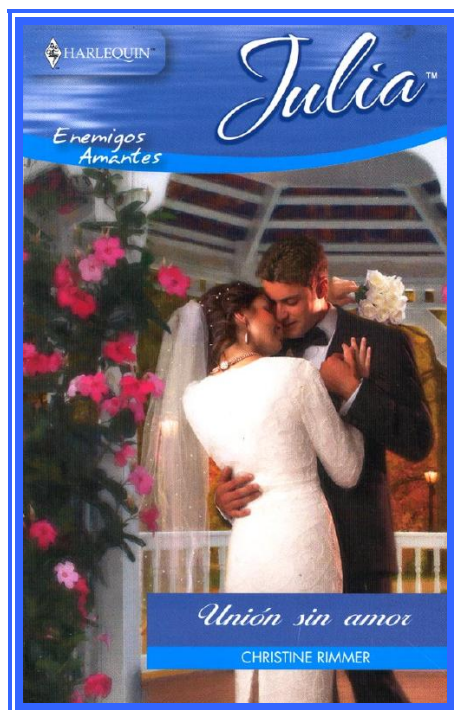


Unión sin amor

Christine Rimmer

15° Bravo 3: Lazos familiares



Unión sin amor (2010)

Pertenece a la Temática Enemigos – Amantes

Título Original: Valentine bride (2010)

Serie: 15° Bravo 3: Lazos familiares

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Julia 1857

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Caleb Bravo e Irina Lukovic

Argumento:

¿De ama de llaves a flamante esposa?

La reservada y majestuosa Irina Lukovic era la perfecta ama de llaves. Hasta que se enteró de que iba a ser enviada de vuelta a su tierra destrozada por la guerra. Así que Caleb Bravo le propuso la solución ideal; una por la que podían seguir viviendo juntos... ¡El guapo soltero se le declaró! Irina no podía creer que el superficial magnate renunciara a su libertad por ella. Pero ahora que eran oficialmente marido y mujer, súbitamente anhelaba ser su esposa en todo el sentido de la palabra.

Capítulo 1

Caleb Bravo estaba de pie en la puerta del dormitorio de su ama de llaves. Tenía en la mano la nota que ella había dejado en la encimera de la cocina.

– ¿Qué demonios es esto, Irina? – agitó el papel en el aire.

– Hola, Caleb. Llegas pronto – dijo sin mirarlo mientras metía un suéter gris en una de dos las maletas que tenía abiertas encima de la cama.

– Te he preguntado que qué haces – entró en la habitación.

– Me marchó – se irguió y lo miró.

– ¿Así, sin más? ¿A ningún sitio?

– No tengo otra elección.

– Por supuesto que la tienes – agitó de nuevo la nota –. Sólo tres frases – la acusó él –. «Caleb, tengo que irme. No vuelvo. Gracias por todo lo que haces por mí» – arrugó la nota y la tiró a una papelera que había en un rincón –. ¿Podrías al menos decirme por qué?

Se dio la vuelta y tomó un sobre que había en la mesilla.

– Esto llega por correo hace una hora – entregó el sobre.

Dentro sólo había una hoja de papel, una carta de aspecto oficial con el membrete del Servicio de Inmigración y Ciudadanía de Estados Unidos. Revocaban su concesión de asilo político. Tenía que presentarse en su centro de San Antonio de inmediato.

– ¿Qué demonios es esto? – repitió –. ¿No tienes tarjeta de residencia? ¿No te han servido para eso todos estos años?

– Tengo permiso de trabajo y solicito la residencia, pero hay... retrasos. Muchos retrasos.

– No pueden hacer eso, no pueden mandarte de vuelta a Argovia.

– Pues así es – le quitó la carta, volvió a doblarla y la metió en el sobre.

Dejó el sobre en la mesilla y siguió haciendo el equipaje. La miró mientras se movía en silencio del armario a la cama y de vuelta al armario.

Aquello no estaba sucediendo, no podía estar sucediendo.

No podría arreglárselas sin Irma. Era la mejor. Recogía lo que él desordenaba, se ocupaba de su colada, cocinaba sabrosos platos cuando se lo pedía... y ni siquiera movía una pestaña cuando lo veía o a él o alguna novia suya andando por la casa desnudos.

Era la perfecta ama de llaves. Silenciosa y competente y siempre tranquila. Se anticipaba a todas sus necesidades y se las arreglaba para ser casi invisible. Jamás encontraría otra como ella.

¿Y qué pasaba con Victor?

El primo de ella, Victor Lukovic era su mejor amigo. Le debía a Victor la vida. No podría soportar que Victor pensara que había echado a su prima pequeña.

– Irina.

– ¿Sí?

– ¿Adónde vas?

Ella frunció el ceño y sacudió la cabeza. Después volvió al armario a por una pila de deprimente ropa interior de algodón blanco.

– Entonces... ¿vuelves a Argovia?

– Jamás volveré allí – metió la ropa interior en la maleta más grande y la cerró.

– Pero si no vas allí, entonces...

– No hace falta que lo sepas – recogió un ordenador portátil que había comprado pocos meses después de empezar a trabajar para él y lo metió en un bolsillo de la maleta pequeña.

Cerró también esa maleta y la puso en el suelo, después la grande.

– ¿Sabes tú dónde vas?

No hubo respuesta. Colocó las maletas una al lado de otra con una pequeña separación, después se metió ella en ese espacio y lo miró.

– Gracias por todo lo que haces por mí, Caleb. Eres un buen jefe. El mejor – como siempre iba vestida de pies a cabeza de gris.

No la había visto jamás con algo de colores. Tampoco de manga corta. Y llevaba blusas y suéteres de cuello alto desafiando por completo el verano asesino de San Antonio. Parecía tan... apenada. Perdida. Y sola.

– ¿Has llamado a Victor para contárselo? – preguntó él.

– No. Mi primo ya hace mucho por mí. No necesita un problema más.

– Irina, vamos... – sin pensarlo la agarró. Ella se zafó de su mano y dio un paso atrás.

– Por favor, tengo que irme.

Mala idea, a ella no le gustaba que la tocaran.

– Lo siento, no quería...

– No haces nada mal – dijo tranquila mientras agarraba las dos maletas –. Por favor, déjame pasar.

– Vamos. Dame un poco de tiempo, ¿vale? Antes de... desaparecer. Nadie va a venir a atraparte en los próximos diez minutos.

Dejó las maletas y murmuró algo en argoviano. Bajó la cabeza y después alzó la vista.

– Oh, Caleb...

– ¿Qué daño puede hacerte? – sonrió –. Un par de minutos para hablar...

– ¿Para qué? Es inútil...

– Irina, por favor – la miró intensamente.

– De acuerdo, adelante, habla.

– No me puedo creer que fueras a marcharte así y dejarme preocupado y preguntándome qué habría sucedido. Si no hubiera llegado pronto... – sacudió la cabeza incrédulo –. Ibas a marcharte y ya está, ¿no?

– Sí. ¿Ya terminamos la conversación?

La brillante idea se dibujó en su mente en ese momento mientras la miraba allí de pie, triste y perdida entre dos baqueteadas maletas. Sabía qué hacer.

– Nos casaremos – dijo él –. Es la solución perfecta.

Ella no dijo nada, se limitó a mirarlo en silencio en medio de esas dos maletas.

Tenía que alejarla de las maletas.

– Vamos – hizo un gesto por encima del hombro –. Vamos al salón. Sentémonos. Bebamos algo. Hablemos. Lo pensaremos juntos.

Ella siguió allí de pie en silencio entre sus maletas mirándolo con una expresión que no decía nada.

– ¿El salón? – repitió él casi temiendo haberla asustado y que tirase las maletas por la ventana y ella saltase detrás.

Hubo otro largo silencio y entonces, cuando estaba a punto de perder las esperanzas, dijo:

– Vale. De acuerdo. Hablemos.

– Estupendo – dijo él –. Fantástico – se dio la vuelta y ella lo siguió sin hacer ruido. En el salón, se apoyó en un sillón de cuero –. ¿Algo de beber? – preguntó en tono alegre.

– No, gracias – dijo ella, y apretó los labios.

Así que él se sentó en el sillón a pocos metros de ella y puso su expresión más sincera.

– Irina, no me puedo permitir perderte. De eso va todo esto. Eres demasiado buena en lo que haces. Jamás podría reemplazarte. Es sencillamente imposible.

Extraño. Llevaba dos años trabajando para él. La cuestión de no poder tocarla nunca había sido un problema antes, pero en ese momento era irritante. Si pudiera tocarla, sabría que la convencería. Pero él estaba en un sillón y ella en otro, y dado que el contacto físico estaba descartado, decidió que tendría que conseguir llegarle al corazón. Por suerte, era un maestro en eso. Se ganaba la vida así, después de todo.

– Tienes que admitirlo. Nos hemos llevado muy bien. No tengo quejas, ¿y tú?

Tragó saliva y negó con la cabeza, el largo flequillo se movió como un velo sobre sus grandes ojos.

– Además está Victor, Irina. ¿Qué le digo a Victor si no arreglamos esto? No puedo creer que ni siquiera se lo fueras a decir.

– No... puedo decírselo. Tiene familia aquí. Ya hace mucho por mí. Mejor no implicarlo.

– Le debo la vida – dijo Caleb con un toque dramático.

O eso pensaba él hasta que se dio cuenta de que ella trataba de no sonreír.

– No deberías conducir tan deprisa.

Sí, cierto, le gustaba conducir deprisa, siempre le había gustado. Cuando aún estaban en Utah, Victor le había sacado de un coche en llamas después de que él hubiera perdido el control y hubiera chocado contra un muro. Aún se arrepentía de haber destrozado ese coche. Un Mustang del 68 que había restaurado él mismo en el instituto con un poco de ayuda de su hermano Jericho.

– Esto no tiene nada que ver con la conducción – le dijo en un tono al mismo tiempo severo y de reproche –. Esto tiene que ver contigo y conmigo y con el pobre Victor, que se va a quedar más que alucinado si te marchas de mi casa y desapareces. Esto tiene que ver con que necesitas permitirme que haga esto por ti y por el hombre que salvó mi vida.

Irina lo miraba con expresión indescifrable. Finalmente dijo con calma:

– Te casas conmigo para no tener que casarte con esa tal Emily.

Pillado. Sí, claro. Quitarse de encima a Emily Gray sería un beneficio extra. De todos modos, ¿en qué estaba pensando para acostarse con una colega? Jamás debería haberlo hecho. Pero era un problema que tenía en lo referente a las mujeres. ¿Cómo iba a resistirse? Olían tan bien y tenían una piel tan suave...

Carraspeó.

– Irina, sabes que no iba a casarme con Emily.

– Lo malo es que Emily no lo sabe.

Cierto. Demasiado cierto. Justo la noche anterior, Emily lo había seguido por la casa diciendo: «Tic, tac, tic, tac...». Era el sonido de su reloj biológico. Quería un anillo y un bebé antes de los treinta y cinco. Él sólo quería quitársela de encima. Pero Emily era una mujer de ideas fijas y no aceptaba que él no fuera su hombre.

Volvió a Irina y sus problemas con Inmigración. Puso la mejor de sus sonrisas.

– Bueno, una vez que nos hayamos casado, Emily lo verá todo claro.

Hubo un silencio enervante. Irina seguía mirándolo desde debajo del flequillo con las manos unidas en el regazo. Él mantuvo la boca cerrada esperando que accediera a casarse con él reconociendo que era útil para los dos. Pero ella no decía nada. Cuando no pudo soportar el silencio por más tiempo, dijo:

– Mira, ¿podemos olvidarnos de Emily, por favor?

Ella se limitó a asentir en silencio.

–Acordado –dijo con confianza–. Volaremos a Las Vegas mañana y nos casaremos el día de San Valentín. La semana que viene podrás ir a Inmigración con un certificado de matrimonio en la mano.

–No lo entiendes.

–Entender ¿qué?

–Conseguir un permiso de residencia por matrimonio no es tan fácil como sale en las películas de la tele. Tu gobierno es muy... –frunció el ceño buscando la palabra– estricto y se asegura que el matrimonio sea de verdad. Habrá reuniones, ¿comprendes? Reuniones con los oficiales de Inmigración. Y quienes llevan el caso pueden presentarse aquí en cualquier momento sin avisar y demostrar que hemos mentido.

–Oh, vamos, es una agencia del gobierno. Me apuesto mi Audi R8 a que no tienen personal suficiente para andar visitando a la gente de modo aleatorio.

–No es aleatorio. Y tienes razón, las visitas en casa no son frecuentes. Pero suceden, Caleb. Si no creen que el matrimonio es cierto y pueden demostrar que mentimos, eso será muy malo.

–¿Quieres decir que te deportarán?

–Peor. Es un delito casarse falsamente para conseguir la residencia. Si lo descubren, los dos pagaremos grandes multas e iremos a la cárcel. Y cuando me suelten, entonces me deportarán y después jamás tendré la oportunidad de conseguir la residencia.

Aquello empezaba a parecer un reto. Él siempre había disfrutado con los desafíos.

–Podemos hacerlo. Podemos convencerlos. Soy muy convincente cuando me pongo.

–Hay más.

–¿Qué quiere decir más?

–El matrimonio tiene que durar al menos dos años.

Esas palabras lo dejaron mudo unos segundos.

–No lo dices en serio.

–Sí. Dos años. ¿Quieres estar casado con tu ama de llaves dos años?

–Dos años... –la verdad era que no quería–. Eso no puede ser. ¿Estás segura?

–Sí.

–Me parece un poco... exagerado.

–Bueno, si lo piensas, un matrimonio de verdad dura hasta la muerte –chasquéo los dedos–. Dos años no son ni de lejos una vida. Pero a Inmigración le sirve para creer que la boda fue de buena fe.

–A mí me parece demasiado.

Irina se puso de pie tan deprisa que lo sobresaltó.

– Guau. Irina... ¿Qué?

– Voy a traerte el libro.

– ¿Qué libro?

– Manual de Inmigración de los Estados Unidos. Hay muchas cosas sobre la residencia por matrimonio. Te busco las páginas en las que viene lo de los dos años y en las que vienen las penas por matrimonio falso –se movió–. ¿Crees que soy tonta? ¿Crees que no considero todas las opciones que hay para quedarse en este país? Soy muchas cosas, Caleb Bravo, pero no tonta.

– Vale – juntó las manos –. Te creo. No necesito ver el libro.

– ¿Seguro?

– Seguro. Vuelve a sentarte.

Se sentó en el borde del sillón y lo miró con los ojos entornados.

– ¿Estás enfadada? – trató de recordar si la había visto enfadada alguna vez.

– Deberías saber que jamás te miento. Lo juro. Si no me das este trabajo, aún estaría en Argovia.

– Irina, te creo, ¿vale?

– Sí, vale – su expresión se suavizó.

Dos años. Daba miedo. Él había pensado en unos meses. Ella conseguiría sus papeles y después podrían divorciarse y volver a su vida normal.

Pero claro, podía ocurrir que con un permiso de residencia permanente decidiera dejar de trabajar para él.

Bueno, se ocuparía de eso cuando llegara el momento. Pasara lo que pasara después, quería ayudarla. Además estaba el beneficio que suponía librarse de Emily. Y quedaría muy bien con Victor quien le había confiado a su preciosa prima.

– Todo va a salir bien – dijo él –. Nos casaremos y así seguiremos esos dos malditos años si es así como tiene que ser.

Ella se cruzó de brazos en un gesto que habló a Caleb de autoprotección.

– Hay otro problema – dijo ella bajando la cabeza.

– ¿Qué otro problema?

– Tú, Caleb. Tú eres el problema.

– Bueno, en realidad estoy tratando de ser la solución.

– Pero... eres un problema.

– ¿Cómo es posible?

– Siempre con todas esas mujeres... – hizo un gesto con la mano.

¿Qué podía decir? Le gustaban las mujeres.

—Sí, ¿y?

—Que si estamos casados, mientras estemos casados, tendrá que ser un matrimonio real.

—Eso también.

—No es sólo una exigencia de Inmigración, es una exigencia mía.

—¿Tuya? —parpadeó.

—Sí —asintió—. Tiene que ser... ¿cómo se dice? La cosa de verdad. Tenemos que intentarlo sinceramente. Es la única forma de que a mí me parezca correcto, la única forma de que sea real para Inmigración. Aunque no sea real de verdad, será honesto. Sé que esto no es fácil para un hombre como tú.

No tenía ni idea de lo que estaba diciendo, pero sonaba halagador.

—¿Qué quieres decir con un hombre como yo?

—Ya sabes... —se encogió de hombros e hizo un gesto con las manos.

—Superficial... ¿me estás llamando superficial?

—Pero bueno en el corazón —se llevó las manos al pecho.

—Gracias... ¿por qué empiezo a tener la sensación de que tú ya habías pensado en esto?

—Porque es así —volvió a encogerse de hombros—. Pienso en... todas las formas posibles. Siempre sé que, si tengo problemas, tú pensarías en casarte conmigo por los papeles. Hace dos años que trabajo para ti. Sé cómo te funciona la cabeza —se señaló la cabeza con el índice—. Así que lo pienso por si ocurre. Pensé en qué necesito de ti para decir sí a casarme contigo. Pienso en... ¿cómo se dice? Mis condiciones.

—¿Te ofrezco salvarte el pellejo y tienes condiciones?

—Aja. Sí. Mientras estés casado conmigo renunciarás a las mujeres.

Renunciar a las mujeres... ¿Dos años sin sexo? Imposible.

—Vamos, soy un hombre. Un hombre con... necesidades.

—Sí —dijo tranquila—. Lo sé.

¿Entonces pensaba acostarse con él? Eso le costaba imaginárselo. Le gustaban las mujeres. Todas las mujeres. Pero jamás desde que Irina vivía en su casa había pasado por su cabeza la idea de acostarse con ella. Hasta ese momento. Y en ese momento que lo estaba pensando, no estaba seguro de qué pensar. Le parecía... mal, en cierto modo.

Pero bueno, ella era una mujer y él un hombre. Y estarían legalmente casados. ¿Por qué no, si era la única mujer disponible?

—¿Estás diciendo que quieres que sea un matrimonio de verdad en todos los sentidos?

—No, estoy diciendo que puedes... hacerte tú satisfacción.

«Esto no es real, no estamos teniendo esta conversación», pensó, pero sí lo era.

– ¿Quieres decir satisfacerme a mí mismo?

– Sí, eso.

Imposible. Si ella tenía condiciones, él también.

– Mira. Odio darte la razón, pero la tienes. Entiendo tu punto de vista. Si tenemos que convencer a Inmigración de que el matrimonio es real, no se me puede ver saliendo con otras mujeres. Así que accedo a renunciar a las mujeres.

Pensó que ella se iba echar a llorar.

– Gracias, Caleb.

– No me des las gracias aún. Porque tú tendrás que ayudarme. No voy a estar dos años sin meter una mujer en mi cama.

La gratitud se desvaneció, y su expresión no era muy halagadora. Estaba como pálida alrededor de la boca y sus ojos parecían más angustiados de lo usual. Pero dijo en tono razonable:

– No saltaré a las mantas.

– ¿Quieres decir que no saltarás adentro de mi cama?

– Sí. No podemos. Debo tener... tiempo.

– Tiempo.

– Para... conocerte mejor del modo en que una mujer conoce al hombre con quien se casa. Un mes. Por favor. ¿Puedes aguantar un mes?

¿Aguantar? Podría haberse echado a reír. O haberle dicho que lo olvidara, que era imposible. Claramente no quería tener nada que ver con él en la cama... y se sentía cero excitada por la idea de cambiar de opinión.

Jamás había salido con nadie, al menos que él supiera. ¿Y se habría enterado él si lo hubiera hecho? Sí, podía ser inconsciente algunas veces. Se había acostumbrado a prestarle poca atención. Le subía el sueldo todos los años y le daba una paga extra en Navidad. Y cada pocos meses se proponía decirle lo que apreciaba el gran trabajo que hacía para él.

La mayor parte del tiempo se olvidaba de que existía y ella parecía estar cómoda así, pero vamos, tampoco él era así de inconsciente. Vivían en la misma casa, después de todo. Se habría dado cuenta si hubiera tenido un novio.

¿Sería virgen? No sabía si estaba preparado para relacionarse con una virgen. Había tenido una novia virgen cuando empezaba en la universidad. Una había sido más que suficiente. La primera vez que habían hecho el amor había sangrado y después llorado durante horas. Después de una experiencia tan desagradable, había abjurado de las inocentes. No quería líos.

Pero no iba a dejar a Irina salir por la puerta arrastrando sus viejas maletas para no volver a verla jamás. Quizá no debería preocuparse tanto tan pronto.

– ¿Qué te parece si tocamos de oído?

– ¿Oído? – se llevó la mano a la oreja.

– Es una frase hecha. Quiere decir que por qué mejor no ponemos ningún plazo fijo más allá de los dos años de matrimonio obligatorio. Finalmente, bueno, esto... puede que nos acostemos. Pero no antes de que te sientas preparada.

– Puede que nunca me sienta preparada.

– ¿Irina?

– Sí, Caleb.

– Olvídate del sexo.

– Pero dices que...

– Para. Escucha. Sólo tenemos... que volar mañana a Las Vegas, apretar el nudo y desde ahí ver cómo van las cosas.

– Sé lo que significa eso – dijo encantada –. «Apretar el nudo» es casarse.

– Muy bien. Nos casaremos y renunciaré a las demás mujeres. Y no te presionaré en nada relacionado con el sexo. No tienes que preocuparte por eso, ¿vale? Esperaremos y veremos.

Capítulo 2

—Repita conmigo —dijo el hombre llamado padre Ted con profunda voz que hacía pensar en el mismo Dios—. Yo, Irina, te tomo a ti, Caleb.

Alzó la vista para mirar a Caleb a los ojos.

—Yo, Irina, te tomo a ti, Caleb.

—Por esposo...

—Por esposo.

—Ante estos testigos y prometo...

—Ante estos testigos y prometo... —repitió el resto— amarte y respetarte el resto de nuestras vidas. Te tomo a ti, Caleb, con todos tus defectos y virtudes como me ofrezco a ti con todos mis defectos y virtudes. Te ayudaré cuando necesites ayuda y recurriré a ti cuando yo la necesite. Prometo cumplirlo hasta que la muerte nos separe.

El padre Ted se volvió hacia Caleb.

—Repita conmigo...

Y Caleb repitió tras él las mismas frases que había pronunciado Irina. Fue todo muy grave y solemne. Irina trató de no sentirse culpable de que aquello no fuera real. Rogó en silencio que Dios la perdonara por sus mentiras, pero luego se dijo que no era mentira, que la mayoría era real. Sólo las partes referidas al amor y al para siempre eran falsas. Los siguientes dos años estarían tan casados como dos personas cualesquiera que pensarán pasar juntas el resto de sus vidas. Sólo que sin amor. Y, en la medida en que ella pudiera evitar lo inevitable, sin sexo.

Ni amor, ni sexo, ni para siempre. Igual no estaban tan casados después de todo.

Sonrió interiormente. ¿Estaba rezando a Dios? Si ella no rezaba, no desde que había sido consciente de que, si había un Dios, la había traicionado.

—El anillo —dijo el padre Ted.

Su primo Victor, enorme y guapo en su esmoquin negro, sacó un anillo. Se lo dio a Caleb que buscó la mano de ella. Se había preparado para eso, sabía que tendría que tocarla. Sintió los dedos que se cerraban sobre los suyos y el pánico la asaltó, se recordó que era Caleb, que jamás le había hecho daño, que siempre había sido bueno con ella.

El pánico cesó. Dejó escapar el aire que había retenido en los pulmones mientras el anillo se deslizaba en su dedo. El diamante, grande y brillante, brilló en su mano. Parecía todo irreal: el blanco vestido largo de cuello alto que llevaba, el anillo, la capilla de Las Vegas, con sus paredes pintadas y las columnas doradas que flanqueaban el altar. Incluso el hombre que los estaba casando y que se hacía llamar padre Ted. Se parecía sospechosamente a un actor de Hollywood con su cabeza plateada y los ojos demasiado azules.

Miró al rostro de su marido. Él sonrió y ella le devolvió una sonrisa temblorosa.

– Puede besar a la novia.

También se había preparado para eso. Una mano de Caleb le rozó un brazo y en sus ojos vio una pregunta. Casi pudo oírle preguntar si estaba preparada para que le diera un beso. Ella hizo un asentimiento minúsculo y él se inclinó para besarla. No estuvo tan mal. Cerró los ojos y trató de controlar la respiración recordándose otra vez que era Caleb, que siempre la había tratado con respeto, con generosidad y amabilidad.

Un segundo después él alzó la cabeza. Sus manos aún sujetaban sus brazos, ligeramente, con suavidad. Era consciente de su calor, de su aroma ni agrio ni sucio, sino fresco y limpio. Y lo dejó seguir.

– Les presento a los señores Bravo.

Se dieron la vuelta hacia la familia sentada en los bancos. Por el lado de Caleb estaban sus padres y su hermana, Elena. Nadie de la familia extensa había podido asistir por lo repentino de la boda.

A Irina le había sorprendido que la familia hubiera aceptado tan bien que Caleb y ella se casasen, sobre todo Davis, el padre. Había oído a Caleb hablar con cansancio de su padre más de una vez. Davis quería que sus hijos se casasen con mujeres de familias ricas y poderosas. Anteriormente, cuando sus hijos habían elegido mujeres que no le gustaban, había dejado claro su disgusto. Pero esa vez no. Esa vez no había opuesto ninguna resistencia cuando Caleb había dicho que se casaba con su ama de llaves, al menos ella no había oído nada.

Además de los padres y Elena, estaban unos primos de Las Vegas, Aaron y Fletcher y sus esposas, Celia y Cleo con sus hijos mayores. Los bebés se habían quedado en casa con sus niñeras.

Por el lado de la novia, estaba Victor con su esposa, Maddy Liz con sus dos hijos pequeños. Miranda y Steven. Miranda, que tenía seis años, gritó encantada:

– ¡Hurra, tía Irina! – y había empezado a aplaudir.

Su hermano de cuatro años la había seguido, después el resto de los niños y finalmente todos los asistentes.

Caleb la rodeó con un brazo. No se había preparado para eso, pero lo aceptó. Su mano era cálida y firme en su cintura. Le sonrió y él le devolvió la sonrisa mientras todos aplaudían.

Sonó la música grabada y Caleb le ofreció el brazo. Bajaron del altar y salieron al débil sol de la tarde de febrero.

La mujer que había asistido al padre Ted los esperaba. Los guió hasta un jardín con un estanque y un cenador. Les hicieron muchas fotografías solos y con la familia.

Después de las fotografías, mientras empezaba a oscurecer, se metieron en una limusina y volvieron a los hoteles gemelos, High Sierra e Impresario, donde habían pasado la noche anterior. La familia de Las Vegas estaba en el negocio del juego, le

había explicado Caleb. Aaron era el jefe del High Sierra y Fletcher el consejero delegado del Impresario. Ambos vivían con sus familias en los áticos de los edificios.

No había mucha distancia. Irina se sentó al lado de su marido, sólo los dos en su limusina privada. Fueron un momento en silencio. Ella miraba por la ventanilla viendo pasar las altas palmeras que flanqueaban la calle. A su lado, Caleb se movió ligeramente en el asiento de cuero. Se dio la vuelta y vio que la miraba con una sonrisa. Sus miradas se encontraron.

—Ha ido bien —dijo contento.

—Sí —respondió notando un extraño calor en sus mejillas—. Iba a decirte que me sorprende que todo el mundo pareciera alegrarse por nosotros. Sobre todo tu padre.

—¿Por qué no iba a alegrarse?

—Oh, quizá porque hasta ayer yo soy tu ama de llaves y tú eres un hombre con muchas novias.

—Quizá se sienten aliviados porque por fin haya encontrado a una buena mujer.

—Sí —dijo con una sonrisa de broma—, debe de ser eso.

—¿Y te sorprende lo de mi padre porque siempre ha sido un incordio hasta ahora?

—Bueno, por lo que dices de él, nunca le gusta que sus hijos se casen con mujeres sin dinero.

—Creo que ha cambiado. Y lo digo en el buen sentido. ¿Sabes que mi madre lo dejó una temporada el año pasado?

—Sí. Lo recuerdo. Hablas mucho de ello con Elena —a Irina le gustaba Elena.

Después de descubrir el verano anterior que eran hermanos, Elena y Caleb se habían hecho buenos amigos. Elena iba mucho a casa de Caleb. Siempre trataba a Irina con cortesía, le preguntaba por Victor y Maddy Liz, bromeaba con su hermano diciendo que lo tenía malcriado y que era una suerte que alguien tan inteligente y capaz se ocupara de él.

—Mi padre es mucho más tratable desde que mi madre lo dejó —dijo Caleb—. Y ha dejado de tratar de imponernos sus ideas —era una gran familia. Caleb tenía seis hermanos y dos hermanas, tres con Elena—. Resulta agradable tener un padre que no discute constantemente. Espero que dure —añadió mientras la limusina se detenía delante del hotel.

En el comedor privado reservado para la fiesta, las mesas estaban adornadas con brillante porcelana de cantos dorados y las paredes recubiertas con pan de oro. En la decoración dominaba el rojo, incluyendo corazones en honor del día de San Valentín. Una pila de hermosos regalos esperaba en la segunda mesa. Irina parpadeó al verlos.

Las mujeres se echaron a reír por su sorpresa y Elena dijo:

–Hemos ido de compras esta mañana. Maddy Liz y yo con Cleo y Aleta, mientras Celia y tú mirabais vestidos y os dejabais mimar en el *spa*.

Elena y Aleta intercambiaron una sonrisa. Despacio empezaban a aceptarse mutuamente: una, hija de Davis con otra mujer, y la otra, su esposa durante más de treinta años.

–Hemos comprado cosas en Macy’s y Nordstrom y en Williams Sonoma – anunció Maddy Liz con su acento texano.

Había sido bailarina y animadora. Victor la había conocido en la universidad cuando él jugaba al rugby.

–Ha sido muy divertido –dijo Aleta–. Sentaos los dos –sacó las sillas de la mesa– y abrid los regalos.

Irina, riendo de placer, se alisó la falda y se sentó. Caleb hizo lo mismo a su lado.

Maddy Liz les entregó un gran paquete envuelto en un brillante papel.

–A trabajar –dijo.

Irina le dio las gracias y tiró del lazo que lo rodeaba.

Eran copas de cristal, bonitos juegos de mesa y candelabros de plata además de caros utensilios de cocina. Caleb se acercó a ella y dijo:

–Todo el mundo sabe que a mi esposa le gusta cocinar.

Ella se volvió a mirarlo y él la besó en los labios muy ligeramente. A él le pareció muy natural. Así que ella, rápidamente, se estaba acostumbrando a sus suaves besos, sus ligeros roces.

Sonrieron los dos. Caleb lo estaba pasando bien. Lo sabía por su expresión relajada. Ella también estaba disfrutando, lo que la sorprendió. Pero ¿por qué no iba a disfrutar? Sí, era una boda por papeles, pero eso no significaba que no pudiera ser un día feliz.

Después de los regalos llegó la cena con muchos brindis. Y después la tarta, que Caleb y ella cortaron juntos como cualquier pareja en su boda. En una boda tradicional argoviana, la tarta tenía mucho significado. Su belleza y dulzura significaban prosperidad y fertilidad en el matrimonio. Esa tarta era una fantasía de azúcar glas decorada con remolinos y cupidos, con corazones rojos y flores de un rojo más suave. Era muy dulce, comprobó al chupar una pizca de azúcar de un dedo.

Después de la tarta, los niños se descontrolaron. Corrieron alrededor de la mesa riendo y gritando.

–Hora de irse a la cama –dijo la esposa de Fletcher, Cleo.

Celia y Maddy Liz, la ayudaron a acostar a los más pequeños.

El salón tenía una zona de baile y lo que Aaron llamó un combo de tres músicos. El combo había tocado una música suave durante la cena, pero en cuanto se llevaron a los niños, los músicos empezaron a tocar un poco más fuerte. Caleb la tomó de la mano y la sacó a la pista.

Ella le susurró al oído sintiéndose repentinamente tímida:

– Yo no bailo.

– Esta noche sí – respondió él en voz alta.

La tomó entre sus brazos. Fue despacio y con cuidado, con cada movimiento la acercaba un poco más. No comprendía su miedo a que la tocaran, pero lo conocía y actuaba de un modo considerado.

Y fue como el beso en la capilla. Bailó como había dicho él que haría. Rígida, sí, en cierto sentido incómoda por estar tan cerca de él, pero sintió que estaba bien, que era algo bueno, como debía ser: los novios bailando la noche de su boda.

Cerró los ojos y movió su cuerpo al ritmo que él marcaba. Acabó la canción y empezó otra. Siguieron bailando.

– ¿Qué te había dicho? – susurró él –. Eres una bailarina fantástica.

– No tan fantástica – respondió –. Pero al menos no te piso. ¿Qué tenéis los americanos?

– ¿Qué tenemos?

– Sois entusiastas. Todo es fantástico, increíble, asombrosos para vosotros.

– Así es – se encogió de hombros –. Fantástica, increíble, asombrosa es lo que tú eres.

Sabía que sólo era el modo en que Caleb tenía de halagar y ablandar a las mujeres, pero aun así le gustó que le dijera esas cosas. Siguió bailando con los ojos cerrados.

Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que la pista de baile estaba llena. Las esposas habían vuelto y bailaban con sus maridos como ella con el suyo.

Más tarde, cuando Caleb bailaba con Elena, Davis fue a hablar con ella. Miró al alto y distinguido padre de Caleb y se preguntó si al final no tendría problemas con él. Pero le dijo:

– Empezaba a preguntarme si Caleb alguna vez sentaría la cabeza. Estoy encantado viendo que sí y sé que seréis muy felices juntos.

Vio en sus ojos que era sincero y eso hizo que se sintiera culpable. El áspero padre de Caleb había tenido la deferencia de darle la bienvenida a su familia. No tenía ni idea de que en dos años habría un divorcio, que Caleb se casaba con ella para evitar su deportación.

Irina se dijo que la culpa era un lujo que no se podía permitir. Quería ser una buena esposa, aunque fuera por un tiempo limitado.

– Gracias, Davis – dijo sincera –. Tus palabras significan mucho para mí. Pretendo hacer feliz a tu hijo.

– Sé que lo harás – respondió él con una sonrisa.

Se acercó Aleta, tomó la mano de su marido y le dijo a Irina lo guapa que estaba.

—Es una alegría darte la bienvenida a la familia —dijo—. Caleb es un hombre afortunado.

Irina dijo lo que se esperaba que dijera. Que se alegraba de ser de la familia Bravo, que apreciaba que hubieran ido a la boda y que hacían el día más especial para ella.

La fiesta continuó hasta las once. Hubo champán y risas mientras seguía tocando el combo.

Al final, lanzó el ramo como hacían las novias americanas. Elena lo atrapó, lo que no sorprendió a nadie, era la única mujer soltera presente.

Después, entre risas, la gente se marchó a sus habitaciones en el mismo hotel o en el que estaba al otro lado de la calle. Hubo adioses y hasta mañanas y después Caleb y ella compartieron ascensor con Victor y Maddy Liz.

Victor le dijo algo en argoviano y ella se ruborizó, asintió y le dio las gracias formal.

—¿Qué? —preguntaron Caleb y Maddy Liz.

Así que Victor tradujo:

—Que conozcas la felicidad en tu lecho nupcial y que tengas muchos hijos.

—Muy bien —dijo Caleb siguiendo con la ficción de una boda para siempre, un matrimonio que se suponía consumirían esa misma noche.

Maddy Liz soltó una risita y dijo:

—Me encanta cuando hablan en argoviano —dio un beso rápido a su marido.

Irina envidiaba su amor, su manifiesta pasión. Le parecieron tan jóvenes. Ella sólo tenía veinticuatro años, pero algunas veces se sentía muy vieja, una abuela con bastón y el rostro lleno de arrugas que había visto demasiado del mundo y su crueldad.

Caleb le acarició el hombro con suavidad.

—Es nuestro piso. Buenas noches...

—Enhorabuena —dijo Maddy Liz cuando las puertas se cerraban.

Caleb la guió hasta su suite. Sacó la tarjeta llave, la pasó por la ranura y abrió la puerta cediéndole el paso. Era una lujosa suite nupcial.

—¿Cansada? —preguntó Caleb.

—Estoy demasiado excitada para estar cansada.

—Creo que ha salido todo muy bien.

Deseó, extrañamente, rodearlo con sus brazos, pero no lo hizo. Una cosa era sentir la necesidad de hacer un gesto semejante y otra llevarlo a la práctica.

—Eres una bonita novia —dijo él.

Sus palabras hicieron que la recorriera una oleada de calor. Le resultaba estimulante que la mirase y hablase de ese modo. Le devolvió el cumplido.

– Gracias, Caleb. Tú eres un novio muy guapo.

Él hizo una profunda reverencia y preguntó:

– ¿Otra copa de champán?

Una botella esperaba dentro de un cubo de plata al lado de un par de copas.

Ella raras veces bebía y tenía que tener cuidado porque esa noche habían sido algo más que unos sorbos. Sin embargo, le pareció adecuado compartir una copa con su marido.

– Sí, por favor – dijo.

Caleb descorchó la botella y llenó las copas. Después se sentó a su lado en el sofá. Le dio una copa y alzó la suya.

– Por dos años de felicidad conyugal.

Ella se echó a reír y tocó con su copa la de él. Bebió.

– Delicioso – dijo.

– ¿Verdad que sí?

– Por ti, Caleb – brindó ella –, mi marido al menos por una temporada. Gracias por salvarme de tener que elegir entre la deportación y vivir... ¿cómo se dice? ¿Vivir de correr?

– Vivir a la carrera.

– Sí – chocó la copa –. Por eso – lo miró, sus ojos verdes brillaban.

– ¿Y por salvarte?

Bebieron.

– ¿Juegas mientras yo me gasto un montón de dinero tuyo para la boda?

– He jugado un poco al *blackjack*.

– ¿Ganas?

– Sí, pero he jugado muy poco tiempo. Tenía una idea, así que he hablado con mi padre. Ha decidido que sigamos con ella, así que he tenido una reunión con Aaron y Fletcher.

Sabía, o al menos tenía una idea aproximada, de cuál habría sido el tema de la reunión.

– Piensas en algo que venderles.

– Así ha sido. El año pasado, Bravo Corp decidió meterse en la importación de vino.

– Sí, te recuerdo hablar de traer vino de España.

– Así es. Importamos varias clases ahora. Buena calidad y buenos precios. Recientemente hemos empezado también con Italia.

—Así que a partir de ahora el High Sierra y el Impresario te van a comprar vino.

—Sí —alzó la copa orgulloso de sí mismo—. Los vinos que importamos son perfectos para un momento de crisis. Buena calidad y buen precio. Eso es lo que quiere la gente.

Caleb adoraba vender. Siempre estaba pensando en el modo de cerrar un trato, lo que le había hecho la estrella de los vendedores de la empresa familiar. Su padre siempre intentaba convencerlo de que fuera el jefe de ventas, pero él rehusaba. Le gustaba el desafío de hacer las ventas. Dirigir a otros no tenía interés para él.

Rápidamente, la copa de Irina estaba vacía.

—¿Más? —preguntó él levantando la botella.

Ella sacudió la cabeza y dejó la copa en la mesita. Había asuntos prácticos que discutir.

Él pareció notar el cambio de humor y dejó su copa al lado.

—Utiliza tú primero el baño. Yo voy a buscarme una manta y una almohada —dijo una palmada en el sofá—. He dormido en peores sitios.

—¿Caleb? —había estado temiendo ese momento.

—¿Sí?

—Es... es algo que deberíamos discutir —el corazón le latía desbocado.

—¿Qué? ¿Quién usa primero el baño? No pasa nada, ve tú delante.

—No, no es sobre el baño. Es sobre... donde duermes tú. No debes dormir ahí fuera esta noche.

—No seas tonta. No me importa. Quédate con la cama. Dormí aquí anoche y estoy bien.

—Caleb —estaba completamente ruborizada—. Lo siento mucho.

—¿El qué?

—Ahora estamos casados, debemos compartir la cama.

Capítulo 3

– Es lo mejor, lo más seguro – añadió Irina.

Caleb no lo entendía, no tenía ningún sentido para él.

– ¿Lo más seguro?

– Sí.

– Vale – dijo paciente—. No vamos a seguir por ahí. ¿No tuvimos una conversación hace un par de días sobre que no ibas a saltar a mi cama?

– Me refiero al sexo, no a dormir.

Deseó que ella tuviera un mejor manejo de los verbos en pasado. Con cuidado sugirió:

– ¿Estás hablando de ahora o de entonces?

– ¿Entonces?

– Cuando hablamos de esto antes. ¿Te refieres o te referías a que no ibas a mantener relaciones sexuales conmigo, no que no fueras a dormir conmigo?

– Sí. Correcto. Me refiero a no mantener relaciones contigo.

– ¿Así que quieres dormir conmigo, pero no mantener relaciones conmigo?

– Es muy embarazoso – se llevó las manos a las mejillas—. Lo siento, no sé cómo decírtelo entonces.

– Vale. De acuerdo. Pero creo que es mejor que me lo digas ahora.

– Sí, es el momento. Debes saberlo ahora.

– Entonces, ¿por qué quieres que durmamos juntos?

– Por Inmigración.

– Eres la paranoia parlante – no entendía nada—. No sé cómo sería tu vida en tu país. No sé... qué sufriste. Pero en serio, Irina. Inmigración no tiene forma de saber con quién compartes la cama.

– Pero Caleb, sí tienen formas. No pueden saber lo que hacemos en la cama. De eso no pueden estar seguros. Pero sí pueden saber si dormimos en la misma cama.

– ¿Cómo demonios van a saberlo?

– Es muy fácil. Vienen a visitarte cuando quieren. Sin cita. Lllaman a la puerta quizá muy temprano. Cuando vienen miran a ver si mi ropa está en la habitación con tu ropa, si sólo una cama está deshecha. Tienen... ¿cómo se dice? Tienen un archivo sobre mí. Añaden las cosas sospechosas que dicen que no estamos realmente casados. Es mejor que no les dé nada que les permita dudar.

– Oh, vamos. Esto son los Estados Unidos. No puede ser tan malo.

– Quizá tengas razón. Pero oigo historias. Y no quiero darles la oportunidad.

– Mira. Ni siquiera saben todavía que estamos casados. ¿Cómo van a llamar a la puerta por la mañana para ver si duermo en el sofá o no?

Irina gimió frustrada.

– Es mejor, ¿sabes? Lo hacemos bien desde la primera noche. Así nadie sabe que en realidad no estamos juntos como marido y mujer.

Caleb pensaba que estaba haciendo un gran problema de algo irrelevante. Pero podía ver por su torturada expresión que creía lo que decía. Y lo sentía por ella, por lo que fuera que le había pasado en su juventud que le hacía tener tanto miedo, tener la certeza de que alguien llamaría a la puerta a cualquier hora del día o de la noche, obtuviera pruebas de que su matrimonio era una farsa y la enviara de vuelta a su país donde había jurado no volver jamás.

Para él tampoco era un gran problema. Un poco extraño sí. Dormir al lado de una mujer... sólo dormir. Pero podría pasar por ello si eso le quitaba esa expresión de tortura de los ojos.

– Vale – dijo –. Si es importante para ti, compartiremos la cama.

Irina respiró hondo y su rostro pareció resplandecer.

– Oh, Caleb, ¡muchísimas gracias! – le agarró las manos y después se dio cuenta de que lo había tocado adrede. Lo soltó como si quemara –. Oh, perdona – se cubrió el rostro con las manos –. Soy tan tonta.

– No, no lo eres – deseó darle una palmada en el hombro para tranquilizarla porque lo hubiera tocado, pero se contuvo –. Irina, vamos, mírame.

– Sí – bajó lentamente las manos –. Soy tonta. Sé que debería haberte dicho lo de dormir juntos cuando acordamos casarnos. Me siento tan mal porque no lo hago... porque no lo hice.

– Irina.

– ¿Sí? – lo miró desesperada con sus grandes ojos.

– Lo hemos resuelto hoy, ¿vale?

– Sí, vale – sonrió valiente –. Estoy contenta.

– ¿Quieres más champán?

– No. No más. Más y tendré dolor de cabeza.

– Entonces vamos a acostarnos, ¿por qué no empiezas tú?

– Sí. Claro. Me preparo para acostarme – se levantó entre un crujido de seda.

La miró. El vestido tenía largas mangas que la cubrían hasta el dorso de las manos. Era prácticamente de cuello alto. Lo cubría prácticamente todo. Aun así estaba muy guapa con él. Realzaba su estrecha cintura y sus pechos firmes. Parecía una princesa de un viejo cuento de hadas, el negro cabello recogido en lo alto de la cabeza y el flequillo recortado de modo que realzaba más que cubría los ojos.

Agarró la botella medio vacía de champán.

– Yo iré pronto.

Se dio la vuelta y se marchó. Él llenó su copa y agradeció a Aaron que les hubiera obsequiado con el champán. Un brut del 2002, lo mejor de lo mejor para los recién casados.

Le dio diez minutos; después apagó la luz del salón y entró en el dormitorio a oscuras y se desvistió en el baño. Se quitó el esmoquin, los zapatos y los calcetines. Normalmente dormía desnudo, pero por Irina se dejó los calzoncillos. Se lavó los dientes.

Apagó la luz del cuarto de baño y llegó en sombras a la cama. Cuando sus ojos se acostumbraron a la falta de luz pudo ver su delgada forma acurrucada en el otro extremo de la cama, casi en el borde del colchón, de espaldas a él.

Con cuidado y un nerviosismo que lo sorprendió, alzó las mantas y se deslizó entre las sábanas. Cruzó las manos detrás de la cabeza y miró al techo y la araña que colgaba sobre sus cabezas. Uno de los prismas de cristal devolvía en colores la luz que le llegaba de la calle.

Se dio cuenta de que trataba tan desesperadamente de no hacer ruido que apenas respiraba.

– Irina, ¿duermes? – susurró.

– No – dijo con muy poca voz desde el otro extremo de la cama.

– Es una locura, ¿no? – se echó a reír.

Ella también se rió.

– Es una locura completa, no tengo ninguna duda.

Deseó preguntarle por su temor a que la tocaran, pero no sabía cómo sacar el tema. Así que probó con un asunto menos sensible.

– Victor me contó que tu madre y tú fuisteis a vivir con él antes de que tú nacieras...

– Es verdad. Mi madre me da a luz cuando vivimos con la familia de Victor – suspiró y cambió de postura. Miró también al techo –. Mi padre es hermano de mi tío Vasili.

– Vasili era el padre de Victor, ¿verdad?

– Sí. El tío Vasili y la tía Tòrja se llevan a mi madre a vivir con ellos cuando mi padre muere – sus dedos agarraban algo.

¿Un colgante? Recordó que llevaba un collar. En ese momento podía ver una parte de la cadena de oro que le rodeaba el cuello. Ocasionalmente se notaba la forma de algo debajo de su ropa.

– Entonces nazco yo. Y entonces, cuando tengo cinco años, mi madre muere de una infección pulmonar. Victor y yo vivimos como hermano y hermana, ¿sabes?

– Así es como lo cuenta él. Que cuando consiguió la beca de rugby para Utah y salió de Texas, te prometió que encontraría el modo de traerte aquí.

– Es verdad. Pero es mucho más tarde antes de que puede mandarme a buscar. Muchas... cosas terribles pasan primero.

– ¿Como qué?

– Bueno, la lucha. En mi país siempre hay lucha. Entre los comunistas y los monárquicos. Entre la gente y los soldados. Entre los cristianos ortodoxos y los musulmanes. Cuando tengo diez años, los soldados vienen a casa. Matan a mi tío Vasili y a mi tía Tòrja por mentiras que dicen los vecinos.

– ¿Qué mentiras?

– Los vecinos dicen que mis tíos son leales a la Corona, que el tío Vasili trabaja mucho tiempo antes para el rey. Eso es mentira. El tío ni siquiera nace cuando llegan los comunistas derrocando al rey y la familia real está escondida y luego la encuentran y la ejecutan. Pero da lo mismo a los asesinos. Mis tíos están muertos. Victor y yo escapamos juntos.

– Pero a ti te encuentran viviendo en un edificio abandonado... – sabía la historia.

– Es verdad. Nos mandan a una casa para niños huérfanos. Unos años estamos juntos allí – soltó el colgante y metió las manos bajo las sábanas –. Siempre. Victor cuida de mí. Y es bueno en el deporte. Es un milagro que consiga la beca para Estados Unidos. Y después de la universidad cuando lo contratan los Cowboys y consigue la residencia permanente, está listo para mandar a buscarme al fin. Le lleva cinco años de intentos, pero sucede. Consigo el asilo y aquí estoy, trabajo para ti.

Deseó tomarle la mano por debajo de las sábanas. ¿Se apartaría ella si lo intentaba? Se sentía lo bastante inseguro como para no hacerlo.

Y entonces casi se echó a reír. Tenía que ser uno de los momentos más extraños de su vida. En la cama con su esposa preguntándose si podía tocarla o no.

– Argovia – pronunció suavemente el nombre del país. Sabía dónde estaba en el mapa. Entre Albania y Montenegro, en el Adriático. Era del tamaño de Massachussets—. Victor dice que es un hermoso país, que se parece un poco a Grecia.

Ella hizo un sonido que casi pareció un gruñido.

– Una vez. Quizá. Antes de la Segunda Guerra Mundial. Antes de los comunistas. En los viejos días, me dicen, Argovia es un lugar tranquilo donde las cosas no cambian mucho. Pero vienen los comunistas y ocupan el poder. Somos parte de Yugoslavia, bajo Tito, hasta que la URSS se convierte en Rusia otra vez. Después de eso, después de Tito, es una guerra y después otra. Y nuestro pacífico y tranquilo país se convierte en una tierra peligrosa y brutal.

– ... a la que no volverás nunca.

– Es verdad.

Hubo un silencio. Volvió a mirarla y vio que seguía mirando al techo. Se preguntó si vería los destellos de luz que desprendía la araña en medio de la oscuridad. Y entonces sintió que su mano rozaba la suya. Una tierna y cuidadosa

caricia. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Caleb, puso la mano palma arriba y esperó.

Con mucho cuidado ella puso su mano encima y entrelazó los dedos con los de él.

—¿Caleb?

—Sí.

—Gracias, me salvas. Muchas gracias.

Oyó las lágrimas que empapaban cada palabra y se sintió orgulloso de haberla ayudado.

—Cada vez que necesites que te salven, Irina, recurre a mí.

—Lo haré — gimió—. Lo hago.

Otro silencio, más largo. Su mano fría en la de él mientras se sentía quedarse dormido.

—¿Caleb?

—¿Hum?

—Si quieres que tengamos relaciones sexuales esta noche, está bien. Podemos tenerlas.

Extrañamente, la idea de hacer el amor con ella no le pareció un error como le había parecido dos días antes. Pero sabía que ella no estaba preparada. Aunque lo estaría, pero esa noche no.

—¿Caleb? — dijo con muy poca voz, tímida—. ¿Oyes lo que estoy diciendo?

—Te he oído. ¿Quieres hacerlo esta noche?

Silencio. Y después una respiración entrecortada.

—Estoy... deseosa. Lo haré. Contigo.

—Gracias — dijo amable—, pero creo que deberíamos esperar un poco, como acordamos.

—¿Sí? — esperanza, alivio.

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

No dijo nada durante un tiempo y él volvió a empezar a quedarse dormido.

—¿Caleb?

—¿Sí?

—Duerme bien. Y durmió bien.

* * *

Cuando se despertó eran más de las nueve de la mañana. El lado de la cama de Irina estaba vacío. Y olía a café. Se oía el murmullo de la televisión del salón. Se incorporó en la cama y gritó:

—¿Irina?

Ella apareció en la puerta completamente vestida con un suéter marrón de manga larga y pantalones a juego. Le sonrió, una tímida pero feliz sonrisa.

— Han traído el desayuno. ¿Tienes hambre?

— Me muero de hambre.

— Te lo traigo — se dio la vuelta.

— Espera.

Ella se detuvo y se volvió a mirarlo.

— ¿Sí?

— Me levanto. Dame un minuto.

Se marchó. Él se metió en el cuarto de baño y se puso algo de ropa. Salió y la encontró en la mesa al lado de la puerta de cristales que daba a un balcón.

Le hizo un gesto para que se sentara en el lugar en el que esperaba un plato cubierto.

— Tienes tortilla, patatas fritas, beicon y magdalenas — dejó su taza de café en la mesa y le sirvió un poco a él.

Caleb se sentó, se extendió la servilleta en las rodillas y quitó la tapa del plato. Olía bien. Tenía claras ventajas casarse con una mujer que sabía lo que querías de desayuno, pensó.

— Justo como me gusta.

— Me alegro de que te levantes antes de que enfríe.

— Perfecta — dijo probando la tortilla. Les quedaba otro día antes de volver a San Antonio—. ¿Qué planes tienes para el día, señora Bravo?

— Tengo cien dólares de mis ahorros. Hoy, juego.

— Pareces muy decidida.

— Siento el deber de experimentar cosas nuevas. Así que juego en las máquinas tragaperras y trato de jugar al *blackjack* también.

— ¿Seguro que con cien tendrás bastante?

— Estudié en Internet cómo se juega. Lo mejor es tomar una cantidad de dinero para jugar y no usar más. Tener límite y respetarlo.

— Sólo digo que con cien no irás muy lejos.

— Para mí es bastante lejos.

* * *

Perdió los cien dólares en veinte minutos. Le ofreció más, pero ella no lo aceptó.

–Tengo mi límite –dijo ella–. Y lo respeto.

Lo miró un rato jugar al póquer y después llevó con Maddy Liz a Steven y Miranda al Circus Circus.

Esa noche fueron a un espectáculo en el High Sierra y después Caleb llamó a una limusina y bebieron champán dentro mientras circulaban por la ciudad. Volvieron al hotel y se acostaron a las dos de la madrugada. Se quedaron dormidos tomados de la mano.

Al día siguiente, Victor, Maddy Liz y los niños volvieron en avión a Dallas. Los Bravo, incluyendo a los recién casados, volvieron a San Antonio en uno de los aviones de la compañía. Caleb e Irina estaban de vuelta en casa a mediodía. Irina hizo la comida.

Después de comer fueron juntos a las oficinas de la administración de San Antonio.

Ella estaba nerviosa, lo sabía. Cuando estaba nerviosa, se quedaba muy callada. No dijo ni una sola palabra de camino. Y cuando se sentaron en unas duras sillas de plástico y esperaron su turno, agarró con todas sus fuerzas la carpeta en la que llevaba su certificado de matrimonio y el resto de los documentos que debía presentar.

Deseó darle una palmada en la mano para animarla, decirle que todo iba a ir bien, pero estaba rígida y temía que saliera corriendo por la puerta si hablaba con ella.

Los llamaron y entraron por separado con un intervalo de diez minutos. Primero Irina y después él. La funcionaria le hizo preguntas sobre cómo se habían conocido y qué había hecho que decidieran casarse. Caleb le contó la historia que habían acordado, que ella había trabajado para él dos años y que poco a poco se había enamorado de ella y dado cuenta de que quería pasar el resto de su vida a su lado.

La reunión había ido bien, pensaba. Después la funcionaria llamó a Irina de nuevo. Les dio una pequeña conferencia sobre los problemas que tendrían si se descubría que su matrimonio era un fraude.

Sin perderse ni una coma, Irina agarró la mano de Caleb y enlazó sus dedos con los de él como hacían cuando estaban juntos en la cama.

–Amo a Caleb. Siempre lo amo, desde que me da trabajo cuando vengo a este país. Cuando me dice que me ama y me pide que me case con él, lloro de felicidad.

Caleb se llevó su mano a los labios y la besó, después de lo cual sonrió a la mujer que tenían enfrente.

–Soy un hombre afortunado –dijo él.

La mujer ni siquiera parpadeó. Tomó los formularios y los miró brevemente para asegurarse de que todo estaba en orden. Se disculpó y salió para hacer una copia del acta de matrimonio y una copia de la declaración de la renta de él, su

certificado de nacimiento y las facturas que habían llevado y que probaban que vivían en la misma dirección.

Unos minutos después estaban en el coche de vuelta a casa. De nuevo, Irina se quedó mirando paralizada por el parabrisas. Caleb trató de rebajar la tensión:

–Creo que está convencida de que somos sinceros.

Se volvió a mirarlo con los ojos sombríos. Deseó detener el coche y abrazarla hasta que esas sombras se llenaran de luz.

–Habrá una visita a casa.

–No ha dicho nada de una visita.

–Te lo digo, no te avisan. Vienen y llaman a la puerta. Tenemos que estar preparados.

–Lo estaremos. Eh, dormimos en la misma cama. Celebramos una boda de verdad con la familia y una maldita fiesta después. Por lo que sé, estamos casados... tan casados como los próximos dos años –pensó en que no había sexo—. Bueno... casi.

Ella sonrió casi imperceptiblemente.

–Tienes razón. Trato de no preocuparme, ¿vale?

Él asintió y sonrió, pero pensaba que ella se estaba preocupando sin razón.

–¿Quieres ir a la oficina? –preguntó cuando se detuvieron delante de la casa.

–Puedo quedarme en casa el resto del día, si quieres.

–No. Vete. Sé que tienes que hacer llamadas que necesitas hacer –saltó del coche y entró por el garaje.

Mientras se dirigía al edificio de Bravo Corp en el centro, pensaba en que no era tan malo tener esposa. Irina lo cuidaba mucho. Empezaban a hacer cosas de pareja y encontraba agradable estar con ella.

Y no era de la clase que necesita a nadie a su alrededor. Ella no era dependiente. Tenía miedos, claramente, pero no esperaba que nadie se enfrentara a ellos. Le gustaba eso de ella. Hacía que deseara hacer todo lo que pudiera por ella.

Aparcó en Bravo Corp y tomó el ascensor hasta su piso, donde tenía un despacho pequeño y compartía secretaria con los otros cuatro vendedores de la empresa. Su despacho estaba lejos del ascensor, así que pasó por delante de cubículos de otros compañeros de trabajo. Todos le dieron la enhorabuena por su boda, lo que le dejó maravillado por lo bien que funcionaba el chismorreó en la oficina.

Lo que tampoco era tan sorprendente, pensó unos minutos después ya en su mesa mientras hacía unas llamadas. Colgó después de hablar con un cliente y miró hacia la puerta que había dejado entreabierta.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

Emily Gray, la mujer con la que se había estado acostando hasta la semana anterior, estaba allí.

Capítulo 4

Emily parecía afilada como un cuchillo, llevaba una blusa blanca, una falda ceñida y tacones altos. Tenía el cabello rubio recogido en un moño.

– Caleb, ¿tienes un minuto?

– Claro – ¿qué podía decir? –. Pasa.

Abrió la puerta del todo, pasó y la cerró antes de dar los tres pasos que la separaban de la mesa.

– ¿Qué pasa? – preguntó él.

Una pregunta sin sentido dado que todo el mundo estaba al corriente de lo que había hecho él dos días antes. Daba lo mismo lo que dijera. Esa conversación no acabaría bien.

– He oído que has estado ocupado este fin de semana – de cada palabra colgaba un carámbano.

– Así es. He ido a Las Vegas y me he casado.

– Con esa extraña ama de llaves extranjera – dijo con los dientes apretados.

– Se llama Irina y ahora es mi esposa.

– ¿Por qué?

– Porque estoy enamorado de ella – le salió mucho más fácil de lo que había esperado.

– Y una... – se contuvo y se tranquilizó, quizá no quería perder además su trabajo –. Eres un mal nacido, Caleb – añadió tranquila.

Debería haber manejado aquello de un modo distinto, pensó en ese momento.

– Emily, mira...

– ¿Mira? ¿Qué miro? Hace menos de una semana estaba en tu cama. Reconozco que puedo haber exagerado con el tema de mi reloj biológico. He hecho un poco el idiota. Me avergüenza reconocerlo. Pero podías haber tenido un poco de clase, ¿sabes? Podías haber terminado conmigo diciendo las cosas a la cara. Y si no así, al menos podías haberme mandado un correo electrónico o un mensaje al móvil. Algo, cualquier cosa mejor que enterarme en la máquina de café. Imagínate cómo me he sentido.

– Vale, tienes razón. No ha estado bien no decírtelo yo mismo. Si quieres una disculpa, la tienes.

– Quiero mucho más que una disculpa.

– ¿Qué quiere decir eso?

– Espera y verás – giró sobre los talones y volvió a la puerta –. Dale mi enhorabuena a ella.

– Maldita sea, Emily...

Pero ya no escuchaba. Abrió la puerta de par en par y salió al pasillo. Él se levantó y cerró la puerta, después volvió a sentarse y pensó en lo imbécil que había sido. Y en qué podría significar que quisiera más que una disculpa.

Pensó en modos en que ella pudiera sabotearlo. No podía haber muchos dado que él no sólo era un Bravo en la empresa de los Bravo, sino que además era el mejor en lo suyo. Si ella quería mantener su empleo no se metería con él, profesionalmente o de otro modo.

Cuanto más pensaba en ello, más certeza tenía de que había sido sólo una ventolera. La había tratado mal y quería que él supiera cómo se sentía. Así ambos podían seguir adelante.

Sonó su teléfono y atendió la llamada.

Un poco después, su hermano Gabe, el segundo de la familia, que trabajaba como abogado para la empresa, pasó por su despacho a felicitarlo.

– Siento que Mary y yo no pudiéramos ir a Las Vegas para la boda – Mary era su esposa con la que vivía en un rancho que ella había heredado de su anterior marido.

– No pasa nada – dijo Caleb –. Avisé con poco tiempo, lo sé.

– No ha sido por eso. Ginny tenía una otitis – Ginny era la hija que Mary había tenido con su primer marido.

– Pobrecilla. Espero que esté mejor.

– Sí. ¿Qué te parece venir con Irina a Lazy H el jueves por la noche? Darnos a Mary y a mí la oportunidad de abrir una botella de champán y celebrar que el jugador de la familia por fin se ha casado.

– Perdón, ¿quién es el jugador?

– Yo no. Ya no. Soy un hombre afortunado. Hasta Mary no sabía lo que me perdía.

– ¿Dar de comer a los animales a las dos de la mañana en un rancho ruinoso?

– Adoro a esa niña.

– Ya lo sé.

– Y Lazy H ya no es una ruina. Pero ya lo verás el jueves.

– Me parece buen plan.

– Háblalo con Irina.

– Te lo digo mañana.

Cuando Caleb se marchó dos horas después, el desagradable encuentro con Emily estaba arrumbado en el fondo de su mente.

Irina tenía la cena preparada. Cenaron y vieron la televisión. Ambos se echaron a reír cuando Victor apareció en un anuncio, anunciando pastillas para la tos con un abrigo de oso.

– Es mono mi primo – dijo Irina.

– Oh, sí. Metro noventa y cien kilos de monería.

Le habló de la invitación de Gabe y ella dijo que le encantaría ir a cenar a Lazy H. No le dijo nada de su encuentro con Emily. ¿Qué sentido tenía hablar de eso? Sólo haría que ella se sintiera mal y eso no era necesario. La justificada ira de Emily no tenía nada que ver con Irina.

Cuando llegó la hora de irse a la cama, ella le tomó tímidamente la mano y dijo:

– Hago algunos cambios. Espero que está bien – parecía nerviosa.

La encontraba más encantadora a cada momento.

– ¿Como qué?

Lo llevó al cuarto de baño y le mostró cómo había colocado sus cosas en un armario debajo del segundo lavabo.

– Me parece bien – dijo él.

– Ocupo la mitad de tu armario también. Hay sitio de sobra.

– Estupendo.

Entraron en la habitación donde le soltó la mano y se sentó en la cama.

– Siento que ocupo tu vida.

– ¿No es eso lo que hace una esposa? – rió.

– ¿No sientes... como que me meto demasiado? ¿Cómo se dice...? ¿En tu espacio?

En su espacio. Su esposa balcánica usaba unas palabras...

– No. Para mí está todo bien. ¿Qué no me iba a gustar? Se está bien contigo y cocinas fenomenal.

– Bien – se levantó –. Me acuesto entonces – se metió en el cuarto de baño y salió dos minutos después con un pijama que la cubría tanto como la ropa que llevaba de día.

Al menos pudo verle los pies. Eran finos y pálidos. Trató de no mirarlos fijamente para no empezar a pensar en el resto de su cuerpo, para no preguntarse cómo estaría desnuda a la luz de la luna.

– Tu turno – dijo ella.

Se cepilló los dientes y se metió en la cama con ella. Cuando apagó la luz, sintió su mano. Empezaba a convertirse en una costumbre darse las manos en la cama. Si alguien le hubiese dicho una semana antes que habría compartido la cama con su ama de llaves, deseando que le tomara la mano, se habría caído al suelo de la risa.

Enlazó los dedos con los de ella y miró al techo pensando en que había prometido no presionarla.

– ¿Caleb?

– ¿Hum?

– Siento que quiero besarte. ¿Te parece bien?

Encantado con la proposición, susurró:

– Absolutamente – y esperó.

El beso había sido idea de ella, así que debía ser ella quien tomase la iniciativa.

Se movieron las sábanas y ella se deslizó hasta su lado. Notó el calor de su cuerpo. El suave algodón de su pijama rozó su brazo. Despacio giró la cabeza en dirección a ella.

Ella era una sombra más oscura moviéndose en las sombras de la habitación mientras se incorporaba a su lado. Después notó unos labios que rozaban los suyos. Una vez. Luego dos. Olía su piel limpia y su aliento a pasta de dientes.

Después, con un suspiro, se retiró a su lado de la cama.

– Está bien – susurró más para sí misma que para él.

– Me alegro – susurró él.

Se preguntó qué cosa terrible le habría pasado para que le resultase tan duro que él la tocase, para que fuera algo tan enorme pedirle un beso. Se lo preguntó a sí mismo, pero no a ella. Le parecía una intrusión. Además, no estaba seguro de querer saberlo de verdad.

El jueves por la noche fueron a Lazy H. Caleb había estado allí una vez antes, justo después de la boda de Gabe y Mary. Lo primero que notó cuando llegaron fue el granero nuevo que había reemplazado al que se había quemado el verano anterior.

La casa había sido remozada también. La casa también había sido afectada por el incendio, se había quemado el dormitorio principal y la cocina. La destrucción le había servido a Gabe de excusa para convencer a Mary de que contrataran una empresa que hiciera la casa nueva. Después de eso tenían una moderna cocina a la última.

También un nuevo comedor. Allí cenaron. La hija de Mary tenía once meses y empezaba a caminar, lo que significaba que se metía en todas partes. Se tambaleaba de un mueble al siguiente gritando emocionada por su movilidad. En la cocina, habían cerrado los armarios con unos ganchos para evitar su curiosidad.

A la niña Irina le gustó de inmediato. Le tendió los brazos e Irina la levantó y abrazó. La mayor parte de la velada tuvo a Ginny en el regazo.

Caleb se había sorprendido cuando Gabe se había juntado con Mary. Gabe solía salir con guapas al estilo de la televisión. Mary era una mujer guapa, pero con

cabeza. Y Gabe estaba totalmente entregado a ella. A menos que tuviera que viajar por negocios, volvía a casa a dormir con ella cada noche. Nunca había parecido más feliz. ¿Quién podía haber sabido que el matrimonio sentaría tan bien a un tipo como Gabe?

Después de la cena, Irina ayudó a Mary a acostar a la niña. Gabe y Caleb se pusieron los abrigos y salieron al patio trasero que acababan de arreglar y del que habían cubierto una parte. Gabe encendió un fuego de gas y se sentaron fuera a ver la luna sobre el granero nuevo.

—Se está bien aquí —dijo Caleb.

—Sí. ¿Quién me iba a decir que acabaría viviendo en un rancho? La vida es extraña a veces.

—Pero interesante.

—Oh, sí —los dientes de Gabe brillaron cuando sonrió—. Siempre he sabido que acabarías con Irina. Todos lo sabíamos.

—Estás de broma.

—No, en serio.

—¿Qué todos?

—La familia.

—¿Y cómo lo sabíais?

—Buenos, siempre hablabas mucho de ella.

—¿Sí?

—Sí. Y ¿por qué no? Te ha cuidado rematadamente bien. Y es una mujer... dulce y buena. A la larga, cualquier hombre necesita una buena mujer en su vida — Gabe miró hacia la casa y Caleb supo que pensaba en Mary. Después volvió a mirar a Caleb—. ¿Cómo se ha tomado Emily la noticia de tu escapada a Las Vegas?

—No muy bien, pero seguro que lo superará.

—Un error salir con una compañera de trabajo.

—Dímelo a mí.

—¿Has pensado en hacer que se marche?

—No estaría bien —lo había pensado, pero no le había parecido correcto—. Sólo ha cometido el error de salir conmigo.

Eran más de las diez cuando Irina y Caleb se marcharon a casa tras despedirse de Mary y Gabe en el porche.

—Me gusta mucho Mary —dijo Irina—. Es inteligente y amable y... ¿cómo se dice? Tiene los pies en el suelo.

– Así se dice.

– Es escritora. Escribe artículos para revistas, pero supongo que ya lo sabías.

– Eh, acabo de oírte usar un pasado.

– Sí –sonrió–. Se me da bien el idioma. Tengo un gran vocabulario, pero siempre hay progresos que hacer y estoy trabajando en eso.

– Bueno, bien. No es que no me guste cómo hablas ahora.

– Puedo aprender a no ser tan confusa, creo. Sería bueno. Y sobre Mary...

– ¿Hum?

– Está escribiendo un libro de cocina. Un libro de cocina casera. Tendrá muchas recetas. Desde Ida, para empezar. Ida es... era la suegra de Mary de antes. Es nacida de familia alemana.

– Sí, lo sé.

– Y también tendrá cocina latina.

– ¿Quieres decir mexicana?

– Es correcto –cuando lo miró él tenía el ceño fruncido–. La llaman texmex, creo. Desde Elena hasta Mercy –Mercy, que se había casado con el hermano de Caleb, Luke era la hermana adoptiva de Elena–. Y la de tu madre.

– Mi madre es una gran cocinera.

– Eso es... ha sido lo que dice Mary. Quiero decir, ha dicho. Y también recetas de Mary. Hace una gran cocina casera, como el estofado que hemos comido esta noche. Y también hay recetas de Tessa –Tessa Jones Bravo era la mujer de su hermano mayor, Ash–. Tessa hace un guiso muy bueno de pollo con arroz, me dice Mary.

Sabía dónde quería llegar.

– ¿Y habrá unas cuantas recetas argovianas incluidas en ese libro de cocina casera?

– ¿Cómo lo has adivinado? –lo miró de soslayo.

– Soy un hombre muy inteligente.

– Y muy modesto, también –añadió en broma–. Es guapo en un hombre, ser modesto.

– Quieres decir atractivo. Es atractivo que un hombre sea modesto.

– Eso quería decir –lo miró aguda.

Otra cosa que realmente le gustaba de ella. Tenía auténticas peleas para decir algunas cosas, pero era muy rápida. Una mujer inteligente. Y perceptiva.

– Y sí –añadió ella–. Hago las especialidades argovianas del libro de Mary. Hacemos los platos o en su cocina o en la de tu casa.

– Nuestra casa –corrigió él.

Irina bajó vista y después miró por el parabrisas.

—Tienes razón, debería decir nuestra casa. Es importante que parezcamos casados de verdad, aunque hablemos de cosas.

—Estamos realmente casados. Los próximos dos años al menos —no sabía por qué había añadido ese «al menos».

Pero ¿qué más daba? Iban a estar casados dos años. Casados de verdad. Se vieran desnudos o no.

—Sí, tienes razón —dijo en un tono obediente que hizo que le rechinaran los dientes—. Estamos casados dos años enteros.

Sabía que debería mantener la boca cerrada en ese punto, pero entonces pensó en lo que había dicho Gabe, que toda la familia sabía que acabaría con Irina. Y eso lo tenía picado. Y claro, después de la boda, todos pensaban que se había enamorado de ella cuando en realidad todo era una mentira.

Una mentira por una buena causa... pero mentira al fin y al cabo.

—Mira —dijo un poco brusco—. Deja de tratarme como si fuera tu jefe o algo así, ¿vale?

—Pero eres mi...

—¡No soy tu jefe! —dijo casi gritando. Estaba perdiendo el control. Respiró hondo y habló con voz más suave—. Ya no. En dos años no, desde luego.

—Sí, lo sé. Tienes razón.

—Maldita sea. Vamos, acabo de decirte que cortes con ese rollo —la miró frustrado... y al instante se sintió como un maldito maltratador.

Ella se miraba las manos en el regazo.

—Maldita sea —volvió a decir, pero suave esa vez—. Irina...

Ella lo miró. Los ojos le brillaban por las lágrimas contenidas.

Capítulo 5

Caleb fue consciente de que nunca la había visto llorar. Había estado cerca un par de veces desde ese día una semana antes en que le había ofrecido casarse con ella, pero nunca antes de ese momento. La verdad es que nunca la había visto expresar muchas emociones.

Y las dos veces que la había visto casi llorar, habían sido lágrimas de gratitud.

Pero esa vez no. Esa vez le había hecho daño.

—Por favor —dijo ella—, ¿puedes conducir más despacio?

Una mirada al velocímetro le dijo que iba a más de ciento cuarenta. Otro error. Además de hablar mal a su inocente esposa, corría como un loco. Levantó el pie del acelerador y respetó el límite de velocidad.

—Gracias —dijo ella con poca voz.

En la siguiente salida de la autopista se salió, condujo algo más de un kilómetro y se detuvo en medio de ninguna parte. Apagó el motor, pero no las luces.

—¿Dónde es este lugar? —preguntó preocupada.

¿Tenía miedo de él? La idea de que pudiera tenerle miedo le hizo sentir como un gusano.

Agarró el volante con las dos manos y después lo soltó. Dejó las manos en los muslos.

—No es ningún sitio. Volveremos a la carretera en un minuto. Sólo... sólo quería pedirte que me perdonases, eso es todo. Si te he ofendido... si te he asustado.

Lo miró serena. Y después, sin venir a cuento, se echó a reír. Una carcajada corta.

No era exactamente la respuesta que esperaba. La miró con el ceño fruncido.

—¿Qué he hecho?

—Es sólo... Oh, Caleb. No eres tú, creo, soy yo, ¿sabes?

—Eh... en realidad, no.

—Aprendo, en mi vida anterior, cómo sobrevivir. Aprendo que es mejor no llorar. No reír. Siempre mirar. Estar preparada para los problemas. Para los cambios. A vivir sin emociones... ni buenas, ni malas. Siempre lo mismo. ¿Tiene sentido?

—Sí, lo entiendo.

—Pero ahora...

—¿Qué?

—Todo está cambiando. Creo que no puedo, podía entender cuánto cambio viene cuando decidimos casarnos por los papeles. Tu familia es tan buena conmigo. Tan... acogedora. Soy una mujer diferente. Algo nuevo. A la vez siento muchas

cosas. Feliz. Triste. Siento... demasiado, creo. De muchas formas. Te estoy tan agradecida, quiero llorar. Cuando hablas con voz fuerte, quiero llorar, y después, sin razón, quiero reír.

Sintió un poderoso deseo de abrazarla. De consolarla. De hacerle sentir a salvo. Pero agarrarla era el peor modo de hacerle sentir segura.

Le apoyó una mano en el hombro con cuidado. Ella se lo permitió sin apartarse. Y supo que eso era un progreso, un gran paso en sólo una semana.

– Está bien – dijo él –. Está bien. Sentir es bueno.

La miró a los ojos. Los de ella eran enormes y llenos de sombras. Y entonces volvió a echarse a reír, pero de otro modo.

– Los americanos y sus sentimientos.

– Sí, bueno, así es como somos – miró hacia delante y contempló la carretera solitaria y el campo que lo rodeaba –. Estás a salvo, Irina. Nadie va a volver a hacerte daño.

La oyó suspirar y después preguntó:

– Caleb, ¿podemos irnos a casa?

– Claro – arrancó el coche, miró que no viniera nadie y dio la vuelta en dirección a la autopista.

Fueron en silencio unos minutos. Hasta que él preguntó:

– ¿Habrán fotos en ese libro de Mary?

– Sí, las habrá – respondió brillante, como deseando volver al humor de antes –. Zoé hace las fotos – Zoé era la menor de la familia, un espíritu libre y excelente fotógrafa aficionada.

– Buena idea – dijo él –. Zoé ha ganado algún premio, incluso ha vendido fotos a revistas.

– Sí, eso es lo que dice Mary – dijo Irina –. Habrá una foto de todas haciendo las recetas, de las cocinas, que son el corazón de la casa, dice Mary. Mary quiere que todas nos ayudemos con las recetas, así en las fotos de Zoé saldrán mujeres ayudando a mujeres. Vamos a las cocinas de las demás. Así queda más casero.

– ¿Y Abilene y Corrine? ¿También van a participar en el proyecto? – Abilene era su otra hermana, un año mayor que Zoé, y Corrine la esposa de su hermano Matt.

– Mary dice que todas. Todas las mujeres de la familia que quieren. Y los hombres también, si quieren contribuir.

– En un papel muy masculino; se nos dan muy bien las barbacoas.

– Barbacoa – dijo la palabra sin aliento –. Caleb. Es genial. Le diré a Mary que tengamos una sección de los hombres Bravo haciendo barbacoas que se incluya en la parte de «un hombre, un plano, una lata».

– No sé si quiero una explicación sobre lo del hombre, el plano y la lata...

Ella se echó a reír. Sintió un gran placer dentro de él por la calidez y el brillo de esa risa.

–Sí. Es sobre cómo abre una lata un hombre y...

–Espera. Ya lo entiendo. Con un plano y una lata, un hombre puede prepararse la cena.

–¡Sí! –dijo una palmada–. Es exactamente correcto. Ya hay un libro de cocina con ese título, así que Mary tiene que buscar otro nombre para su sección. Se le ocurre la idea cuando pregunta a Gabe si quiere salir en el libro y él dice que sabe abrir una lata de salmón y ponerlo en tostadas de pan.

–Cierto –recordó él–. Las famosas hamburguesas de salmón de Gabe. Están muy buenas.

–Eso es lo que dice Mary. Hace que se las prepare Gabe para ponerlo en el libro.

–Sé que esto es completamente un asunto tuyo, pero creo que deberías hacer las recetas argovianas en nuestra casa.

–¿Debería?

–Sí, tenemos una bonita cocina.

–Tenemos una cocina muy bonita –dijo orgullosa, y a él eso le gustó.

–Y aunque no sea en nuestra casa, cuando la comida esté hecha, me la comeré yo.

–Caleb. Eres un hombre tan servicial.

–Soy un hombre con un plano. En varios sentidos.

La semana que siguió, Irina recordó esa conversación. Recordó la amable voz de Caleb diciéndole que era bueno tener sentimientos. Se había reído cuando había dicho eso.

Pero cuando febrero dejó paso a marzo, pensó que tenía razón.

Algunas veces se descubría pensando que era el mejor momento de su vida. Como un regalo que era mucho mejor porque era inesperado. Siguió en casa cocinando y limpiando para Caleb como siempre y haciendo recados en el coche que él le había comprado cuando había empezado a trabajar en su casa.

Dormía por la noche en su cama, agarrada de su mano hasta que los dos se quedaban dormidos. Algunas veces lo besaba. Con cuidado. Y despacio. Cada beso era un poco más fácil que el anterior. Se concentraba en la suavidad de sus labios, en su aroma limpio y varonil. Quería agradecerlo. Y sabía que mantener relaciones con él sería un buen modo.

Tenía mucha paciencia con ella y eso la sorprendía. Caleb tenía muchas buenas cualidades, pero jamás lo habría considerado un hombre paciente. Le gustaban los

placeres: la buena comida, el licor bueno y suave, las mujeres en la cama... Pero para ayudarla había renunciado a otras mujeres y no la presionaría para que hiciera el amor con él.

Y estaba respetando el acuerdo.

Ella se estaba aprovechando de su amabilidad, lo sabía. No era justo pedirle tanto y no ofrecerle su cuerpo. Aun así quería retrasar el momento de estar desnuda entre sus brazos. Aún no estaba preparada. Temía los demonios del pasado, que en el momento de hacer el amor, el terror la dominara y sufriera un ataque de pánico. Y de dolor.

Temía su propia fealdad bajo la ropa.

Algunas veces, por la noche, se quedaba acostada despierta a su lado y se imaginaba que se acercaba a él y se derretía entre sus brazos. Pero nunca lo hacía.

Y además estaban las pesadillas, los momentos en que revivía esa terrible época, la mano áspera en su boca, el olor del aliento agrio, los susurros de amenaza y las promesas de dolor...

Se despertaba sollozando. Dos veces sus sollozos habían despertado a Caleb.

—¿Irina? —había sonado su voz en la oscuridad.

Ella había buscado su mano y la había agarrado con fuerza.

—Shh. Duerme. No es nada. Sólo una pesadilla...

Él acariciaba su mano. Sólo eso. Nada más. Su caricia y su voz la llevaban de vuelta a las sábanas limpias, la seguridad, su buena vida.

Y aparte de sus dudas y preocupaciones en la oscuridad, las pesadillas ocasionales, su vida era luminosa y buena.

Fue a reuniones con la familia de él: una fiesta por el embarazo de Mercy, quien vivía en el rancho de la familia Bravo con su marido, Luke, y esperaba su primer hijo para mayo. Y también en una fiesta en casa de Corrine y Matt en la que había conocido a su hija de cinco años, Kira, y se había enterado de que esperaban otro hijo para el final del verano.

Y pasaba mucho tiempo con Mary, quien rápidamente se hizo su amiga.

Irina nunca había tenido antes una amiga. Adoraba las sencillas alegrías de su nueva amistad: sentarse en la cocina de Mary, tener en brazos a su hija, hacer planes para su sección del libro de cocina. O que Mary y Gabe fueran de visita a la casa que compartía con Caleb.

Había sido Mary quien la había animado cuando había dicho que le gustaría organizar una cena familiar. La casa de Caleb, también su casa al menos por una temporada, era lo suficientemente grande para acoger a todos. La fecha fijada fue el segundo sábado de marzo.

Irina hizo toda la comida, la comida buena y nutritiva que su tía Tòrja le había enseñado a preparar cuando era pequeña: champiñones rellenos de queso feta, ensalada de arroz y nueces y cordero estofado con espinacas. Y alas de pollo

marinadas en yogur y tomillo, para quienes no les gustara el cordero. Ofreció dos postres: *tikvenic*, que era la versión de su país del bizcocho de calabaza y natillas de huevo con sirope de azúcar moreno y helado de vainilla.

Fue una cena maravillosa, llena de risas y felicidad alrededor de la enorme mesa. Zoé llevó la cámara y tomó varias fotografías. Mary pensaba que sería interesante que la cena, con las fotografías de Zoé y las recetas de Irina, saliera en el libro como un ejemplo de cocina casera para ocasiones especiales.

La familia de Caleb siempre había tratado bien a Irina. La conocían, y habían sido amables con ella, como la prima refugiada de Victor que necesitaba un trabajo para conseguir el asilo político y que cuidaba tan bien a Caleb. Pero esa noche notó su aceptación total. Sentía que se le salía el corazón del pecho. Y eso también trajo la amargura de la culpa por mentir a tan buenas personas haciéndose pasar por alguien que no era, o que dejaría de ser en relativamente poco tiempo.

Siempre que la culpa la asaltaba, la reprimía. Se decía que había sido elección suya recorrer ese camino, y también elección de Caleb.

Quizá cuando su tiempo como marido y mujer terminara fuera capaz de mantener la relación con la familia de él. Aunque no sería lo mismo. Pero casi, al menos eso esperaba. Los Bravo eran buena gente, así que esperaba que le perdonaran la decepción, que comprendieran.

Más allá de la culpa, en la cima de sus preocupaciones estaba que había estafado a su marido por no mantener relaciones sexuales con él. Aunque empezaba a preocuparle el dinero.

No había considerado ese asunto al principio. Habían acordado casarse tan deprisa que apenas habían tenido tiempo de discutir las condiciones del acuerdo. Él había pagado el vestido de novia y la cara fiesta de después de la boda y el hotel. Había sido tan emocionante, que al principio ni siquiera había pensado en cuánto dinero habría costado todo eso.

A principios de marzo, cuando en su cuenta había aparecido la suma que todos los meses él le transfería, había sentido un estremecimiento, una sensación de que no estaba bien, de que un hombre no paga a su esposa por cosas como cocinar o hacer la colada. En ese momento había decidido no darle mucha importancia al problema. Lo había dejado a un lado y seguido con su vida de esposa de Caleb.

Pero después, cuando estaba planeando la cena para la familia, él le había firmado un cheque de quinientos dólares para lo que hiciera falta. Sí, el cordero era caro, pero no iba a comprar ni vino ni licores, Caleb tenía una bodega bien surtida. Y el año anterior Victor había mandado dos cajas de buen vino búlgaro que pensaba servir en la cena.

Cuando le había dicho que quinientos era mucho, él no le había hecho ni caso. Había dicho que una cena así era mucho trabajo y que no se preocupara por algo menor como el dinero.

Menor como el dinero...

Había vivido con su primo en casas bombardeadas, vivido de la basura o de lo que habían podido robar. Después, en el orfanato, había comida. No morían de hambre, pero nunca había suficiente.

Para ella el dinero importaba. Marcaba la diferencia entre tener que robar en la calle y un estómago lleno y ropa caliente, y la tranquilidad de saber que estaba a salvo y no era una ladrona. Algunas veces soñaba con un día en el que tendría dinero suficiente como para saber que jamás volvería a pasar hambre. Suficiente para ayudar a los demás, para dar de comer y vestir a los necesitados. Para hacer que al menos otra persona fuera tan afortunada como ella y encontrara un lugar donde vivir y gente que cuidase de ella.

No sabía cómo cumpliría ese sueño que tenía de ayudar a los demás. Pero sí sabía que no podía depender de la generosidad de Caleb. Eso, al menos, era un comienzo.

El domingo por la mañana, después de la gran cena, dejó a Caleb dormir y se levantó para acabar de recoger la cocina y el comedor. Un poco antes de las once, Caleb la encontró en la habitación de lavandería metiendo los manteles y las servilletas en la lavadora.

– Trabajas demasiado – dijo él.

Cerró la puerta de la lavadora y la puso en marcha, después se acercó a él y le apoyó las manos en los hombros. Alzó la cara pidiendo un beso. Él se lo dio, uno pequeño.

– No me importa el trabajo – dijo ella –. ¿Desayunamos?

– ¿No has desayunado aún?

– No – se llevó la mano al estómago, que rugió –. He estado ocupada y te esperaba.

– Haré el beicon si tú te ocupas de los huevos.

– Perfecto.

– Anoche lo pasé muy bien – la miró con afecto.

– Yo también.

En la cocina ella hizo café y preparó los huevos mientras él se ocupaba del beicon. Cuando todo estuvo listo, se sentaron en la mesa al lado de la ventana que daba a la piscina. Contempló cómo el sol arrancaba reflejos del bonito pelo castaño de Caleb y trató de pensar en cómo sacar el tema del dinero sin que fuera muy forzado.

– ¿Te preocupa algo? – le preguntó él –. Sigues arrugando la frente. Conseguirás tenerla ondulada si sigues así.

– ¿Ondulada?

– Arrugada.

– Ah – sacó de un bolsillo un cheque de doscientos dólares que había rellenado esa mañana –. Toma – lo puso encima de la mesa.

– ¡Qué demonios, Irina! – dijo mirándolo. Ella bebió un sorbo de café y trató de no ponerse a la defensiva.

– Siempre dices «¡qué demonios!» cuando no te gusta algo que hago. Esto no es algo malo. Es porque no necesito todo el dinero que me diste para la cena. Así que te devuelvo el resto.

– No es necesario – le devolvió el cheque.

– Sí, Caleb, es necesario – lo volvió a empujar.

– Has trabajado toda la semana en esa cena. Has cocinado y limpiado. Haces todo perfecto. Encima esta mañana me has dejado dormir hasta tarde mientras tú hacías todo y sin desayunar. Lo que has hecho vale más de trescientos pavos. Más de quinientos. De hecho, probablemente te debo dinero – rompió el cheque por la mitad y arrugó los pedazos.

Irina deseó echarse a reír. Deseó llorar. Se sentía tan confusa que dolía. Y era tan hermoso. Todo al mismo tiempo. Se propuso hablar con calma y razonar.

– No está bien.

– ¿Qué no está bien?

– Un hombre no paga a su esposa para que le haga la comida y limpie su casa.

– Nuestra casa.

– Sí, vale. Nuestra casa. Quiero decirte que debes dejar de pagarme.

– De ninguna manera.

Se miraron fijamente.

– Si no consideraras la rectitud...

– Estoy considerando la rectitud, maldita sea.

– ¿Me permites terminar la frase, por favor?

– Sí, claro. Adelante – se cruzó de brazos.

– Si me pagas, parece que trabajo para ti, no como si somos dos personas casadas de verdad.

– Eso es una estupidez.

– No, es la verdad.

– Irina, aterriza. Cuando dos personas se casan y una se queda en casa y se ocupa de todo, la que trae el dinero a casa lo comparte. A Inmigración no va a extrañarle que te dé dinero para que lleves la casa... y un poco extra para ti. Tu argumento es débil.

– ¿Débil?

– Eso es lo que he dicho.

– Tengo... orgullo, Caleb.

—Sé que lo tienes. Y eso es bueno. Pero yo también. Este matrimonio no es un sufrimiento para mí.

—¿No? —se le hizo un nudo en la garganta.

—No. Es fantástico. Está funcionando muy bien. Y estás trabajando más que nunca. Así que te mereces estar bien pagada por ello.

Se tragó el nudo de emoción que le cerraba la garganta y dijo:

—Yo... vale.

Caleb acercó la silla a la mesa y agarró su taza de café.

—Bien, me alegro de que esté arreglado —bebió un sorbo.

—Hay algo más...

La miró por encima del borde de la taza.

—Estás dándome el desayuno, ¿lo sabías?

—Deberíamos haber firmado un acuerdo cuando nos casamos para que yo no te robe tu dinero cuando nos divorciemos.

—¿De qué estás hablando? —dejó la taza en la mesa.

—Lo veo en una película. Un acuerdo prenupcial, lo llaman.

—Irina, no tuvimos tiempo para hacer un contrato prenupcial.

—Pero también hay postnupcial. ¿Lo sabías?

—Piénsalo así —dijo sin responder a la pregunta.

—¿Así cómo?

—Simplemente que estés hablando conmigo de firmar un postnupcial es prueba suficiente de que no necesito uno. Tú no vas a tratar de sacarme dinero, Irina — agarró los trozos del cheque y se los enseñó—. Si fuera así, no estarías firmándome cheques para devolverme lo que no tienes que devolverme.

Lo miró por encima de la mesa sabiendo que tenía razón. En todo. Y aun así sentía que le debía demasiado y deseó poder compensarle de algún modo.

—Cómete el desayuno —gruñó él—. Pierdes el tiempo en bobadas.

Sexo, pensó ella mientras agarraba el tenedor. Al menos podría hacer eso por él. Había sido muy paciente con ella. Sería bueno que ella le diera placer, al menos...

Pero esa noche no hizo nada que demostrara que estaba deseando hacer el amor con él.

Le tomó la mano como hacía todas las noches, pero nada más. Le parecía que había que subir unos escalones demasiado difíciles antes de poder compartir tanta intimidad con él. Quitarse la ropa, dejar que la viera desnuda iba a ser un reto, uno ante el que se encogía.

Y además estaban las cosas terribles que habían sucedido en Argovia, después de que hubiera crecido y vivido sola, después de que Victor se hubiera ido a los Estados Unidos. Cosas que jamás había imaginado pudiera compartir con otro ser humano.

Empezaba a pensar que necesitaba contarle a él esas cosas. Y eso le daba más miedo que desnudarse delante de él. Era... otra clase completamente distinta de desnudez. La más difícil.

Al día siguiente él se fue a Los Ángeles por negocios. Se fue con su hermano Matt, el experto financiero de la empresa. Iban a reunirse con los jefes de una empresa agrícola para venderles energía eólica. Estaría fuera hasta el viernes.

Irina se sintió aliviada por poder olvidarse unos días del asunto del sexo. Y por sentirse aliviada, se enfadó consigo misma. Era algo que podía hacer por él cuando él lo hacía todo por ella. Aun así siempre encontraba el modo de evitar que sucediera.

Y él no la presionaba, simplemente esperaba hasta que ella diera alguna señal. A ese ritmo, esperaría mucho tiempo.

La tarde del jueves Mary fue a verla con Ginny. Irina tuvo a la pequeña en el regazo mientras miraban las fotografías que había hecho Zoé. Después, mientras Ginny dormía la siesta, trabajaron las dos en las recetas argovianas.

Antes de irse Mary le preguntó si algo la preocupaba.

Irina sintió que se le paraba el corazón. ¿Sería tan evidente que estaba agobiada que Mary lo había notado? Pero sonrió y sacudió la cabeza.

—No, no es nada.

—Pareces... No sé, ¿preocupada? Y un poco triste. Estoy aquí para lo que haga falta. Si hay algo que yo pueda...

—No, no es nada, de verdad —mintió.

Cuando Mary se hubo marchado, casi deseó haber confiado en ella. Pero había demasiado que contar y nada apropiado. No hubiera estado bien cargar a su cuñada con secretos y temores. Mucho menos con la información de que Caleb y ella nunca habían hecho el amor.

No. Mejor dejarlo pasar. Si empezaba a hablar, podría acabar confesando que Caleb se había casado con ella para que le dieran el permiso de residencia. Eso sería un error. Nadie más que Caleb y ella podía saber eso. Por mucho que confiara en Mary, no quería decirle que su matrimonio no era lo que parecía.

El miércoles, Mercy Bravo llamó para invitarla al rancho de la familia, Bravo Ridge, a cenar. Irina aceptó apreciando la calidez con que la trataban las mujeres de la familia. Fue una velada maravillosa. La esposa de Matt, Corrine, fue también y llevó a su hija pequeña, Kira.

El jueves por la mañana llamó Elena.

—Mercy me ha dicho que estuviste en el rancho anoche.

—Sí. Lo pasamos muy bien.

– Bien. Así que estás bien sola, ¿no?

– Estoy bien, gracias – aseguró Irina.

– Llámame si necesitas algo. Ahora tengo clase – Elena era profesora –, pero después de las cuatro estoy libre.

– Llamaré si te necesito, lo prometo. Y gracias por pensar en mí – colgó sintiéndose parte de la familia de Caleb.

Desayunó y pasó un par de horas leyendo. Trataba de leer todos los días al menos una hora. Leía historia americana, novelas y ocasionalmente libros de autoayuda. También escribía en inglés para practicar. Tenía un diario en el que apuntaba las cosas que aprendía sobre la vida en Estados Unidos. Todo, desde recetas hasta sus opiniones sobre lo que veía en la televisión.

Le gustaba aprender. Y leer y escribir la ayudaba a hablar con más fluidez. Había empezado a darse cuenta de que pensaba en inglés y eso era un gran paso. Le hacía sentirse más cerca de convertirse en una ciudadana más de los Estados Unidos.

Alrededor de las once emprendió la tarea de pulir las encimeras de granito de la cocina. Y después limpió el suelo. La cocina era grande y daba mucho trabajo.

– ¡Qué demonios! – dijo en la cocina apoyando la fregona en el borde de la encimera.

Se echó a reír, esa expresión la utilizaba mucho Caleb.

Sudaba. Estaba sola en la casa y, dado que Caleb no volvería hasta el día siguiente, nadie podía verla. Se secó el sudor de la frente y se quitó la camiseta de manga larga. La gargantilla que le había dejado su madre colgaba entre sus pechos.

Respiró hondo. Si había un cielo, seguro que era así: la sensación de la piel desnuda, fresca, sin capas de ropa encima.

La fregona esperaba. La agarró y la pasó en círculos recordando cómo había bailado con Caleb en la fiesta de la boda. Se puso a cantar a voz en grito una vieja canción argoviana mientras pasaba la fregona.

Fue la canción lo que impidió que oyera la puerta del garaje. Siguió cantando hasta que un movimiento que captó por el rabillo del ojo hizo que parara y se diera la vuelta.

Caleb.

O, Dios, era Caleb. Estaba de pie en la sala de la lavadora con un maletín en una mano y un ramo de flores en la otra. La miraba.

Irina quiso morir. Se quedó paralizada, sudando con sólo un sujetador blanco que no ocultaba las feas cicatrices de su piel.

Finalmente, Caleb habló:

– He... he vuelto antes.

Con un grito estrangulado, dejó caer la fregona y huyó corriendo.

Capítulo 6

Furia. Pura rabia. Fue lo que sintió Caleb rápidamente. ¿Qué le habían hecho? Las cicatrices, tantas, blancas y arrugadas, afeando su pálida piel. Como si alguien le hubiera disparado con una escopeta llena de clavos. Tenía que haber sido tan doloroso.

Deseó matarlos, con sus propias manos. Golpear a quien quiera que hubiera hecho eso.

Dejó las flores en la encimera y fue a buscarla. A mitad del pasillo oyó una puerta que se cerraba en el dormitorio. Siguió el sonido hasta la puerta cerrada del cuarto de baño de su dormitorio.

—¿Irina? —tocó la puerta ligeramente y consiguió mantener un tono suave a pesar de su ira—. Irina, vamos...

—Vete, por favor.

—No —dijo firme—. Vamos, déjame entrar.

Tras la puerta sólo hubo silencio. Esperó que le dijera otra vez que se fuera. Pero entonces oyó el clic del pestillo de la puerta. Se movió el picaporte y la puerta se abrió. Allí estaba ella, alta y orgullosa con su sujetador liso y el colgante de oro, llorando sin ruido, las lágrimas cayendo por su bonito rostro. Dejándose ver como jamás se lo había permitido antes.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con voz temblorosa.

«A ti», pensó, pero no se lo dijo. Le parecía demasiada invasión confesarle algo así en ese momento. Hacerle esa clase de demanda. Pensó que cualquier cosa que dijera en ese instante no sería adecuada.

No dijo nada, sencillamente extendió los brazos sin llegar a creer que ella aceptase que la abrazara. Nunca lo había hecho hasta entonces.

Pero ella le sorprendió... como tantas veces hacía. Con un suspiro, se acercó a él. La rodeó con los brazos.

—Shhh —dijo él—. Está bien, todo está bien...

Ella lo abrazó con fuerza.

—Oh, Caleb, estoy tan avergonzada. Es tan...

—No —le sujetó la cara con las dos manos y la miró a los ojos—. No hay ninguna razón para que te sientas avergonzada.

—Pero... pero me he portado como una tonta.

—No, nunca.

—Sí. Siempre escondiéndome, siempre tapada. He hecho de ello una cosa tan importante, ¿sabes? Desde que nos casamos he estado pensando en cómo

enseñártelo, cómo... decírtelo. Y ahora, hoy, me encuentras cantando en la cocina en sujetador. No es... como lo había planeado.

–Irina –la miró y con los pulgares le enjugó las lágrimas–. No eres tonta. Eres valiente y fuerte. Dulce. Y buena...

–Sé que es estúpido. Soy demasiado orgullosa. Nunca quiero que nadie vea mis cicatrices –bajó la vista–. Ni siquiera tú. Se convierte... ha convertido en una costumbre estar completamente cubierta. Oculta. Una costumbre que nunca sabía cómo romper.

–Bueno, ahora ya he visto las cicatrices. No estás cubierta. Y mira, resulta que es fantástico.

–¿Fantástico? ¿Bailar en la cocina sin camiseta cantando una tonta canción?

–Bueno, aquí estás. En mis brazos. Si cantar sin camiseta es lo que te ha traído hasta aquí, para mí está bien.

Irina soltó una mezcla de sollozo y carcajada.

–Oh, Caleb, siempre le ves el lado bueno a todo.

–Soy un tipo simpático... aunque no siento la menor simpatía por el malnacido que te hizo esto. Me gustaría ponerle las manos encima.

Ella le acarició en la comisura de los labios y Caleb notó cómo esa caricia le llegaba hasta la médula.

–¿Estás enfadado?

–¿Con el hijo de Satanás que te hizo esto? Claro que sí.

–Olvídate de él.

–Imposible.

–Está muerto. Les pasa siempre a los suicidas que hacen estallar coches bomba.

–Diablos. Esperaba poder meterle un tiro.

–Llegas tarde, pero estoy de acuerdo contigo. Si no estuviera muerto, yo también querría matarlo. Cuando murió se llevó con él a otros diez inocentes que estaban de compras o merendando en el café donde yo trabajaba. Fue... ¿cómo se dice? Una acción terrorista. En mi país suceden constantemente. De entre las víctimas, yo soy de las afortunadas. Sigo viva. Entera. Mi cuerpo funciona. Es algo... ¿aleatorio? Me cortaron cristales y trozos de metal, pero sólo en la parte de arriba del pecho y en los brazos. Mi cara, mis pechos, mi vientre, todo el resto de mí está intacto. Otros no tuvieron tanta suerte.

Volvió a rodearla con los brazos. Ella no se resistió, apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro entrecortado. Caleb se sorprendió por lo mucho que significaba para él sencillamente poder abrazarla.

Ella alzó la cabeza y lo miró.

–Hay... más –en sus ojos reaparecieron los fantasmas.

– ¿Me lo contarás?

– Es muy... muy difícil hablar de ello.

Caleb la tomó de la mano, se acercó a la cama, se sentó y tiró de ella para que se sentara a su lado. Ella soltó la mano y cruzó los brazos sobre los pechos.

– Me siento... tan desnuda.

– Eres preciosa.

– Siempre tienes listo un cumplido –sonrió.

– Es verdad que lo eres.

– Y tienes tanta paciencia conmigo –bajó los brazos y apoyó las manos en el regazo–. Me sorprendes de tantas formas.

– Espero que sean sorpresas buenas.

– Sí, sólo buenas –lo miró a los ojos–. Está mal, lo sé, pedírtelo. Pero otra vez necesito tiempo... y no sólo para estar contigo como una mujer con su marido. Necesito tiempo para contarte el resto de mi triste y fea historia.

La miró. Estaba ruborizada y tenía los ojos enrojecidos por el llanto. Se dio cuenta de que no quería estar en otro sitio que no fuera allí, con ella. Se dio cuenta de que se alegraba de que tuvieran dos años, como mínimo, para estar juntos. Para conocerse.

Algo le estaba sucediendo. No estaba seguro de qué. Un cambio en las prioridades. Una forma diferente de ver el mundo. Lo que importaba mucho un mes antes ya no parecía tener importancia. Ya no tenía que correr para conseguir lo que deseaba. Para encontrar placer y rápida satisfacción. Ella le estaba mostrando un lado de sí mismo que no sabía que existía.

– Te he traído unas flores –dijo tomándole una mano.

– Las he visto –sonrió– justo antes de gritar y salir corriendo al cuarto de baño.

– Deberías ponerlas en agua.

– Sí –enlazó los dedos con los de él como hacía por las noches–. Ahora.

Él la soltó y ella se levantó y se fue. La miró alejarse admirando la bonita forma de su espalda, el modo en que sus caderas se mecían graciosamente, la curva de su cintura.

Al día siguiente, Irina se fue de compras. Se compró dos blusas, dos ligeras camisas de punto y dos vestidos. Fue austera como siempre, pero nada de lo que se compró fue gris, marrón o negro.

Antes de volver a casa incluso se atrevió a parar en una tienda de lencería. Se compró ropa interior que no era blanca. Y un camisón que no tenía nada que ver con

lo que normalmente se ponía para meterse en la cama. La ropa nueva dejaba ver algunas de sus cicatrices. Pero ya no le preocupaba tanto que la gente pudiera verlas.

Le mostró a Caleb la mayoría de sus compras cuando volvió a casa, todo menos el camisón. Eso se lo enseñaría cuando estuviera preparada. Incluso hizo un pase de modelos para él con uno de los vestidos.

Él le dijo que estaba increíble, lo que le hizo sonreír. En parte porque era una de esas cosas que los norteamericanos decían siempre y en parte porque en sus ojos veía que lo decía de verdad.

Le dio las gracias y después se abrazaron y lo besó. Un beso más largo y lento que todos los anteriores.

A la mañana siguiente, Victor y Maddy Liz llevaron a los niños desde Dallas para pasar el fin de semana. Irina se llevó aparte a su primo en cuanto llegaron. Le contó lo del coche bomba, se quitó el suéter que llevaba encima de la blusa nueva y le mostró por primera vez lo que le había pasado.

Su primo se sintió dolido porque no hubiera confiado en él antes y así se lo dijo.

Ella le pidió perdón por mantener sus heridas en secreto.

—No quería hablar de ello. Y no quiero que te sientas mal. Pero ahora pienso que era peor mantenerlo encerrado dentro de mí misma.

Él le apoyó sus enormes manos en los hombros y la miró a los ojos.

—Guardas demasiado dentro, creo, primita. Pero las cosas van mejor ahora, ¿no? ¿Eres feliz con Caleb?

—Muy feliz.

—Bueno, entonces yo también soy feliz.

Por la tarde fueron a un parque de atracciones. Caleb montó todas las veces. A Irina le gustaba verlo con Miranda y Steven. Era muy bueno con los niños. No les hablaba con condescendencia y se le veía cómodo con ellos.

Victor le pasó un brazo por los hombros mientras miraban a Maddy Liz, a los niños y a Caleb dar una vuelta en la noria.

—La vida es buena, ¿no?

—La vida es muy buena —respondió ella mirándolo con una sonrisa.

—¿Quién iba a pensar que tendríamos tanta suerte?

Se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

Después del parque fueron a comer pizza. Los niños se quedaron dormidos en el coche de vuelta a casa. Maddy Liz los acostó y después Caleb abrió una de las botellas de vino búlgaro que Victor había enviado el año anterior.

Se pusieron unos suéteres por el frío de la noche y se sentaron al lado de la piscina. Maddy les dijo que estaba embarazada otra vez, que esperaba al bebé para septiembre. Irina observó la mirada que se cruzaron Victor y su mujer. Sintió que

Caleb la miraba y se volvió a mirarlo. Compartieron una mirada a la vez cálida e íntima.

Oh, sí, la vida era buena.

Victor y su familia volvieron a su casa después de la comida del día siguiente. Y Caleb se fue a su despacho un momento. Tenía que ponerse al día de trabajo después de la semana en California.

Irina trató de cumplir con su lectura diaria, pero se le pasó el tiempo sentada, con el libro en el regazo, pensando en los momentos tan especiales del día anterior: Caleb con los niños, la mirada que habían intercambiado tras la noticia del embarazo de Maddy Liz.

Había llegado el momento, y lo sabía.

Se había pasado, para ser sincera.

Finalmente, dejó de intentar leer. Se metió en la cocina y se puso a cocinar.

Cuando Caleb volvió a las seis, le dijo que abriera una botella de vino. Se sentaron a cenar unos platos cuidadosamente preparados. Él parecía muy feliz con la comida, con el vino... y con ella.

Después de cenar recogieron la cocina y vieron un rato de televisión.

A las nueve, ella se marchó para prepararse para acostarse.

En el vestidor del cuarto de baño, se quitó toda la ropa y se puso el camisón rosa. Pétalo de rosa, le había dicho la vendedora. Le quedaba como una segunda piel y dejaba muy poco a la imaginación. Tenía tiras de encaje rosa. Tenía mucho escote y dejaba ver la mayor parte de las cicatrices. Se soltó el pelo y lo cepilló hasta que le quedó suave y brillante.

Finalmente, se puso derecha, ordenó a su corazón que dejara de latir tan fuerte y abrió la puerta del dormitorio.

Caleb estaba al otro lado de la puerta esperándola. Se le escapó un jadeo al verlo.

— ¡Caleb! Me has sorprendido.

— Llevabas mucho tiempo ahí dentro — la miró despacio, recorriendo todo su cuerpo desde los pies descalzos hasta arriba —. Bueno...

— Bueno, ¿qué? — dijo ella nerviosa.

— Eres preciosa. Y siempre que vayas a ponerte ese camisón puedes estar en el baño el tiempo que quieras.

— ¿Te gusta?

— Mucho — su voz era áspera y suave al mismo tiempo, como una caricia.

— Menudo alivio — dijo ella suspirando.

—¿Qué? ¿Estabas preocupada? Una mirada al espejo debería haberte tranquilizado.

—No es por lo que veo cuando me miro al espejo.

Caleb le alzó la barbilla y la miró a los ojos intensamente. Pensó que iba a decirle algo, pero no fue así. Le acarició un lateral del cuello con las yemas de los dedos, una caricia excitante, pero al mismo tiempo que asustaba.

Ningún hombre la había tocado íntimamente en más de tres años. Y el último hombre que lo había hecho... se estremeció al recordarlo.

Él notó el estremecimiento. Su expresión cambió, pasó de la ternura a la determinación. Siguió la caricia por el brazo hasta agarrarle la mano.

—Vamos —dijo él.

La llevó hasta la cama y la sentó junto a él en el borde. Ella le acarició una mejilla con el dorso de la mano.

—Quiero... ser tu esposa, Caleb. En todos los sentidos. El tiempo que estemos juntos, quiero que nosotros hagamos todo lo que hacen un hombre y una mujer. Quiero hacer el amor contigo. Esta noche. Quiero dormir en tus brazos.

—Irina... —pareció no saber qué decir.

—Sí, Caleb —puso las manos de los dos en su regazo.

—Tengo que preguntar... —las palabras se desvanecieron.

—Cualquier cosa —apretó más fuerte la mano—. Está bien. Pregunta.

—¿Es tu primera vez? —dijo casi sin aire.

Deseó que lo fuera. Haber llegado a él sin dolor, sin feos recuerdos que echaran a perder lo que debiera ser algo hermoso.

—No, no lo es.

Se inclinó sobre ella hasta que sus frentes se tocaron.

—Uf, buenas noticias.

—¿Lo son?

—Sí. Hacer el amor con una virgen es... una gran responsabilidad.

Le acarició la cara y dijo:

—Infravaloras tus capacidades, creo. Tus novias siempre parecen muy felices.

—Irina.

—¿Hum?

—No hablemos de otras mujeres. Ahora eres la única que me importa —la besó tiernamente.

—Zoé me ha dicho que puedes vender una tabla de surf a un esquimal —dijo sin separar los labios de su boca—. Elena dice que puedes hacer que los pájaros bajen de los árboles. Creo que tus hermanas tienen razón.

–Shh –alzó una mano y la agarró de la nuca con un gesto al mismo tiempo íntimo y posesivo que hizo que se estremeciera entera.

La besó otra vez presionando con los labios para que abriera los suyos. Cuando, con un suave suspiro, lo hizo, él profundizó el beso y deslizó la lengua entre los labios de ella.

Irina cerró los ojos. En la parte baja de su vientre notó una leve vibración. Como una brasa que se aviva al recibir el aire de un fuelle.

Apartó su boca de la de ella. Irina abrió los ojos y vio que él la miraba. Le acarició un hombro y después pasó la mano por el colgante de su madre y lo peor de sus cicatrices. Ella siguió mirando esos profundos ojos verdes mientras la mano de él alcanzaba la parte superior de sus pechos, un suave dedo recorría el borde de encaje del camisón haciendo que se estremeciera entera.

Entonces agarró el colgante.

–Siempre me he preguntado qué era esto.

–¿Mi colgante?

–Algunas veces veía su forma a través de la ropa.

–Era de mi madre. Es lo único que me queda de ella.

Caleb dio la vuelta al colgante, que brilló a la luz, y dijo:

–G.

–Sí.

–G de...

–No tengo ni idea. Mi madre se llamaba Dafina. Su apellido de soltera era Sekelez. Y mi padre se llamaba Teo –le quitó el colgante de la mano y lo abrió para mostrarle dos retratos en miniatura que había dentro—. Mi madre –señaló a una mujer de pelo negro y después la otra imagen—. Y éste es mi padre, Teo Lukovic, el hermano pequeño de mi tío Vasili –tenía bigote y el pelo también oscuro como el de su madre, como el de ella.

–Una pareja guapa –dijo Caleb contemplando los retratos.

–Eso creo yo también. Y me alegro de al menos tener una foto de los dos. Apenas recuerdo a mi madre.

–... y tu padre murió antes de que tú nacieras.

–Sí.

–¡Qué triste!

–Sí.

–¿No has tratado de averiguar qué significa la G?

–Caleb –se echó a reír—. Hasta hace muy poco he estado demasiado ocupada simplemente tratando de sobrevivir –cerró el colgante y se apartó el pelo de la nuca—. Desabróchalo, por favor.

– Irina... – no hizo ni el menor movimiento.

– Por favor – lo miró por encima del hombro.

Abrió el cierre de la cadena.

Ella se levantó con el colgante en la mano y lo dejó en la mesilla antes de volverse a mirarlo.

– Creo, por ahora, por esta noche, que me gustaría olvidar el pasado.

– De acuerdo.

Volvió con él, le apoyó las manos en los hombros y lo empujó en la cama. Él no se resistió. Ella lo siguió hacia abajo haciendo que el pelo cayera con ella y rozara el rostro de él.

– Por ahora seremos sólo tú yo en esta habitación. Los tristes misterios del pasado no existen. Los viejos fantasmas se quedan fuera.

– Muy bien.

– ¿Tienes preservativos? – lo miró a los ojos.

– En el cajón – hizo un gesto con la cabeza en dirección a la mesilla.

– Tengo... otra petición.

– Lo que sea.

– Quítate la ropa.

Capítulo 7

Por un momento no se movió. Sus ojos esperaban respuestas de ella. Ella no tenía respuestas que darle.

—Lo que quieras —se sentó.

Ella tiró de él y lo volvió a tumbar.

—Hay más.

Él le apartó el cabello de la cara y le acarició una mejilla.

—Te lo repito: lo que quieras —sonrió provocador—. Y lo digo en sentido literal.

Lo recorrió con la mirada y reparó en el abultamiento de los pantalones. Se le cerró el estómago con un miedo irracional. No lo permitiría. Era Caleb. Caleb, que jamás le haría daño.

Él la agarró de la barbilla hasta hacer que lo mirara a los ojos.

—¿Qué problema hay?

—Ninguno. Todo está bien —susurró—. Es... bueno —se inclinó más cerca de él. Olía tan bien, a limpio, a loción de afeitar. El temor casi desapareció.

Lo besó suavemente en los labios disfrutando del tacto de su boca que apenas rozaba, saboreando la sutil caricia. Le dijo en un susurro:

—Después de que te desnudes, te tumbará. Me... dejarás tocarte. Me dejarás hacerte lo que quieras. Pero tú no debes tocarme. Debes... dejarme ser la jefa de tu cuerpo. Déjame marcar el ritmo y hacer las caricias.

—Irina... —la miró a los ojos.

—¿Te... parece bien? ¿Lo harás?

—Claro que lo haré. Y está mejor que bien para mí. Sólo que hace un minuto parecías tan asustada.

—No tengo miedo —dijo demasiado a la defensiva, así que lo repitió más flojo—: No tengo miedo, de verdad.

—¿Estás segura de que es esto lo que quieres?

—Estoy segura. Por favor. ¿Lo harás por mí?

—Sí —la miró tranquilo.

Ella se inclinó y volvió a besarlo.

—Gracias —se retiró a un extremo de la cama, se puso de rodillas y lo miró—. Desnúdate.

Él se levantó. Se quitó todo con deliberada lentitud. Se sentó para quitarse los zapatos y los calcetines. Ella lo contempló disfrutando de sus músculos.

Desnudo, se levantó y se volvió hacia ella. Sus miradas se encontraron por un instante. Y después él miró hacia abajo, esperando, dejando que ella lo mirara.

Y ella miró. Sus anchos hombros, su musculoso pecho ligeramente cubierto de un vello dorado que, por el centro, bajaba hasta el vientre señalando como una flecha su excitado sexo.

Ella admiraba algo más que su cuerpo. Admiraba su corazón. El corazón tan grande que tenía. Y lo buen hombre que era. Un hombre tan hombre que no tenía nada que demostrar. Tan hombre que la dejaba llevar las riendas, dar las órdenes, ser la jefa.

Se levantó y apartó las mantas.

– Por favor – dijo dando una palmada en su almohada –. Tumbate ahora.

Él hizo lo que le pedía y se tumbó con los brazos y las piernas estirados.

– No... me busques, por favor. Deja que te toque yo.

– Vale.

– Y no digas nada.

Asintió.

Ella volvió a la cama y se arrodilló a su lado. Aún llevaba el camisón y no tenía intención de quitárselo. Esa vez no.

Su erección la amenazaba, parecía algo peligroso. Quería tocarla, rodearla con sus manos, para demostrar que no le haría daño, para descubrir que, al conquistar su masculinidad, volvía a confiar en su condición de mujer completa.

Y aun así... No. Más tarde. Él había sido paciente, ella lo sería.

Se estiró por encima de su cuerpo, las piernas presionaban los músculos de su cintura, y abrió el cajón de la mesilla. Sabía que él la miraba, que veía el modo en que el camisón se ceñía sobre sus pechos, que deseaba tocarlos. Lo sabía por lo entrecortado de su respiración, por el modo en que su erección crecía aún más.

Pero no la tocó. Se quedó quieto, como ella le había pedido.

Sacó del cajón la caja de preservativos, extrajo uno y devolvió la caja a donde estaba, cerrando el cajón. Volvió a su lado de la cama y dejó el preservativo encima de su mesilla. No tenía ni idea de si lo usaría, de si tendría el coraje para llegar tan lejos. Pero ahí estaba. Esperando. Disponible por si decidía que estaba preparada.

Se volvió hacia él. No se había movido, pero la miraba. Esperaba evidentemente preparado para lo que ella quisiera hacerle.

Tocar era su prerrogativa. Así que se lo permitió. Primero le tocó la cara. Parecía la parte más segura. Recorrió sus gruesas cejas doradas, las perfectas orejas. Deslizó los dedos entre el cabello, espeso y ligeramente de punta, cálido. Él cerró los ojos y ella se inclinó para besarlos en los párpados.

Un gemido grave y controlado escapó de la garganta de él cuando ella alzó la cabeza. Cuando se miraron de nuevo, Irina supo que él quería más. Lo quería todo.

Y volvió a pensar en su gran paciencia. Más de un mes compartiendo la cama, tomándole la mano cada noche, dejando que lo besara, aceptando las ligeras caricias que ocasionalmente le había hecho, pero manteniendo el deseo a raya. Un hombre así se merecía mucho. Se merecía todo lo que una mujer pudiera darle.

Más, desde luego, de lo que un cuerpo vapuleado y un espíritu dañado podría darle.

Pero de momento, ella era el único cuerpo de que él podía disponer. Tendrían que sacarle todo el jugo posible a la situación. Tendría que superar sus terribles temores.

Y quería hacerlo, librarse de las crueles cadenas del pasado. Lo quería por él y por ella.

Apoyó su mejilla en la de él y susurró:

– Eres asombroso.

Y vio la sonrisa que se dibujó en sus labios.

– Me encanta que estés en silencio – le susurró al oído mordiéndole el lóbulo de la oreja y arrancándole así otro gemido –. Es un regalo que me das ahora – dijo con suavidad –. Un regalo entre muchos otros... este ratito para tocarte, para tenerlo todo como quiero tenerlo, para tenerte a ti, Caleb, en mis manos...

Su gemido fue más fuerte esa vez. Ella sonrió y lo besó, abriendo su boca sobre la de él, esperando que sus labios se separaran para poder deslizar su lengua y saborear su suave humedad dulce y limpia. La de Caleb, no otra.

Se colocó al lado de él y apoyó la cabeza en su pecho. Escuchó el latido de su corazón, fuerte y profundo. Y lo besó ahí, encima del corazón. Y después empezó a bajar.

«Caleb, sólo Caleb...».

Identificarlo llenaba su mente, abría su corazón.

Con audacia, agarró su sexo con una mano. Se movió contra ella, el brillante extremo ligeramente húmedo. Pero Caleb mantuvo su palabra: no la tocó. No dijo nada.

Estaba caliente. Fuerte. Duro. Sedoso.

Lo acarició. Él alzó las caderas gimiendo, agarrándose a las sábanas para evitar agarrarla a ella.

Todo iba bien. Estaba con ese hombre de un modo íntimo. Podía hacerlo. Lo estaba haciendo.

Bajó la boca hacia su sexo lentamente, con mucho cuidado, lo recibió dentro de ella. El pánico le cerró la garganta.

Todo lo que necesitó fue una pequeña retirada y después pudo volver a recibirlo.

Semejante progreso le hizo más audaz. Parecía que podría hacerlo... podría seguir con su aterrador experimento y llegar hasta el final.

Lo soltó.

Eso provocó en él un gemido de deseo. Alzó un brazo y se cubrió los ojos con él.

Ella se puso de rodillas, se sentó en los talones diciéndose que iba a buscar el preservativo, sacarlo de su envoltorio, ponérselo a él.

Pero no lo hizo.

Después de un largo momento, él se quitó el brazo del rostro. La miró con ojos oscuros. Esperaba.

Ella se mordió el labio y sacudió la cabeza.

Él le tendió una mano, ella la agarró y la besó apretándola fuerte.

Un momento después, con la mano libre, Caleb apagó la lámpara de la mesilla. Ella tiró de las mantas y tapó a los dos.

Cuando ella abrazó su cuerpo desnudo, él no se resistió. Su calor y su fuerza le hacían sentir bien.

—Duérmete — dijo él con un susurro besándola en la sien.

Ella escuchó su respiración acompasarse y supo que se había quedado dormido. Y entonces, en ese momento, cerró los ojos y se entregó también al sueño.

Cuando se despertó era de día, pero muy temprano. Caleb yacía a su lado, la cabeza apoyada en un brazo, los ojos abiertos. La miraba. Con un dedo le apartó el flequillo de los ojos.

—Tenías una pesadilla, creo. Gritabas de miedo.

—No me acuerdo...

—Algunas veces las pesadillas son así — la miró tranquilo.

Ella apartó la vista y él le giró la cabeza agarrándole la barbilla para que lo mirara.

—¿Qué?

Si no podía darle placer sexual, al menos se merecía la verdad.

—He mentido — dijo con un suspiro —. Recuerdo lo que he soñado. Es el mismo sueño que tengo desde hace tres años. Nunca cambia. Pero al menos, ahora, es una pesadilla de la que puedo despertarme.

Él no dijo nada, pero tampoco había nada que decir. En su tierna expresión se notaba que estaba esperando, dejándole el tiempo que necesitaba para contarle esas cosas de las que le costaba tanto hablar. Finalmente, dijo:

–Tuve un novio después de salir del hogar. Vivimos juntos dos años en Terejevo –Terejevo era la capital de Argovia–. Era un... hombre maravilloso. Se llamaba Neven. Neven Mozi. Vivíamos en un pequeño apartamento a pocas manzanas del café donde trabajábamos los dos.

La mirada de Caleb era del más claro de los verdes. Por el gesto de sus cejas supo que había adivinado lo que le había pasado a Neven.

–Era feliz con Neven –continuó–. Hablamos incluso de casarnos. Yo antes ya había soñado con emigrar aquí, pero mientras estaba con él podía verme quedándome en mi país, siendo su esposa, teniendo hijos –respiró entrecortadamente–. Supongo que sabes dónde lleva esto. Neven murió, fue uno de los diez muertos del coche bomba.

La agarró de los hombros y le acarició suavemente el cabello. Su caricia le hizo bien.

–Lo siento mucho, Irina.

Ella se acercó, lo besó en los labios y retomó el relato.

–Al principio no sabía que había muerto. Fue un caos después de la explosión. Recuerdo que me llevaron en una camilla, la gente gritaba, daba órdenes, eran terribles los gritos de dolor de las otras víctimas. El olor del humo llenaba mi cabeza. Luego perdí el conocimiento. Cuando me desperté era mucho más tarde. Estaba en un hospital llena de tubos por todas partes. Vendada. Aún me dolía mucho todo. Grité hasta que apareció una enfermera y abrió el gotero de morfina. Pregunté por Neven, pero nadie me decía nada. Creo que ni siquiera sabían nada de él.

Caleb le acarició la mejilla. La cálida caricia ayudaba. Le daba sensación de solidez, de vuelta al seguro presente. Eso le permitió contar la parte más dura de la historia.

–Había un hombre. Uno viejo. Venía por la noche. Más de una vez. Apartaba las sábanas, levantaba el fino camisón del hospital...

Caleb estaba tumbado quieto. Demasiado quieto.

–Caleb. ¿Estás... está todo bien?

Él le apartó el cabello de la cara y la agarró de la nuca muy suavemente. Se acercó un poco más a ella y la besó. Un beso lento, pero casto. Un beso que se prolongó incluso después de que él se separó de ella volviendo a su almohada, un beso que hablaba de ternura y completa aceptación de lo que fuera a decir después.

–Está bien –susurró él–. Cuéntame. Todo, por favor.

Se lo contó:

–Me violó. Más de una vez. Y cuando lo hacía me susurraba que no se lo dijera a nadie. Que si lo hacía, me mataría. Tumbada debajo de él, pensaba en la muerte, pensaba que sería una bendición que me asesinara. Pero aún estaba Neven. Aún tenía esperanza... hasta que una mujer de rostro amable y voz suave vino a decirme que Neven había muerto. Después de eso, el viejo apareció al lado de mi cama una vez más. Me hizo tanto daño como las otras veces, pero esa vez apenas sentí nada.

Estaba muerta del todo por dentro... salvo una parte de mí que pensaba en cómo lo mataría.

—¿Lo hiciste? —preguntó Caleb con calma.

—No —sonrió triste—. Aún estaba en el hospital cuando lo descubrieron mientras abusaba de otra pobre paciente. Lo mandaron a un campo de trabajo, y esos no duran mucho en los campos.

—Bien.

—Oh, Caleb. Fue tan duro para mí cuando me enteré que lo habían atrapado. Entonces ya no tenía nada por lo que vivir, ni siquiera la esperanza de la venganza.

—Pero viviste —le recorrió la línea de la mandíbula hasta al oreja—. No sólo guapa, sino fuerte y valiente.

—No lo bastante valiente.

—Más que bastante valiente.

Se atrevió a acercarse más a él, a apoyar la cabeza debajo de su barbilla. Él la rodeó con sus grandes brazos. Ella respiró hondo por la nariz dejando que su aroma la llenara y así borrar el poderoso recuerdo del olor de su atacante.

—Anoche... —lo besó en el cuello con la boca abierta, con la lengua. Sabía tan bien como olía—. Trataba de... ¿cómo se dice? Dejar el pasado atrás.

—Puedo imaginármelo —sonreía, ella lo notaba en su voz—. Disfruté de lo que hiciste anoche.

—¿Aunque... —se echó a reír— se quedara un poco incompleto?

No dijo nada, en lugar de eso, la besó, un beso que se prolongó, que la hizo suspirar.

Cuando él interrumpió el beso, ella susurró:

—Pero ahora estoy pensando...

—¿Pensando en qué? —dijo él moviéndole la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Quizá si trabajamos los dos juntos en esta tarea, las cosas vayan mejor para ambos.

—¿Lo consideras una tarea? —dijo en broma.

—¿Actividad, entonces? —lo agarró de los hombros.

Tocarlo se había vuelto mucho más fácil. Y mucho más placentero. Algunas veces le costaba recordar cómo se sentía un mes antes, el miedo que le daba tocar y ser tocada.

—Actividad... —consideró la palabra y bromeó—. Quizá deberíamos llamarlo como es.

—Sí. Vale. Sexo. Hacer el amor.

—¿Estás segura? —se puso más serio.

– Eso es lo que me preguntaste anoche.

– Y la pregunta sigue siendo tan válida como entonces – movió las piernas debajo de las sábanas.

Y ella notó una caliente suavidad contra la cadera. Ya estaba excitado. Esperó el pánico, pero no llegó. ¿Sería posible que el paralizador miedo hubiera desaparecido para siempre?

Si no, al menos se estaba desvaneciendo. En su momento podría llegar a ser libre de él. Sería todo un milagro.

– ¿Estás segura? – volvió a preguntarle.

– Estoy segura – dijo ella –. Yo... – se ruborizó –. Quizá podrías llevar tú la iniciativa esta vez.

– Me encantaría, pero tienes que prometerme que me lo dirás si hago algo que te asusta... algo que te ponga nerviosa. O algo que sencillamente no te guste.

– Caleb, confío en ti. Estaré bien.

– Escúchate... tranquilizándome – soltó una carcajada.

– ¿Tengo que... tumbarme y cerrar los ojos?

– Si es eso lo que quieres hacer.

– Sí, creo que es eso lo que haré.

Caleb se apoyó en un codo y esperó paciente.

– ¿Te parece bien... que me deje puesto el camisón?

– Como quieras, así será como lo hagamos.

– Bueno, sí. Entonces, bien – se puso boca arriba –. ¿Crees que debería cerrar los ojos?

– Como tú quieras – volvió a decir.

Cerró los ojos, tiró del camisón debajo de las sábanas. Y finalmente, con un largo suspiro, se quedó inmóvil.

– Vale, estoy lista.

Él no se movió, tampoco dijo nada. Ella tuvo que hacer un gran esfuerzo para no hablar.

Entonces, notó el aire en su piel cuando él apartó la sábana.

Realmente quería mirar. ¿Qué importaría que abriera los ojos sólo un poco? Él había dicho que podía hacer lo que quisiera.

Pero no. Acompasó la respiración y mantuvo los ojos cerrados.

¿Qué estaría mirando él? Al menos, pensó con alivio, no estaba desnuda.

Él le tocó una muñeca. Una buena elección, pensó ella, no hacer algo que diera mucho miedo para empezar...

Sus dedos subieron lentamente recorriendo la piel del brazo hasta llegar al codo y después volvieron donde habían empezado.

Era... agradable. Estremecía un poca, pero bien. Volvió a acariciarle de nuevo el brazo. Y después le agarró el hombro, un gesto de compañerismo, un gesto que decía que todo iba a ir bien, que no había nada de qué preocuparse.

Se acercó un poco más a ella. Notó su aliento en la mejilla. La besó en la sien, en el puente de la nariz. Y después se quedó quieto, con una mano en el hombro y la boca a escasa distancia de la de ella.

Podía sentirlo de un modo tan agudo, notar el calor de su cuerpo a su lado, su aliento en los labios. Un centímetro más cerca y la besaría. Pero no se movió ese centímetro.

Después de varios segundos de tan tierna tortura, no podía soportarlo. Con un gemido, alzó la cabeza de la almohada... hasta que se encontró con sus labios. Delicioso.

Suspiró de placer y después se besaron. Recorrió con los dedos su musculoso pecho, acarició la suave piel de su garganta.

Porque quería hacerlo, porque podía.

Y mientras lo acariciaba, él la besaba, un beso interminable, concienzudo, profundo y de algún modo al mismo tiempo perezoso. Pensó en un león al sol mientras le ofrecía su boca para que él entrara a saco en ella.

Él apoyó una mano en el centro del vientre ejerciendo una ligera presión. Gimió cuando él hizo eso. Era la primera vez que la tocaba ahí, y la fina tela del camisón era muy poca barrera entre la mano y su vulnerable piel.

Al oír su gemido, él hizo un sonido de pregunta con su garganta, un sonido que vibró en ella, dado que sus labios estaban unidos a los de ella.

Fue consciente que podría quitar esa mano de ahí. Y ya que se había acostumbrado a sentirla en su vientre, no quería que la quitara. Así que puso su mano encima de la de él para que supiera que quería que siguiera tocándola.

Él sonrió en sus labios y profundizó su caricia. Era tan... agradable... y excitante.

Más abajo, en el centro de su feminidad, sucedió que... notó ese delicado fluir líquido, el mismo que había sentido por un momento la noche anterior, el mismo que, durante tres largos y solitarios años, no había pensado que pudiera volver a sentir.

«Más», la palabra tomó forma dentro de su cabeza. Quería más, lo quería todo.

Él pareció saberlo. O quizá era por el modo en que se estaba moviendo su cuerpo bajo su mano, cómo se mecían sus caderas, se arqueaba su espalda como urgiéndolo a actuar.

El beso que compartían era tan maravilloso, profundo e interminable. Y él pareció saber que tenía permiso para explorar todo su cuerpo.

Acarició un pecho por encima del camisón. Cuando ella sólo gimió en su boca y arqueó más la espalda, él se atrevió a bajarle los tirantes de encaje por los brazos para poder tener más acceso y acariciarla más íntimamente. La besó desde la barbilla a la garganta con pequeños besos y mordiscos.

Y llegó a un pecho. Lo tomó en su boca, chupando, acariciando el pezón hasta que ella le agarró la cabeza y murmuró suspirando:

– Oh, Caleb, oh, sí...

Para entonces ya todo era como un sueño para ella, un sueño de placer, un sueño en el que finalmente era completamente libre, libre para disfrutar de su cuerpo y de la caricia de un hombre. Un buen hombre, un hombre muy paciente...

Le levantó el camisón y ella separó las piernas para él, aceptando así que la tocara en sus lugares más íntimos. Era más que aceptación.

Quería que la tocara. Lo quería a él, quería cada caricia, cada palabra susurrada, cada dulce y húmeda presión de su boca en su anhelante piel.

Cuando él se colocó entre sus piernas, ella abrió los ojos y lo sujetó de los hombros.

– Espera...

– ¿Demasiado rápido? – malinterpretó su gesto.

– Oh, no – le acarició una mejilla –. Es perfecto...

– ¿Pero?

– El preservativo. Tenemos que...

– Está puesto – dijo incorporándose un poco para que pudiera verlo.

Bajó la vista y soltó una carcajada de excitación mientras dejaba caer la cabeza en la almohada.

– No me he dado cuenta de cuándo te lo has puesto...

– Eso está bien, ¿no? – arqueó una ceja.

– Es bueno, sí. Oh, Caleb, es muy, muy bueno... – alzó los brazos.

Él se acomodó más cerca. Y lo notó ahí, donde estaba húmeda y anhelante. Un sonido áspero, con tono de pregunta, salió de la garganta de él.

– Sí, oh, sí – dijo ella cerrando los ojos.

Su cuerpo estaba tan preparado, tan ansiosa de él, que no hubo resistencia, sólo humedad y calor y la bienvenida porque entrara en ella.

Él rugió cuando la llenó y ella alzó las caderas al mismo tiempo para recibirlo más profundamente. Él se apoyó en los codos, sus manos en los lados de la cara de ella.

Y la besó. Despacio y profundamente y de un modo tan íntimo. Y debajo se movía dentro de ella, largamente, con cuidado, embestidas que la llevaban cada vez

más alto, que hacían que le clavara las uñas en la espalda, que hiciera presión para darle la bienvenida, que sus cuerpos se movieran como uno en una interminable ola.

El clímax le llegó despacio. Lo notó sobre ella, al principio como una débil promesa, una promesa que se convirtió en una certeza, una certeza que empezó con un lento ardor y se abrió como una flor de fuego, floreciendo caliente y amplia hasta llegar a un tembloroso final. Gritó mientras la recorría, una pulsante maravilla que ocupó cada nervio de su cuerpo, una oleada que tomó posesión de ella por completo, haciendo subir la marea... y después retirándose. Y después otra vez. Y otra. Y otra...

Su orgasmo llamó al de él. Las más altas olas de placer empezaban a moderarse y dejaron sitio dentro de ella para la satisfacción que le producía que él también llegara a su clímax dentro de ella, echando la cabeza hacia atrás temblando en su interior.

Cuando se quedó blando encima de ella, lo rodeó con los brazos. Él susurró su nombre al oído y le acarició la piel empapada, le agarró la cara con las dos manos y le dio una serie de besos pequeños en los labios, las mejillas, la nariz, la orgullosa barbilla.

—Estás llorando... —le limpió las lágrimas que le corrían por las mejillas—. Te he hecho daño.

—No, no me has hecho daño, nunca me haces daño —lo rodeó fuerte con los brazos—. Sólo me das felicidad. Y un lugar seguro. Y alegría. Oh, Caleb. Tanta alegría...

En ese momento sonó el timbre de la puerta.

—¡Qué demonios! —se incorporaron y se miraron con el ceño fruncido—. ¿Esperas a alguien?

—No.

—Yo tampoco —la besó otra vez—. Quédate aquí. Voy a deshacerme de quien quiera que sea —se levantó de la cama.

Vio en su espalda las marcas rojas de sus uñas.

—Oh, Caleb, te he arañado.

—¿Sangro?

—No, pero...

—Está bien entonces, no me duele.

—¿Seguro?

—Claro.

Deseó saltar sobre él y volver a arrastrarlo a la cama. Pero no lo hizo. Se acomodó entre las almohadas y se secó las lágrimas. Al menos tenía el placer de contemplar su hermoso cuerpo mientras se ponía un pantalón de chándal y salía por la puerta.

—Ahora vuelvo —dijo por encima del hombro.

– Aquí te espero – dijo sintiendo que un estremecimiento le recorría el cuerpo.

Volvió a los pocos minutos y, cuando lo hizo, en sus ojos ya no había pasión.

– Todo va bien – dijo él con suavidad –. Todo va a ir bien.

– Caleb, ¿qué...?

– Ponte una bata y ven al salón.

– ¿Caleb?

– Una mujer de Inmigración está aquí.

Capítulo 8

Caleb vio como su rostro se volvía gris y temió que vomitara allí mismo en la cama.

– Tengo que vestirme – dijo frenética poniéndose de pie de un salto.

– Espera – se acercó a ella y la agarró de los hombros.

– Caleb, por favor. Tengo que...

– Espera. Escucha.

– Caleb...

– Quieres convencerla de que lo nuestro es real, ¿no? ¿Qué mejor que verme a mí medio vestido y a ti satisfecha en tu camisón?

– Me pondré una bata y me peinaré – dijo dirigiéndose al baño.

– No – la sujetó.

– ¿Perdón? – parpadeó.

– El pelo, déjalo como está. Hazle saber que acabamos de salir de la cama, de nuestra cama.

– Sí, vale. Me pondré la bata...

La soltó. Se metió en el vestidor y volvió con una bata color tierra encima del provocativo camisón. Se ató el cinturón de la bata. Cubría casi todo menos el escote en el que se veían las cicatrices.

Con boca de recién besada, el rubor en las mejillas y el cabello revuelto, cualquiera con medio cerebro podría adivinar exactamente lo que había estado haciendo... con él, algo que iba a estar encantado de dejar perfectamente claro. Estaba terriblemente atractiva y no podía esperar para deshacerse de la mujer de Inmigración y volver a la cama.

– ¿Estoy bien? – preguntó nerviosa.

– Perfecta – le tomó la mano –. Vamos.

La mujer de Inmigración, que le había entregado su tarjeta y se había presentado como Tracy Lee, estaba sentada en el sofá donde él la había dejado. Su rostro cuando miró a Irina le recordó al de un anuncio de Master Card: «Licencia de matrimonio: cinco dólares. Vestido de novia: cuatro mil dólares. ¿La mirada de la funcionaria de Inmigración cuando se dé cuenta de que estás casada de verdad? No tiene precio».

– Hola – la mujer se levantó y le tendió la mano –. Irina, soy Tracy. Tracy Lee.

Irina estrechó la mano.

– Encantada de conocerte, Tracy – pareció de la nobleza, orgullosa y graciosa... y en absoluto intimidada. Era una magnífica actuación, considerando que un par de minutos antes estaba aterrorizada –. Madrugas mucho.

–Sí. He pensado pasarme y ver cómo te iba.

–Me va bien, gracias. Muy bien... y feliz de estar a salvo en Estados Unidos con mi marido –dedicó a Caleb una cálida mirada–. Es tan difícil encontrar un buen hombre.

Las dos se volvieron y lo miraron. Con el torso desnudo trataba de parecer modesto.

–Ah, sí –dijo Tracy un poco perdida.

Caleb tenía la sensación de que había llamado a la puerta esperando encontrar algo completamente distinto de lo que veía.

–Por favor –dijo Irina haciendo un gesto en dirección al sofá. Tracy volvió a sentarse–. ¿Quieres un café? Me llevará sólo un minuto prepararlo.

–No –carraspeó–. No será necesario.

–Muy bien –se sentó y miró a Caleb e hizo un gesto con la cabeza en dirección a una silla vacía.

–Tracy, ¿qué podemos hacer mi esposa y yo por ti? –se sentó en la silla.

Tracy se alisó la ropa.

–Hum, bueno. Como os habrán dicho, en ocasiones, raras ocasiones, visitamos las casas de los inmigrantes que piden el permiso de residencia por matrimonio con ciudadanos estadounidenses. Es... –agitó una mano en el aire– una formalidad.

Caleb lo dudaba. Además no había respondido a su pregunta, así que volvió a intentarlo.

–¿Y cómo podemos ayudarte exactamente?

Tracy cambió de postura en el sofá y sus labios se tensaron un momento.

–En realidad, ya lo habéis hecho –había captado el mensaje que querían que captara–. La principal razón para venir aquí es comprobar que Irina y tú compartís la misma residencia. Una vez comprobado eso, estoy aquí para asegurarme de que vivís como pareja, no sólo que compartís casa.

–Bueno, lo hacemos... las dos cosas.

–Sí, ya lo veo –se puso de pie de nuevo.

Aparentemente había dado por terminada la entrevista antes de iniciarla. Además se la veía un poco incómoda.

–Es más que evidente que no se trata de un matrimonio falso –añadió Tracy.

–Oh, no –dijo Irina–. Nos hemos casado por amor y estamos muy felices juntos.

Caleb e Irina se pusieron de pie al mismo tiempo y se dieron la mano.

–Tus papeles están en orden –dijo Tracy– y ya que he visto por mí misma que todo está bien, estoy más que convencida de que todo es sincero.

—Y... ¿qué te ha hecho pensar que no lo era? —no pudo evitar preguntar Caleb.

Irina lo miró más que preocupada y él le apretó la mano para tranquilizarla.

Por fortuna Tracy no estaba mirando en el momento crucial en que se habían intercambiado las miradas, así que no había visto el destello de pánico en los ojos de Irina.

—No hay nada de qué preocuparse —dijo bruscamente Tracy—. Veo que vuestro matrimonio es auténtico y lo dejaré muy claro en mi informe —se colgó el bolso del hombro—. No hay necesidad de que os robe más tiempo. Me marchó —salió de detrás de la mesita de café y fue hacia el vestíbulo seguida por los dos.

En la entrada, Irina la adelantó para abrirle la puerta.

—Que tengas un buen día, Tracy.

—¿Te ha dicho alguien que no nos habíamos casado de verdad? —volvió a intentarlo Caleb.

—Caleb —dijo Irina con una mirada que hizo que él deseara llevarla a la cama en ese instante—, ¿quién podría pensar algo así?

Tracy pareció más que aliviada porque Irina hubiera respondido a la pregunta por ella.

—Irina tiene razón —dijo ella—. Es evidente que sois muy felices juntos. Enhorabuena a los dos —salió al porche y bajó las escaleras.

Antes de que hubiera llegado a su coche, Irina cerró la puerta y se apoyó en ella.

—Caleb —dijo enfadada.

—¿Sí? —preguntó inocente.

—Me has dado un susto de muerte —sacudió la cabeza—. Hacerle preguntas así. No es muy inteligente hacer preguntas. Ellos son quienes hacen las preguntas.

—Irina, está bien. Esto es Estados Unidos, ¿recuerdas? Aquí tenemos derechos... y uno de ellos es saber qué demonios está pasando cuando una situación apesta.

—Te había dicho que hacían visitas sorpresa a las casas.

—Y yo te he dicho que no tienen personal suficiente ni dinero para visitar la casa de cada inmigrante que se casa con un ciudadano estadounidense. Sólo van cuando tienen sospechas. Y nosotros no hemos dado ninguna razón para sospechar. Lo que significa que se las ha dado otra persona.

—Casi me da un infarto —no le había escuchado—, ¿sabes? —se llevó una mano al pecho—. Me latía el corazón tan fuerte que pensaba que se me iba a salir por la boca.

—Eh, Irina —estaba realmente alterada, así que le habló con suavidad—. Está todo bien, te lo prometo. Lo hemos hecho muy bien. Esa mujer no tiene la menor sospecha.

– Sé que no las tiene, pero me has asustado mucho.

– Has estado fantástica. En serio. No te has delatado en absoluto. Y si lo hubieras hecho, ¿qué?

– Cómo que qué. Sabes qué. Podría sospechar la verdad.

– ¿Cómo? Vivimos en la misma casa, dormimos en la misma cama. Y hemos dicho a todo el mundo que estamos enamorados. Somos los únicos que sabemos que nos hemos casado para que consigas los papeles. Y cualquiera que no sea ciego adivinaría lo que estábamos haciendo cuando Tracy Lee ha llamado a la puerta – se acercó más a ella –. Vamos. Todo está bien. Tienes que ser consciente de ello.

– Es sólo que... – suspiró – tenía tanto miedo de que algo saliera mal.

– Pero ha salido bien. Eso lo ves, ¿verdad? Tracy Lee ahora está completamente convencida de que lo nuestro es de verdad. Y eso es lo que pondrá en su informe. La visita ha funcionado a nuestro favor – se acercó un poco más –. Te lo prometo – le colocó el pelo con un gesto suave –. Has estado fantástica. Tracy cree por completo que somos una pareja.

– Oh, Caleb... – se apoyó en él.

La rodeó con los brazos y la besó en la mejilla, en la sien. Y después le agarró la cara con las dos manos y la besó en la boca. Ella no se resistió, separó los labios para él y dejó escapar un gemido de deseo.

Era una bendición saber que por fin podía tocarla, que ella lo abrazara. Saber que no sólo aceptaba que la tocara, sino que lo deseaba, que le invitaba a ello.

La tomó de la mano y se dirigió a la habitación. Una vez allí, le desató la bata y se la sacó por los hombros. Ella lo miró tranquila con sus grandes ojos llenos de deseo, mientras él la llevaba a las revueltas sábanas de la cama.

Eran más de las diez cuando se levantaron y fueron a la cocina a desayunar.

– Vas a llegar muy tarde a trabajar – fingió tono de enfado.

– Sí – sirvió el café.

– No pareces especialmente arrepentido.

– Bueno, después de todo, es culpa tuya.

– Qué vergüenza, echar la culpa a tu inocente esposa.

– Es verdad – la besó, un besó juguetón –. No tengo ningún remordimiento. Ninguno.

Acabaron de colocar todo el desayuno en la mesa y se sentaron los dos.

– Me gustaría saber quién le ha hablado de nosotros a la gente de Inmigración.

– Eres como un gato – lo miró de soslayo.

– Oh, ¿de verdad?

– Aja. La curiosidad va a matarte.

Se bebió el café y se acercó el cuenco de cereales. Ella le había estado haciendo comer cereales ricos en fibra al menos cuatro mañanas a la semana los últimos dos años. Le gustaban tan poco como le habían gustado siempre.

– En otra época habría estado seguro que había sido mi padre, pero ha cambiado mucho – sacudió la cabeza –. No, no ha sido mi padre.

– Caleb, cómete los cereales.

– Estoy pensando que haya sido Emily.

– ¿Emily Gray? ¿Por qué? ¿Te ha dicho algo?

Fue consciente de que no le había dicho nada de la confrontación que había tenido con Emily a la vuelta de Las Vegas.

– ¿Caleb? – carraspeó.

– ¿Sí?

– ¿Qué pasó con Emily?

– Bueno – alineó la cuchara con el cuenco de cereales –. Emily y yo tuvimos una breve conversación justo después de casarnos.

Irina se recostó en el respaldo de la silla y lo miró de lado.

– Nunca me has hablado de esas conversaciones con Emily.

– Una conversación, Irina – cuadró los hombros –. No duró ni dos minutos, ¿puede eso considerarse una conversación? Fue más bien un intercambio de palabras. Después de eso, ella me evita y yo le devuelvo el favor.

– ¿Qué ocurrió en ese intercambio de palabras?

– Ya sabes, lo normal... – agarró la cuchara, de pronto estaba encantado de comer cereales.

– Dime qué te dijo, por favor – Caleb hizo una mueca y masticó exageradamente. Ella se limitó a esperar a que tragara –. Vale, ya tienes la boca vacía y puedes decirme qué pasó.

– Vale – resopló –. Estaba enfadada y avergonzada. Me dijo que al menos podía haber roto con ella diciéndoselo a la cara.

– Bueno, tenía razón.

– Gracias – dijo seco –. Aprecio tu apoyo.

– ¿Qué más?

– Dijo algo de que lo sentiría, que ajustaríamos cuentas.

– ¿Algo?

– Vale, vale. Para tu información ya sé que he manejado lo de terminar con ella como un auténtico imbécil.

– Que es no manejar nada las cosas.

—Gracias por la aportación. ¿Te importa que siga? —ella asintió, y él siguió—: Le dije que, si quería una disculpa, la tenía. Y me dijo que quería mucho más que una disculpa. Le pregunté qué quería decir con eso y ella dijo que esperara y lo vería. Y después dijo: «Mi enhorabuena a tu esposa», en un tono realmente malicioso y se marchó.

Irina bebió un sorbo de su café. Dejó la taza en la mesa con suavidad y dijo:

—Deberías habérmelo contado.

—Sí —admitió—, lo sé. No quería preocuparte. Desde entonces no ha vuelto a pasar nada con ella, y lo he dejado pasar. No he intercambiado ni una palabra con ella desde ese día, te lo juro.

—Suenas como si planeas vengarse.

—¡Venga ya! ¿Estás enfadada conmigo?

Ella negó con la cabeza.

—¡Uf!

—¿Vas a hablar con ella?

—Lo estaba pensando. Pero ¿qué voy a conseguir? Si ha avisado a la gente de Inmigración, no lo va a admitir —bebió un sorbo de café—. Sí... creo que voy a hablar con Ash, debería haberlo hecho hace un mes —Ash era director general y Emily dependía de él.

—¿Hablar con Ash de qué? —como si no lo supiera.

—Sobre cómo se va a marchar Emily —dijo paciente.

—¿Vas a hacer que la despidan? —dijo mirándolo fijamente.

—Sí.

—Pero si ni siquiera sabes seguro si ha sido ella quien ha llamado a Inmigración.

—Si no ha sido ella, ¿quién ha sido?

—No lo sé. ¿Quién puede saberlo?

—Eso es cierto. Y nunca lo sabremos seguro. Pero Emily es la única persona que me ha amenazado con devolvérmela por casarme contigo, la única a la que se le ocurriría llamar a Inmigración.

—Porque la has herido. La has humillado.

—Vamos, Irina. ¿De qué lado estás?

—Del lado de las cosas bien hechas. Planeas despedirla, dejarla sin su medio de vida, cuando no tienes ninguna prueba de que ella haya actuado mal. Eso no está bien. No es... propio de ti, Caleb.

Juró entre dientes. Ella lo miró y dijo:

—Decir palabrotas no va a hacer que tengas razón.

– Bueno, ¿qué demonios quieres que haga entonces?

Irina consideró la pregunta. Dejó la servilleta en la mesa, apartó la silla y rodeó la mesa hasta colocarse del lado de él. Él la miró sin estar seguro de lo que iba a hacer. Ella se colocó detrás de su silla.

– ¿Qué vas a hacer?

Le puso las manos en los hombros. Y frotó. Era agradable. Demasiado agradable. Y entonces se inclinó más cerca. Le llegó una vaharada de su aroma: jabón, champú y mujer. Todo mujer. Apoyó la mejilla en la de él:

– Caleb.

– ¿Qué? – gruñó.

Le agarró la barbilla y le dio la vuelta a la cabeza para poder alcanzar su boca. Lo besó, un beso suave, húmedo, largo, un beso que le hizo considerar seriamente tomarla en brazos y llevarla de nuevo a la cama.

Cuando terminó de volverlo loco con su boca, se irguió y le dedicó la más dulce e inocente de las sonrisas. Se echó hacia atrás lo justo para sentarla en su regazo. Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en la mejilla.

– Vale – dijo áspero –. ¿De qué va todo esto?

Su sonrisa fue pura inocencia. Al mirarla en ese momento, jamás habría pensado en las terribles cosas que había soportado en su corta vida. Parecía pura e intacta como una princesa de cuento.

– Eres un hombre maravilloso, dulce y amoroso – batió las pestañas.

– Gracias. Sigue. Sea lo que sea, suéltalo.

Jugueteó con el cuello de la camisa.

– Podemos pensar que, si ha sido Emily quien ha llamado a Inmigración, nos ha hecho un favor.

– ¡Qué demonios!

– Piénsalo. Si ella no hubiera llamado, Tracy Lee jamás habría venido. Jamás nos habría visto juntos, jamás habría estado tan segura de que somos un auténtico matrimonio.

– Quizá sí. Pero aun así Emily ha querido buscarnos un problema.

– Eso no lo sabes – le puso un dedo en los labios –. No hay forma de saberlo.

– Cierto – le agarró la mano y se la llevó al pecho –. Pero necesito averiguarlo.

– Caleb, por favor, no llates a Inmigración. No crees más problemas. No atraigas su atención. Atención es lo que menos necesitamos.

– Estás limitando considerablemente mis posibilidades en todo esto, ¿eres consciente?

– Lo digo en serio. Por favor, cumple mis deseos en esto. No los llates, es demasiado peligroso.

– Te preocupas demasiado. De verdad. Estamos tan casados como... de momento se puede estar. Y eso es lo único que van a saber.

Dijo algo entre dientes en argoviano.

– Habla en inglés – conminó.

– Encantada: si golpeas un nido de avispas, te picarán.

– Yo no llamaría a Inmigración un nido de avispas.

– Tú no, claro. Tú eres de aquí. Para ti sólo hacen su trabajo. Para mí... bueno, no quiero darles ninguna razón para reconsiderar mi estatus como esposa de un americano. Por favor, Caleb, no contactes con ellos.

No podía soportar ver esa preocupación en sus ojos.

– Mira, si te preocupa tanto...

– Me preocupa.

– Vale, entonces lo dejaré pasar.

– Gracias – se abrazó a él –. Muchas gracias... – se separó de él para mirarlo – . ¿Y qué pasa con Emily?

– Voy a hablar con ella, ¿vale? Voy a intentar saber si ha sido ella.

– Pero si has dicho que hablando con ella no conseguirías nada.

– Bueno, tú has eliminado la posibilidad de que saque algo de Inmigración. Puedo hacer averiguaciones en la oficina para saber si ha estado hablando de nosotros. Y después lo confrontaré con ella a ver qué dice.

– Quizá sólo ves lo que quieres ver. Eso no es justo con la pobre Emily.

– Oh, no, no es la pobre Emily.

– No la despidas, no está bien.

– Bueno, vamos a dar un paso detrás de otro, ¿vale? Preguntaré por ahí y después hablaré con ella. Después ya veré lo que hago.

Capítulo 9

Al considerarlo después, Caleb decidió no preguntar en la oficina. Tenía que ser realista. Nadie iba a vender a Emily. Estaba bien considerada y se la respetaba. Y si alguno de sus hermanos hubiera oído algo, ya se lo habrían dicho.

Además, si Emily había decidido complicarle la vida llamando a Inmigración diciendo que su matrimonio era una farsa, no habría ido diciéndolo por ahí. Emily era inteligente, se habría vengado y mantenido la boca cerrada. Así que tendría una conversación privada con ella.

Llegó a la empresa a las once y cinco y fue directamente al despacho de ella en la segunda planta. Estaba en su mesa, trabajando con el ordenador.

Alzó la vista cuando él estaba en el umbral de la puerta. Su gesto se tensó y en sus ojos apareció la desconfianza. ¿Era una expresión de culpabilidad?

– Necesito hablar contigo – dijo él.

Lo miró un largo momento, se encogió de hombros y dijo:

– Claro.

Entró en el despacho y cerró la puerta. Ella no le invitó a sentarse.

– ¿Qué quieres? – agarró un bolígrafo, se recostó en el respaldo y apoyó los codos en los brazos del sillón.

Él permaneció tras la mesa de pie.

– ¿Has hablado con la Oficina de Inmigración?

Ella lo miró a los ojos mientras con el pulgar apretó el bolígrafo varias veces enfadada.

– ¿De qué estás hablando?

– Alguien ha mandado a los de Inmigración esta mañana a mi casa para aterrorizar a mi esposa.

Ella apartó la vista un instante, pero sólo un instante. Después volvió a mirarlo sin parpadear.

– ¿Me estás acusando a mí?

– No, te estoy preguntado. ¿Has hablado con Inmigración sobre mi boda con Irina?

Se humedeció los labios. Había sido un error. En ese momento supo que había sido ella.

– Claro que no – dijo.

Se sintió mejor, al menos un poco. Movié una silla y se sentó.

– Debería haberte despedido.

– Si lo haces, te meteré una demanda.

– Buena suerte.

Pensó en Irina, en lo que diría si le contaba que había despedido a Emily porque se había humedecido los labios cuando le había planteado la gran pregunta. Irina se escandalizaría y empezaría a decir cosas en argoviano.

Emily arrojó el bolígrafo encima de la mesa y acercó la silla.

– Oye, no quiero problemas, ¿vale? Sólo quiero mantener mi trabajo... en el que sabes que soy muy buena.

– Querrás decir que no quieres más problemas.

Emily se inclinó hacia delante, apoyó los brazos en la mesa y cruzó las manos, pero no lo miró.

– Me has tratado como si fuera una cualquiera, ¿sabes?

Se dio cuenta de que eso no podía discutirlo dado que era la verdad.

– Eso no te autoriza a ir con mentiras a Inmigración.

– ¿Mentiras? –le dedicó una mirada salvaje—. Por favor, ¿vas a intentar convencerme de que te has casado con tu pequeña ama de llaves inmigrante por amor?

– No trato de convencerte de nada. Trato de decidir si prefiero dejar las cosas así y aceptar tú palabra de que tu venganza se termina aquí y que los dos podemos seguir con nuestras vidas... o no.

– ¿Lo dices en serio? –se enderezó en la silla.

– Sí.

– ¿Podemos hacer que todo... termine aquí?

– Sí.

– Y conservo mi trabajo.

– Eso es lo que he dicho.

– Yo no admito nada –dijo taladrándolo con una fría mirada.

– No es la confesión lo que importa. Es que olvides la venganza. Y también, bueno, que pienses que esto se ha terminado. Quizá seas más feliz trabajando en otro lado.

– No estarás tratando de ahuyentarme...

– Emily, era sólo una idea.

– Me gusta mi trabajo.

– Vale. Consévalo entonces. Y deja de intentar amargarme la vida.

– Vale –alzó una mano con la palma abierta hacia delante—. Lo juro. Jamás haré nada en contra tuyo o de tu esposa... aunque no lo he hecho nunca.

– Vale entonces –se levantó.

Ella asintió. Caleb vio el alivio en sus ojos. Quizá se sentía un poco avergonzada por lo que había hecho, pero avergonzada o no, se creyó que no pensaba hacer nada más contra él. Eso era lo principal.

E Irina sería feliz al saber que la «pobre Emily» conservaría su trabajo.

Después de que Caleb se fue a trabajar, Irina se marchó en coche a Lazy H para comer con Mary.

Llevaba una de las blusas nuevas con las que se le veían las cicatrices. Estaba un poco nerviosa por que Mary fuera a verlas por primera vez... nerviosa e insegura de cómo se lo iba a contar a su amiga.

Pero Mary era fácil de tratar. Y le costó poco hablar de ello. Ya que se lo había contado una vez a Caleb, le pareció lo más natural del mundo decírselo a Mary. Hablarle de Neven y del coche bomba y al final del nombre que la había violado en el hospital.

Mary lloró. Irina lloró. Se abrazaron tan fuerte...

Después, Irina tuvo en brazos a Ginny mientras hablaban del siguiente capítulo del libro de recetas que era el de Mercy y Elena y de su madre, Luz. Harían burritos de chile verde en la gran cocina del rancho de la familia Bravo.

—Hemos quedado el sábado —dijo Mary—, a las once de la mañana. Zoé hará las fotos. Vendrán Gabe y Luke. ¿Y Caleb?

—Creo que sí, se lo preguntaré.

—Estupendo. Hay una recompensa, ¿sabes?

—Que será... que nos comamos lo que hayan cocido.

—Exacto. Y Mercy tendrá cerveza bien fría —soltó una risita—. Asegúrate de decirle a Caleb lo de la cerveza —las dos sonrieron.

Ginny, todavía en el regazo de Irina, dio con el dedo en el pecho de ésta y dijo:

—Curasana —miró a Irina a los ojos con la mirada más llena de afecto—. Mua, mua —hizo una mueca.

—Quiere darte un beso para que se curen —le explicó Mary.

Entonces Ginny se besó las yemas de los dedos y tocó con ellas una de las cicatrices.

—¡Gracias, me siento mucho mejor! —dijo Irina y la abrazó mientras la niña reía de felicidad.

Más tarde, mientras la niña dormía la siesta, Mary le dijo lo maravilloso que era que empezara a usar ropa de colores más brillantes, que ya no se cubriera de los pies a la cabeza.

–Me siento un poco rara –confesó Irina– por el modo en que me mira la gente la primera vez que ve las cicatrices.

–Podrías mirar algo de cirugía plástica –sugirió Mary–, si de verdad te preocupa.

–No, no creo. Por mí no. Me he dado cuenta de que me siento orgullosa de las cicatrices. Cuentan una historia, mi historia. Y cuando la gente las ve por primera vez, bueno, quizá hay un momento de desconcierto, pero pasa rápidamente. ¿Tiene sentido eso?

–Todo el sentido –la abrazó.

Cuando Mary la soltó, Irina confesó:

–Los tres años siguientes a salir del hospital, aborrecía que me tocaran, pero me estoy dando cuenta de que ahora me gusta mucho. Especialmente que me abracen.

Así que Mary, entre risas, volvió a abrazarla.

Cuando Irina volvió a casa, fue derecha a la cocina a hacer la cena.

Llamaron a la puerta justo cuando metía el pollo en el horno. Se lavó las manos y corrió a abrir.

Una mujer que no había visto nunca esperaba en el porche. Una mujer de edad indefinida entre los treinta y cinco y los cincuenta. Menuda, con el pelo castaño corto y una mirada decidida.

–Hola –dijo la mujer–. Soy Daisy English. Tú debes de ser Irina.

–Sí, soy Irina Bravo –frunció el ceño.

–Golacek –le corrigió la mujer–. Eres Irina María Sekelez Golacek.

Las palabras de la mujer la conmocionaron. Irina conocía el apellido Golacek. En Argovia hasta el último de los Golacek había sido perseguido y asesinado. ¿Sería de Inmigración?

No se lo pareció. La gente de Inmigración siempre se identificaba.

–No, lo siento –dijo firme–. Se ha equivocado de persona. Ya te he dicho que me llamo Irina Bravo.

–Pero de soltera eras Golacek –dijo sin ceder un ápice la mujer.

–No, lo que dices es incorrecto –instintivamente se llevó la mano al colgante.

Era consciente de que debería despedir a la mujer y cerrar la puerta.

Pero no lo hizo. Permaneció paralizada en el sitio hipnotizada por la mirada de la mujer, por su insistencia sobre algo que no podía ser cierto.

–Irina, por favor, déjame enseñarte...

– No – insistió –. Antes de casarme, mi apellido era Lukovic.

– Estoy segura de que fue eso lo que te dijeron.

– ¿Qué es eso de que me dijeron? Es mi apellido.

¿Era lástima lo que había en el rostro de la diminuta mujer?

– Lo siento, pero ése no es tu auténtico apellido.

Irina, sin ninguna lógica, se vio impelida a hablarle de su familia a esa completa extraña.

– Mi padre se llamaba Teo Lukovic y mi madre Dafina. Después de la muerte de mi padre, mi madre fue a vivir con mi tío Vasili y su esposa, Tòrja. Nací en su casa y viví con mi tío y su familia hasta que tenía diez años, cuando...

– Espera – la interrumpió haciendo un gesto de impaciencia con la mano.

De un bolsillo del maletín de su ordenador, sacó una hoja de papel. Se la tendió a Irina para que pudiera ver las imágenes que había impresas en ella. Eran copias ampliadas de las fotografías que llevaba en el colgante.

– Tu padre – dijo Daisy –, el príncipe Laslo Theodore Lekalovic Golacek y su esposa, la baronesa Dafina María Sekelez, a quien tu padre conoció en el exilio.

Capítulo 10

Caleb llegó un poco después de las seis. Dejó el maletín en la mesa de la entrada y siguió su olfato hasta la cocina donde Irina sacaba un hermoso pollo dorado del horno.

Resultaba divertido que, últimamente, sólo verla lo agradaba. Durante todo el tiempo que había trabajado para él no se había dado cuenta de lo guapa que era. Pero en ese momento, con su blusa roja y unos vaqueros, con el brillante pelo negro cayéndole por los hombros, lo dejaba sin aliento.

—Hola, Caleb —dijo con una sonrisa por encima del hombro. Los pendientes de diamantes que le había comprado un par de semanas antes brillaron en sus orejas—. El pollo tiene que enfriarse un poco, las patatas casi están hechas...

Se acercó a ella por detrás, le acarició el pelo y la besó en el cuello.

—Hueles bien... tan bien como el pollo.

—¿Tienes hambre?

—Mucha, y no sólo de cena...

—Aparta de mi camino —dijo entre risas— o te pincho con el termómetro.

—Guau, qué miedo —se cubrió con las dos manos y se apartó a un lado.

Llevó el termómetro a la pila para lavarlo.

—Tómame algo de aperitivo —señaló una bandeja que había en la mesa—. ¿Vas abriendo el vino?

Picó un aperitivo y se acercó al armario del vino y eligió un blanco. Abrió la botella y sirvió dos copas.

—Gracias —tomó la copa que le ofrecía, bebió un poco y la dejó en la encimera para acabar de preparar la ensalada de espinacas y frutillas, la preferida de él.

Caleb se sentó en la mesa y la miró acabar de preparar la cena.

Era extraño que no le hubiera preguntado por lo que había pasado con Emily. Había esperado que lo hiciera en cuanto entrara por la puerta.

La verdad era que parecía un poco preocupada, pero por qué.

—¿Todo... bien?

—Claro —no levantó la vista—. Bien.

—¿Qué has hecho esta tarde?

Irina le dedicó una brillante sonrisa. Quizá no estaba preocupada después de todo, sólo esperando a que le diera la información sin tener que preguntar.

—He ido a casa de Mary —se secó las manos—. Hemos trabajado en el libro... lo que me recuerda... ¿Vas a venir conmigo el sábado a Bravo Ridge? Elena, Mercy y

su madre van a hacer burritos de chile verde. Gabe y Luke irán. Mary me ha dicho que te diga que habrá cerveza.

– Allí estaré.

– Mary me ha dicho que eso te convencería.

– Los hombres somos fáciles. Una cerveza, una buena mujer... Es todo lo que necesitamos.

– ¿Y qué pasa con los coches y el fútbol?

– Sí, bueno, eso también.

– ¿Trinchas el pollo?

Buscó su cuchillo preferido y se puso al trabajo. Cinco minutos después se sentaban a cenar.

Realmente le sorprendía que aún no le hubiera preguntado por Emily. No era propio de ella. Tenía una cabeza como un cepo de acero. Una vez que agarraba algo, no lo soltaba.

Pero por alguna razón el asunto de Emily se había escapado.

Esperó hasta que hubieron recogido la mesa para decir:

– He tenido una charla con Emily Gray.

– Emily –jadeó–. No puedo creerlo, se me había olvidado la pobre Emily.

– No tan pobre, créeme. Tiene un buen sueldo y sabe cuidar de sí misma.

– No sé cómo se me puede haber olvidado. Es sólo que yo... –no acabó la frase–. No importa.

– ¿Algún problema? –le tomó la mano y la atrajo hacia él.

– No, nada.

– ¿Seguro? –le alzó la barbilla.

– Seguro –apoyó la mejilla en la palma de su mano.

La besó, un largo y profundo beso. Cuando se separó, dijo:

– Vale. Ahora se me ha olvidado a mí todo lo de Emily.

Ella lo miró pensativa.

– Creo que me estás tomando el pelo con lo de Emily, así que eso es que no la has despedido. Que has... resuelto tu problema con ella.

Le apartó el pelo de un lado de la cara y dio un golpecito a un pendiente para que oscilara.

– No tengo ningún problema con Emily. Ya no.

– Pero ¿qué ha pasado?

– Tienes razón, conserva el trabajo.

– Me alegro –sonrió ampliamente.

– Me asombras, ¿sabes? Esa mujer trata de liártela de verdad y tú te alegras de que a ella no le pase nada.

– ¿Ha reconocido que fue a Inmigración? – abrió mucho los ojos.

– No ha reconocido nada, pero sé que lo hizo.

– ¿Cómo?

– Acepta mi palabra, ¿vale? Lo sé.

– Pero...

– Shh – le puso un dedo en los labios –. Ya no importa porque está todo resuelto.

– ¿En qué sentido? – frunció el ceño.

– Hemos llegado a un acuerdo. Emily ha accedido a dejarnos en paz. Quiere mantener su trabajo. Así que mientras respete el acuerdo, podrá seguir trabajando para Bravo Corp. Todo el mundo gana.

– Bueno, sí, todo bien.

– Y... ¿estás segura de que no quieres hablar de lo que te preocupa?

– ¿Cómo puede preocuparme algo cuando me abrazas?

– Buena respuesta – bajó la cabeza y volvió a besarla.

Pero algo le preocupaba. Caleb lo notaba. No la presionó, sin embargo. Se imaginó que se lo diría cuando estuviese preparada.

Pasó la semana. Una buena semana. Una gran semana. Hicieron el amor todas las noches y cada vez fue mejor que la anterior. Los temores y la timidez de Irina desaparecieron, y bajo ellos resultó ocultar una amante aventurera, una que hacía que no pudiera esperar para irse a casa cuando acababa el trabajo.

El sábado fueron al rancho al final de la mañana y se quedaron hasta las diez de la noche. Había mucha cerveza, como habían prometido, y los maravillosos burritos de Luz Cabrera. Caleb disfrutó con sus hermanos mientras su esposa reía y charlaba con las mujeres.

Era inteligente y valiente, y tenía un gran sentido del humor. Tenían una excelente vida sexual. Quién sabía qué podía suceder. Y sabía cocinar. Y, por encima de todo, era preciosa.

Algunas veces casi se le olvidaba que no estaban realmente casados o, bueno, que su matrimonio tenía fecha de caducidad. Algunas veces se descubría pensando que quizá podrían seguir casados una vez pasados esos dos años.

Pero después se decía que ella tenía toda una vida por delante. Con la residencia permanente y la libertad que conseguía con ella, seguramente querría

seguir con su propia vida. Seguramente querría estudiar en la universidad para tener una profesión. Quizá no querría estar atada a un marido teniendo el mundo ante ella.

Y, bueno, tampoco era él de los que sentaba la cabeza. Siempre quería tener todas las opciones abiertas. Apenas se comprendía a sí mismo en las últimas semanas, se sentía con su esposa como un niño con zapatos nuevos.

Después de darle vueltas y vueltas a cómo terminarían, había decidido que las cosas podían salir de un modo completamente distinto y que no tenía sentido darle vueltas, que le pasaba algo. Dos años eran mucho tiempo. ¿Por qué preocuparse por el final cuando apenas habían empezado?

No era normal en él sentirse preocupado por cosas que aún no habían sucedido. Sólo podía decirse todo el tiempo que era mejor que se enfriara un poco.

Había llovido a ratos todo el día, pero el cielo estaba claro y lleno de estrellas cuando volvían a casa desde el rancho esa noche. Al llegar a la puerta, la tomó en brazos y la llevó al dormitorio.

La dejó en el suelo al lado de la cama besándola mientras la bajaba. Se desnudaron y entraron en el cuarto de baño, llenaron la bañera y se metieron los dos.

Fue un largo y relajante baño. Y satisfactorio en más de un sentido.

Más tarde, en la cama, volvieron a hacer el amor. Despacio. La miró a los ojos cuando ella se puso encima de él.

—Preciosa —le susurró mientras le cubría los pechos con las manos.

Ella echó la cabeza hacia atrás y gritó mientras el clímax la sacudía entera. Él la siguió.

Se quedaron acostados uno al lado del otro tomados de las manos. Se había convertido en un hábito. Uno que le gustaba, pensó Caleb.

—Me lo he pasado muy bien en el rancho, me he reído mucho —dijo ella en un susurro.

Bajo las sábanas, él acarició el dorso de la mano con el pulgar para hacerle saber que la comprendía.

—Sin mi tía Tòrja y mi tío Vasili... no puedo imaginarme cómo habría sido mi vida. Sin ellos para cuidarme, ¿qué habría sido de mí tras la muerte de mi madre? Y Victor. Era todo lo que tenía, mi sangre, mi familia, durante tanto tiempo. Nadie podrá apartarlos de mí. Victor y mis tíos son... lo que soy. Los cimientos de mi vida, ¿sabes?

¿Estaba llorando? ¿Cómo había llegado a ese punto? Unos segundos antes había hablado de lo bien que lo había pasado en el rancho.

—Eh... —con la mano libre, le acarició una mejilla, ella apartó la cara, pero notó la humedad de las lágrimas—. Irina, ¿qué pasa? ¿Qué problema hay?

Ella soltó la mano y miró hacia el otro lado.

— Nada — murmuró triste —. Duérmete.

Se sentía un poco harto de ese tema. Le preocupaba y le hacía sentir impotente.

— Mientes.

— Por favor, Caleb, no puedo hablar de ello. Ahora no.

«¿Cuándo entonces?», pensó, pero no llegó a formular la pregunta.

Dado que no tenía ni idea de lo que le preocupaba, ¿cómo iba a pensar en el modo de resolverlo? Le dolía que le diera la espalda. Y eso, que le doliera, le hizo sentirse extraño.

Lo que le hizo preguntarse si las cosas no se le estarían escapando de las manos. ¿Se estaba volviendo un blando? Siempre había tomado las cosas como venían. Jamás se había dejado atar por las novias que había tenido. Siempre había pensado que, si alguien quería que le ayudase, al menos tenía que contarle cuál era el problema.

Pero con Irina, bueno, sí le importaba que sufriera, que estuviera mal. Y eso era perturbador. No se había metido en todo aquello para convertirse en el hombre que nunca había querido ser.

Bueno, un poco de cambio no era malo.

Podría soportar hacerse un poco más... sensible. Desarrollar un poco más de paciencia. Pero empezaba a preguntarse si no estaba llevando demasiado lejos la sensibilidad.

Pero claro, ella era su esposa... de momento, no para siempre. Y ella no fingía. Así que, si había algo que la reconcomía, seguramente sería algo serio. Algo serio con lo que no le dejaba ayudarla. Aborrecía esa situación.

Pero ella le había pedido que no se inmiscuyera. Y así lo haría. No era como su padre o como Gabe, quienes siempre tenían que arreglar todo lo que consideraban estropeado. Una parte de ser un buen vendedor, era saber esperar. Había un cierto arte en cerrar una venta... y el manejo de los tiempos era lo más importante.

Se dio la vuelta y cerró los ojos. Finalmente, se durmió.

Cuando se despertó aún estaba oscuro. El lado de la cama de Irina estaba vacío.

Pero no había ido lejos. Se había puesto una bata y estaba sentada en el sillón de al lado de la ventana.

— ¿Irina? — se sentó en la cama.

— Estoy bien — dijo con voz suave. No pareció llorar —. Estoy aquí... pensando.

La vio levantarse de la silla y acercarse a él como una sombra en la oscuridad. Se quitó la bata, la lanzó al sillón y se metió en la cama, lo rodeó por la cintura y se pegó a él.

— Tenías razón — susurró con un suspiro —. He mentido. Hay muchas cosas que me preocupan.

– Cuéntame – le acarició el pelo.

– Oh, Caleb...

– Vamos. Te sentirás mejor cuando me lo hayas contado.

– El lunes, mientras estabas en el trabajo, llamó una mujer a la puerta. Una periodista. Dijo que se llamaba Daisy English. Y que mi apellido no era el que yo siempre he pensado que era.

Capítulo 11

—¡Qué demonios! —dijo Caleb.

—Eso digo yo —se acercó más a él—. ¡Qué demonios! —hizo una pausa—. Al principio discutí con ella en la puerta, le dije que era Irina Bravo, que de soltera era Irina Lukovic, le di el nombre de mi padre y de mi madre, de mis tíos.

Deseó decirle que debería haberle dado con la puerta en las narices, pero ya no tenía sentido. Además ella ya lo sabría. Si había seguido discutiendo con Daisy sería por algo.

—Y entonces ella sacó una fotografía del maletín del ordenador. Me la dio para que la viera. Era una copia ampliada de las que llevo en mi colgante, mis padres.

—No.

—Sí. Y me dijo que no eran Dafina y Teo Lukovic como siempre había creído. Eran el príncipe Laslo Golacek y su esposa, la princesa Dafina.

—Guau.

—Eso es lo que pienso yo: guau. E insisto en que es imposible, que sé quién soy y no soy Irina Golacek. No soy una princesa perdida. Soy una mujer corriente.

—La G del colgante... —sugirió él.

—Sí, lo sé. Caleb, lo sé.

—Y el nombre de tu madre es el mismo, pero tu padre era Teo.

—De Theodore, dijo Daisy, que era el nombre intermedio del príncipe Laslo.

—¿Invitaste a Daisy a entrar en casa?

—Sí. Me ha contado que estaba escribiendo un artículo para *Vanity Fair*.

—¿Te ha dado una tarjeta?

—Sí —se movió—. La tengo...

—Después —se acercó otra vez a él—. ¿Crees que era sincera?

—Al principio me ha sorprendido. Pero mucho de lo que me ha dicho ya lo sabía. Conocía el nombre intermedio de mi madre: María. Y su apellido de soltera: Sekelez. Y después de que se marchó estuve mirando por Internet.

—¿Y?

—Daisy English escribe para un periódico canadiense, el *Globe Standard*. Y también colabora con muchas revistas, incluyendo el *Vanity Fair*. He leído alguno de sus artículos. Son muy... sensacionalistas. Le gusta escribir sobre gente rica y asesinatos y la realeza.

—¿Pero estás segura de que la Daisy English que has investigado es la misma que ha venido a verte?

—He buscado imágenes y sí lo es.

– Guau.

– Sí, ¿cómo se dice? ¡Oh, Dios mío!

La abrazó con más fuerza y la besó en el hombro.

– ¿Qué viene ahora?

– Hay mucho en qué pensar.

– Ya lo veo.

– Hay dinero, dice Daisy. En cuentas en bancos suizos. Mucho dinero para el heredero o heredera de la Corona y último superviviente de los Golacek. Sólo tengo que demostrar sin ninguna duda que soy la hija de la que la princesa Dafina estaba embarazada cuando desapareció.

– ¿Cómo puedes demostrar eso?

– Con una prueba de ADN.

– ¿Pero no se necesita el ADN de los padres? – no tenía sentido.

– Pero es que lo tienen.

– ¿Cómo? Tus padres están muertos... y los príncipes seguramente también, ¿no?

– Sí, pero saben donde está enterrada la princesa Dafina, en un cementerio de Terejevo, no muy lejos de la casa de mis tíos... – su voz se fue perdiendo y luego se corrigió –. No lejos de la casa de los Lukovic.

– ¿Quién sabe eso? ¿Y cómo?

– El gobierno de Argovia. Saben que los Lukovic, leales a la Corona, ayudaron a la princesa y le proporcionaron una nueva identidad como miembro de su familia.

– Así que cuando los soldados mataron a los padres de Victor...

– Sí. Tòrja y Vasili eran leales a la Corona de verdad. Sólo después, años después de que fueran ejecutados, alguien miró los antiguos documentos y descubrió que Vasili Lukovic era hijo único.

– Un hijo único con una cuñada viviendo en su casa durante cinco años.

– Hasta que murió, sí.

Para Caleb esa era prueba suficiente.

– Así que tu madre y la princesa son la misma persona.

– Eso parece. Han tomado muestras de su cuerpo. Y de los restos del príncipe Laslo.

– ¿Cómo murió el príncipe?

– Fue detenido y ejecutado cuando intentaba volver del exilio.

– ¿Los príncipes volvieron a Argovia juntos después de vivir en el exilio?

– Aja. Cuando era muy joven el príncipe Laslo fue enviado a vivir a España para mantenerlo a salvo. Allí conoció a la baronesa Sekelez que también estaba exiliada. Se enamoraron, casaron y, según la historia, ella se quedó embarazada.

– ¿Y después decidieron volver a Argovia?

– Eso parece.

– ¿Por qué hicieron algo así, poniendo en peligro a su hija no nacida?

– Porque creyeron que debían hacerlo – susurró –. Según las viejas leyes, los reyes de Argovia tienen que haber nacido en Argovia.

– ¿Me estás diciendo que volvieron para mantener el derecho al trono de su hija?

– Sí. Al príncipe lo atraparon y lo ejecutaron. Quemaron su cuerpo, pero no... bien. Y hubo testigos que saben donde enterraron los restos. Han tomado muestras de ADN de lo que quedó.

– ¿Me estás diciendo que Daisy English ha conseguido convencer a las autoridades de Argovia de que desentierren los cuerpos para sacar muestras de ADN?

– No – lo besó en el hombro –. No he dicho eso.

– Entonces qué...

– Cuando yo era pequeña ya había rumores de que la esposa del príncipe Laslo había sobrevivido y dado a luz a su bebé y que el bebé se había salvado y había sido criado por gente leal a la Corona. Han salido personas jóvenes reclamando ser los herederos de los Golacek. Y como últimamente las cosas en el país han cambiado, Daisy dice que el nuevo presidente ya no piensa que los Golacek son una amenaza para el país. Dice que lo pasado, pasado, y ha permitido que se tomen muestras de los cuerpos para sacar el ADN. Así que esas muestras han servido para descartar a los que reclamaban falsamente.

– ¿Qué saca Daisy de todo esto? – la besó.

– Una historia. Mi historia. Dice que será algo muy «grande» para ella, y para el *Vanity Fair*, conseguir la exclusiva de la princesa perdida de los Golacek. Dice con orgullo que lleva dos años trabajando en esto, que es la única que ha descubierto la «conexión Lukovic».

– La conexión Lukovic – soltó una carcajada –. Parece una novela de misterio.

– Daisy así lo cree. Me ha dicho que después de la exclusiva, escribirá un libro.

– ¿Y qué es exactamente la conexión Lukovic?

– Los Lukovic fueron sirvientes de la casa real mientras los Golacek gobernaron en Argovia. Cuando fueron derrocados, los Lukovic huyeron con ellos cuando se escondieron en las montañas, donde nació el príncipe Laslo. Según Daisy, el hombre al que conocí como mi tío Vasili nació también en las montañas. Mi «tío» era leal criado del príncipe Laslo.

– Así que Daisy está segura de que eres tú a quien está buscando.

—Sí. Dice que quiere ayudarme a reclamar lo que es mío. También quiere que firme un contrato, una promesa de que estaré disponible para ella y sólo ella en exclusiva para que así pueda escribir mi historia una vez que los resultados de ADN demuestren que soy una Golacek y la fortuna de la familia es mía.

Caleb le acarició en una mejilla y después acercó su cara a la de él. A oscuras no podía ver su expresión.

—¿Y tú qué quieres?

Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Oh, Caleb, quiero salir corriendo a esconderme. Quiero... es lo único que he tenido, ¿sabes? Mi primo Victor, mi tía Tòrja, mi tío Vasili. Ahora me entero de que no son nada mío. No puedo soportarlo —se le notaban las lágrimas en la voz.

—Shh —la besó en la frente y volvió a acariciarle el pelo—. Sabes que tus tíos te querían. Y Victor moriría por ti. Da lo mismo lo que suceda, son tan tuyos como siempre.

—Oh, Caleb... Me siento como si el mundo no fuera el mismo, ¿sabes? Como si todo hubiera cambiado. No soy quien creía ser. Soy otra persona... nueva. Una princesa. Quiero salir huyendo. Quiero ser quien siempre he sido. Y al mismo tiempo quiero saber la verdad. Es muy confuso. Me parto en dos —le agarró una mano y se la llevó al pecho—. Aquí, en el corazón.

—No importa, sigues siendo la misma persona —la rodeó con una brazo—. Y no tienes que hacer nada que no quieras hacer.

Lo miró a la cara. Incluso en la sombra, podía ver sus ojos, oscuros y profundos.

—Lo sé. Sí, sé que tienes razón, pero... —no terminó la frase, quizá no sabía cómo hacerlo.

Quería protegerla. Era otra faceta nueva de él, otra para la que tampoco sabía si estaba preparado.

—¿Ha vuelto a molestarte Daisy después del lunes?

—Me llamó una vez, el jueves. Me preguntó si estaba lista ya para... dar mi primer paso. Le dije que me dejara en paz, que la llamaría cuando decidiera qué iba a hacer. No se alegró mucho.

—Peor para ella y bien por ti. No dejes que te arroye.

—¿Arroye?

—Que te lleve por delante, que te haga hacer algo que no quieres. No se lo permitas.

—No lo haré.

—Bien.

—¿Caleb?

—¿Sí?

—No quiero hablarle a ella de lo que pasó en el hospital. No es asunto suyo que un malvado me violara y lo que he sufrido por eso. No quiero que eso salga en una revista, ni en un libro para que lo vea todo el mundo —respiró entrecortada—. No es que me dé vergüenza, no. Es sólo que... es algo tan personal. Algo tan duro. No quiero que sea una cosa que lean extraños.

—Pues no se lo cuentes. Tienes razón, no es asunto suyo. No tiene nada que ver con la historia que quiere contar de ti.

—Sólo lo sabéis Mary y tú.

—Bueno, estoy seguro de que ella jamás se lo dirá a nadie y yo tampoco.

—Lo sé. Yo... algunas veces pienso que algún día se lo diré a Victor. Pero sólo a las personas en las que confío. Pero Daisy dijo que tenía que contárselo todo, mi vida entera, para que pudiera contar toda la verdad.

—Eso es una tontería. No te lo creas. Tendrá una historia espectacular si accedes a hablar con ella. Incluso sin que le cuentes lo que pasó en el hospital. Y no tienes que contarle nada que no quieras que sepa.

—Eso es cierto.

—Sí, bueno. Daisy haría mejor en ocuparse de sí misma. No es que tú estés sola y nadie se ocupe de ti.

—¿Caleb? —su tono fue suave, tentador.

Se inclinó para poder besarla.

—Cuando pronuncias mi nombre de ese modo, sólo puedo pensar en desnudarte.

—Ya estoy desnuda.

—Sí, es verdad.

—Bésame, por favor.

Apoyó la boca en la de ella y se abrió para él.

—Hazme el amor —susurró sin separarse de sus labios—. Hazlo como si sólo estuviéramos tú y yo. Un buen rato. Por favor.

Volvió a besarla más profundamente que antes mientras una mano recorrió su cuerpo hacia abajo hasta encontrar humedad, calor. Deslizó un dedo dentro de su sedosa humedad. Después dos. Ella se acercó más a él y gimió.

Un momento después, cuando se acomodó entre las piernas de ella, lo recibió con un suspiro de bienvenida. La besó en el cuello y después cerró los dientes donde la había besado.

Ella gimió más fuerte y se apretó más contra él.

—Sí, Caleb, sí. Oh, sí. Así.

Se separó ligeramente para poder mirarla. A la luz de un rayo de la luna que se colaba por las persianas, pudo ver su dulce rostro, los ojos oscuros como los suyos.

– Preciosa – susurró.

Y ella se acomodó encima de él y lo rodeó con las piernas.

Él se recostó en las almohadas disfrutando de que lo montara. Ella tenía razón. Las cosas estaban cambiando. Había dejado de ser la recelosa ama de llaves que hablaba despacio y en un inglés torturante y que no permitía que nadie la tocara.

¿Quién iba a saber el milagro que se ocultaba bajo su recatada ropa?

Irina se inclinó hacia delante dejando caer el pelo sobre el rostro de Caleb, el colgante rozando el cuello de él. Caleb la besó en la boca y deslizó dentro su lengua. Ella gimió y empujó con las caderas, él la rodeó con los brazos y juntos rodaron sobre la cama.

Desde encima entró más dentro de ella. Ella tensó las piernas y lo recibió en lo más profundo. Tan bien. Tan perfectamente...

Cuando llegó al orgasmo, ella lo hizo con él mientras sus labios gritaban su nombre.

Mientras desayunaban el domingo, Irina dijo que llamaría a Daisy.

Caleb sugirió un par de cosas que debería hacer antes.

– Deberías decirle algo a Victor, ¿no te parece?

– Es cierto – abrió mucho los ojos –. Primero tengo que llamarle a él. Tiene que saberlo de mí.

– Estoy contigo en todo esto. Y por más de una razón.

– ¿Qué razones? – frunció el ceño.

– Supongo que Daisy querrá entrevistar a Victor también. No sólo vivisteis juntos en la calle cuando mataron a sus padres, sino que también permitió que vinieses aquí.

– Y además es un jugador famoso.

– Eso añade una nueva dimensión a la conexión Lukovic. Tendrás que ponerte de acuerdo con él antes de poner en marcha todo esto.

– Voy a llamarle ahora mismo – empezó a levantarse, pero se sentó de nuevo en la silla –. No puedo. Es demasiado para decírselo por teléfono.

Caleb trinchó un trozo de huevo y se lo llevó a la boca. Le gustaban los domingos. También los sábados. Los fines de semana no tenía que comer cereales ricos en fibra.

– Pues súbete a un avión y díselo en persona.

– Sí, buena idea. Iré a verlo. Le contaré todo. Hoy.

– Para, para.

—¿Qué pasa ahora?

—Estoy pensando que necesitas a Gabe para esto —era el abogado de la familia—. Es demasiado grande para hacerlo sola. Deberías tener representación legal.

—¿Representación? —se llevó las manos a las mejillas—. Un poco exagerado, ¿no?

—Seguramente todo lo que hará Gabe será echar un vistazo y hacerte algunas advertencias.

—¿Qué clase de advertencias?

—Si lo supiera, no tendríamos que recurrir a Gabe.

—Pero si aún no me he hecho la prueba de ADN. Quizá todo esto quede en nada y habremos implicado a tu familia.

—¿De verdad crees que será un error?

—No —bajó la mirada—, me temo que no —alzó la cabeza y cuadró los hombros—. Vale, Gabe será mi abogado —lo miró llena de dudas—. ¿Y se lo tengo que decir a tu padre porque...?

—Mira, las cosas son así. Mi padre puede ser como un grano en el trasero, pero últimamente ha estado actuando de un modo razonable con la familia. Es un buen hombre y es mejor tenerlo de tu lado. Es brillante y reservado. Y tiene relaciones. Conoce a todo el mundo que es algo en Texas. No puede ser malo meterlo en esto. Entre Gabe y él no dejarán que nadie se aproveche de ti.

—Caleb, nadie va a aprovecharse de mí.

—No digo que lo vayan a conseguir, pero seguro que lo intentarán. Si el ADN demuestra que eres quien pensamos que eres, no sólo serás princesa, además habrá una fortuna esperándote en Suiza. Habrá gente haciendo cola para venderte cualquier cosa.

—Eso no anima mucho.

—Ya, pero al final tu serás la que decida, es mejor ser rico. Sólo necesitas la gente apropiada que te cubra las espaldas.

Se reunieron por la tarde en Lazy H: Caleb, Irina, Gabe y Davis. Mary también estaba, era su casa. Y la madre de Caleb, Aleta, había ido con Davis.

Irina se alegró de que estuviera presente Mary. Y Ginny, que al instante saltó a su regazo y se quedó dormida. El calor de su cuerpo le hacía sentir bien. Cómoda. Y real en un mundo que se había puesto patas arriba súbitamente.

Caleb contó la historia, como ella le había pedido de camino. Si no hubiera estado tan preocupada por cómo iba a salir todo aquello, se habría echado a reír al ver la expresión de los Bravo.

Cuando Caleb terminó, nadie dijo nada en varios segundos. Irina acomodó a Ginny en su regazo. No le sorprendió el silencio. Al escucharlo en boca de Caleb, a ella también le había parecido algo fantástico.

Desde luego no la clase de cosas que suceden a diario.

Davis fue le primero en hablar, lo que tampoco le sorprendió.

– Esa Daisy English, ¿estás segura de que es quien dice ser?

– Sí, seguro.

– Irina ha hecho alguna búsqueda sobre ella. Parece real – dijo Caleb.

– He leído cosas tuyas – dijo Mary –. Es bastante conocida. Hay que ser buena para escribir para *Vanity Fair*.

– Sólo hablo de posibilidades, Irina – dijo Davis –. Me da la sensación de que tienes muchas. No tienes que decirle a una periodista nada si no quieres decírselo. Tenemos información suficiente para dirigirnos directamente al gobierno de Argovia. Con todas las pruebas que puedes aportar, no creo que se nieguen a hacer un análisis de ADN.

– ¿Qué pasa, Irina? – preguntó Caleb al verla fruncir el ceño.

– Sin ella, yo no me habría enterado de nada de esto. Daisy me ha dicho que lleva dos años trabajando en esta historia siguiendo lo que ella llama la «conexión Lukovic», hasta dar conmigo. Me gustaría tener a alguien que vele por mis intereses, sí – miró a Gabe que le devolvió una sonrisa –. Y querría que Daisy comprendiera lo que haré y lo que no haré por esta historia que a ella tanto le interesa. Pero no la puentearé. Si sigo adelante, ella tendrá su historia.

– Vale – dijo Davis encogiéndose de hombros –. Imagino que ella podrá conseguir que se haga la prueba de ADN mucho más rápido que nosotros, dado que empezáramos desde cero. Seguro que ella ya ha establecido contacto. Así que tiene sus ventajas darle lo que quiere.

– Sus ventajas aparte de lo que es justo – añadió Aleta con una mirada indulgente a su marido –. De lo que importa.

– Por supuesto – dijo Davis con un carraspeo.

– ¿Cuándo volverás a reunirte con ella? – preguntó Gabe.

– Mañana voy a Dallas a hablar con Victor. Cuando vuelva la llamaré.

– Imagino que Daisy irá de inmediato. Ya ha llamado una vez después de la visita sorpresa para meter prisa a Irina para que siguiera adelante – dijo Caleb.

– No llegues a ningún acuerdo con ella antes de que esté yo presente – advirtió Gabe –. Cuando hables con ella, dile que quiero que nos reunamos y fija una cita. No accedas a nada por teléfono. Estaré presente en esa primera reunión. Trata de ponerla el martes por la tarde. Que venga al edificio de Bravo Corp, podemos hablar en mi despacho. Después, cuando se marche podemos hablar tú y yo y decir bajo que cuerdos se va a desarrollar todo esto.

– ¿Habrá un contrato?

– Imagino que ella tendrá algo para que firmes, pero tú y yo podemos echarle un vistazo antes de que lo firmes.

Irina dio las gracias a Gabe, a todos, por su ayuda. Mary tenía la cena lista. Compartieron la mesa en familia. Irina pensó en lo bueno que era estar con los Bravo, reírse con ellos. Sentirse parte de la familia, aunque sabía que no era real, que no era para siempre.

Ya en casa hizo una reserva para un vuelo a Dallas a la mañana siguiente. Se fueron pronto a la cama e hicieron el amor tiernamente.

Se despertó en medio de la noche. Su mente corría llena de recuerdos y de visiones del pasado. Algunas buenas, otras tan terribles que tenía que reprimir el miedo que le despertaban.

Todo ese tiempo, había pensado que era Irina Lukovic. Podía resultar que fuera alguien completamente diferente. Se sentía como una extraña dentro de su piel.

Agarró el colgante y trató de estar acostada tranquila, dejar dormir al pobre Caleb. Pero debía de haber notado que estaba despierta.

– ¿Estás bien? – preguntó él medio dormido.

– Sí – mintió.

La abrazó y la atrajo hacia él. Ella apoyó la cabeza en su pecho y escuchó el tranquilo latido de su corazón. El calor de su cuerpo la reconfortó, la suavidad de su piel.

Se prometió que todo iría bien. Que todo saldría bien. Su vida nunca había sido fácil, pero, aun así, había conseguido salir adelante. Sobreviviría también a eso. Sobreviviría siendo, o no, una princesa.

Sobreviviría a tener que decir adiós a Caleb cuando se cumplieran los dos años, pero para eso aún faltaba mucho, aunque desde la visita de Daisy, cada día le parecía una amenaza más próxima.

Capítulo 12

—Si es eso lo que quieres, me reuniré con esa periodista y le diré lo que quiere saber —dijo Víctor al día siguiente comiendo con ella en un restaurante de Dallas.

—No pareces tan sorprendido —dijo Irina estudiando su rostro.

—Porque no lo estoy, al menos no mucho. Cuando lo pienso, me parece que todo tiene sentido.

—Para ti, quizás —se echó a reír—. Para mí, es... —las lágrimas le impidieron terminar la frase. Las contuvo y acabó de decir lo que quería—. Increíble, imposible.

Y después siguió comiendo intentando dominar el velo que le nublaba los ojos. Ese ridículo llanto constante tenía que acabar. En el último mes y medio, desde que Caleb la había salvado de la deportación casándose con ella, se echaba a llorar por las cosas más insignificantes. No podía entenderlo. No después de tantos años, las interminables tragedias que había vivido sin verter una sola lágrima.

—Prima, ¿estás llorando? —preguntó en argoviano.

Parecía más aturdido que sorprendido por la noticia de que podía ser una princesa.

—Claro que no —se secó los ojos, bebió un sorbo de té frío y volvió al inglés—. ¿Por qué dices que tiene sentido? ¿Cómo va a tener sentido que pueda ser la última de los Golacek?

—Había cosas... —comió un poco y se quedó pensativo.

—¿Qué cosas?

Tragó y comió otro poco.

Ella se inclinó sobre la mesa y le sacudió un hombro del modo en que solían hacer cuando eran niños y él se mostraba obstinado. Era como empujar una roca.

—Di algo.

Masticó, tragó y finalmente dijo:

—La tía Dafina, por un lado. Nunca trataba ni a mis padres ni a mí como si fuéramos de su familia. Con ella siempre había ciertas... reservas. Era amable y educada, pero no familiar. Y nunca cocinaba ni limpiaba. Mi madre lo hacía todo en la casa.

—No recuerdo nada de eso.

—¿Cómo podrías? Apenas tenías cinco años cuando murió. Yo tenía diez, lo bastante para recordar más que tú. Mi padre me llevó aparte el día de su entierro. Me dijo que tendría que cuidar de ti siempre. Que tú eras algo precioso, máspreciado que nada.

—Qué afortunada —puso los ojos en blanco.

– Incluso con diez años, cuando los adultos hablaban por encima de mi cabeza, incluso entonces, grabé esas palabras. Entendí que había algo más que no me contaba. No podía comprender cuál era la razón por la que tenía que decirme que cuidara de ti. Sabía que siempre lo haría. Porque eres mi prima pequeña, no porque seas nada que le pareciera precioso a mi padre... – su voz se extinguió.

– ¿Qué más? – se inclinó ansiosa sobre la mesa.

Miró al infinito e Irina supo que Víctor estaba de vuelta e Argovia con su tío Vasili, tantos años atrás.

– Mi padre también decía que había mucho que tendría que saber y comprender... que cuando tuviera dieciséis años y los hombros fuertes para llevar la carga de un criado leal, me lo contaría todo.

– Un criado leal, ¿en serio? ¿De verdad utilizó esas palabras?

Víctor asintió.

– Recuerdo haber pensado que toda la conversación era realmente... extraña.

– ¿Cómo extraña?

– Por la intensidad de su expresión, el modo en que bajaba la voz como si tuviera miedo de que le oyeran. Después me agarró de los hombros con sus grandes dedos endurecidos por el trabajo. Sentí tanto alivio cuando me soltó y me pude ir a jugar.

– Y después, cinco años después, vinieron los soldados y lo mataron.

– Y a mi madre también.

– Por ser leales a la Corona, ¿recuerdas? – se dio cuenta de que estaba susurrando, como si lo que decía fuera algo secreto.

– Sí, lo recuerdo.

– Estaba tan enfadado porque los hubieran matado por algo que no eran – su mirada era tranquila –. Y parece que finalmente sí lo eran. Lealtad a la familia real hasta la muerte.

– Y tú me salvaste a mí, Víctor – tuvo que volver a contener las lágrimas –. Me sacaste de la casa en la que habíamos nacido los dos aunque estaba asustada y no quería irme. Pienso en ello con frecuencia, ¿sabes? Si no hubiera sido por ti, los soldados me habrían capturado a mí también.

– Eras mi prima – dijo Víctor con suavidad –. Y aún lo eres. Siempre lo serás, pase lo que pase.

En casa esa tarde, llamó a Daisy y le dejó un mensaje en el contestador. Daisy le devolvió la llamada a los diez minutos. Irina accedió a reunirse con ella al día siguiente, en Bravo Corp.

* * *

Como había prometido, Gabe estuvo en la reunión. Caleb también asistió. Se reunieron en el despacho de Gabe. Daisy parecía desconfiar un poco al principio por tener dos grandes y guapos hermanos Bravo cerniéndose sobre ella, uno de ellos abogado.

Pero pronto se mostró emocionada al oír que Irina aceptaba contarle la historia de su vida. Dijo que casi no se podía creer que el proyecto en el que tanto había trabajado por fin se convirtiera en realidad.

Llevaba un contrato, pero era muy sencillo. Quería sólo lo que había pedido desde el principio: los derechos en exclusiva sobre la historia vital de Irina. Gabe hizo que pusiera un límite de tiempo a esos derechos. Los dos siguientes años, eso acordaron, Irina no podría contar su historia a nadie más.

Daisy concertó una cita en un laboratorio y llevó a Irina allí el viernes. Los técnicos sacaron muestras de su boca. Daisy le explicó que las muestras serían enviadas a un laboratorio de identificación de ADN de las fuerzas armadas en Maryland. Su ADN se compararía con el obtenido de los huesos de Dafina y Laslo.

Además del laboratorio de Maryland, otros dos laboratorios de Escocia y Argovia se ocuparían también de demostrar la legitimidad de la reclamación de Irina. El proceso llevaría varias semanas, pero Daisy no quería esperar a los resultados.

– Podemos empezar con las entrevistas – dijo.

– Pero... ¿y si los resultados demuestran que no soy quien crees que soy?

– Eso no sucederá – dijo Daisy –. Tengo un buen presentimiento sobre todo esto, sobre todo después de todo lo que he investigado. Mi presentimiento me dice que no hace falta esperar.

El lunes siguiente, lo mismo que el martes y el miércoles, Daisy fue a su casa a las nueve de la mañana y se quedó hasta el final de la tarde. Según avanzaba la historia de Irina, Daisy se mostraba más segura de que era la princesa perdida.

El jueves Daisy se reunió con Víctor. Al final de esa tarde llamó a Irina.

– Estoy contenta – anunció Daisy en cuanto descolgó Irina –. Esto marcha. Hablar con tu primo, o la persona que siempre has creído que era tu primo, sólo me ha convencido más de que tú, Su Alteza Real, eres exactamente quien siempre he sabido que eras.

Irina sonrió a su reflejo en el espejo del cuarto de baño de su dormitorio. Las últimas semanas Daisy había empezado a caerle bien y le gustaba la emoción con que hablaba.

– Espera al ADN – dijo.

– Voy a hacer algunas llamadas a ver si puedo conseguir que se aceleren un poco las cosas. Mantente localizable.

Irina soltó el bote de limpia cristales que había utilizado en el espejo.

—¿Hemos terminado con las entrevistas?

—Por ahora. Tengo que meterme con todas esas horas de grabación. Es un trabajo largo. Después me pondré en contacto contigo para hacerte algunas preguntas que me habré olvidado de hacerte, cosas que surgirán cuando me ponga a escribir o que se me olvidó preguntarte, o que no están muy claras. Lo que sea. Y en cuanto tengamos las pruebas de ADN, empezaremos con las fotografías. Seguramente en dos etapas. Una en tu casa de San Antonio y otra en el rancho de la familia de tu marido. Nada dice mejor «la princesa se muda a Texas» que una foto en un rancho —siguió sin esperar a que ella respondiera—. Estoy presionando a la revista para que hagamos algunas fotos de estudio con profesionales adecuados, en Manhattan.

—¿Voy a tener que ir a Nueva York?

—Sí. Y quizá también... —no terminó la frase—. Da lo mismo. Tienes razón, esperemos al ADN. Tenemos que pensar en positivo, pero tampoco hay razón para correr de más. Te haré saber otras posibles localizaciones más adelante.

—Y... —tragó saliva con dificultad— ¿dices que mi foto va a salir en la portada de *Vanity Fair*?

—Pues claro, cariño.

—Y si resulta que no soy quien crees que soy...

—Deja de ser tan negativa. Será así. Seguiremos en contacto.

Sonó un clic y la línea quedó en silencio. Apretó el colgante con la mano enguantada. Alzó la vista y se miró en el espejo. Pronto sabría si ese rostro era el de una princesa.

Se estremeció, agarró el limpia cristales y lanzó varias descargas al espejo hasta que su rostro se hizo irreconocible. Después, con energía, limpió el cristal.

Después del cuarto de baño, metió la cena en el horno y limpió el suelo de tarima. Después siguió con la cocina. Caleb llegó cuando limpiaba la nevera.

—¿Es mi Cenicienta particular lo que veo limpiando con un aerosol y un trapo?

Dejó el limpiador y el trapo en la encimera y se dio la vuelta para mirarlo. Lentamente, se quitó los guantes de goma de un modo teatral y los tiró por encima del hombro. Él dejó el maletín en el suelo y se acercó a ella. Apoyando los brazos en sus hombros y batiendo las pestañas, dijo:

—Llegas pronto. Y no es una queja.

—¿Ternera asada? —preguntó olfateando.

—Lo mejor para mi marido favorito.

—Me gusta tu actitud —la besó y levantó la cabeza con el ceño fruncido—. Estamos solos, ¿no?

—Sí.

—¿Y las entrevistas?

—Terminadas, al menos de momento. Daisy ha vuelto a Nueva York para ponerse a escribir una primera versión, me ha dicho. Y esperar los resultados del ADN... que va a intentar que vayan más deprisa.

—Esa mujer es incansable.

—Sí.

—Parece completamente convencida de que eres la princesa perdida.

—Dame otro beso, ya hablaremos más tarde.

—¿Y la cena?

—Aún le queda media hora de horno, como mínimo.

—Con media hora tenemos suficiente —le pasó una mano por la espalda y la otra por detrás de las rodillas.

La levantó, ella se echó a reír y lo besó mientras la llevaba al dormitorio.

La bajó al lado de la cama y empezó a quitarle la ropa.

—Quédate quieta —le ordenó en cuanto estuvo desnuda.

Ella hizo lo que le decía mientras él se desnudaba.

Después la echó en la cama y empezó a recorrerle el cuerpo con besos hasta llegar a su centro. Cuando sus labios llegaron al centro de su feminidad, Irina gritó.

Llevaban dos meses casados. Irina deseaba que aquello no terminase jamás. Y en momentos como ése, le gustaba pensar que sería para siempre.

Su hábil lengua la acariciaba. Ella gemía y lo agarraba urgiéndolo para que la llenara. Pero él le apartó las manos y siguió volviéndola loca, besándola en lo más íntimo de su cuerpo.

Llegó la Semana Santa. Pasaron un día en Bravo Ridge con la familia. Todo el mundo tenía preguntas que hacer. Sobre las entrevistas con Daisy, sobre el análisis de ADN, sobre cuándo se haría pública su historia.

Irina les contó que las entrevistas habían terminado y que esperaban los resultados de las pruebas antes de dar el siguiente paso. Les advirtió que no dieran nada por seguro hasta que se conocieran los resultados.

—Mi mujer, la princesa prudente —dijo Caleb.

—Pareces Daisy —bromeó ella e imitó su voz de emoción—. «Va a suceder, cariño. Te doy mi palabra».

—Bueno, espera y verás —insistió él.

Pasó otra semana. Y otra. Daisy llamó dos veces, pero sólo para hacer algunas preguntas que aclararan la información que ya tenía en las grabaciones.

— Pronto — le prometió Daisy —. Pronto daremos el siguiente paso.

Abril dejó paso a mayo. Mercy dio a luz a su hijo a quien llamaron Lucas, por su padre, y Emilio, por el abuelo adoptivo de Mercy, quien había sido el dueño de Bravo Ridge antes de que el abuelo de Luke se lo ganara en una partida. Entonces, en los años cincuenta, el rancho se llamaba La Joya. Había sido de la familia de Mercy durante cientos de años.

Pasó otro mes. A mediados de junio, dos meses después de la realización de las entrevistas, todo el mundo había dejado de preguntarle cuándo saldría en la revista y había pasado más de un mes desde la última llamada de Daisy.

Todo el furor del pasado abril empezaba a parecerle un sueño, una fantasía de miedo a la que se había permitido entregarse. Tan real como las películas que Caleb y ella veían en la televisión.

¿Importaba? Irina llegó a la conclusión de que realmente no. Era feliz: con su marido por dos años, con la vida que compartía con su familia y de la que disfrutaba mucho. Conseguiría la residencia permanente y seguiría con su vida. En enero había recibido la convalidación de su título de bachillerato y pensaba empezar a ir a la universidad de San Antonio en otoño.

El único beneficio tangible que podía verle a ser princesa era el dinero que había en los bancos suizos. Con mucho dinero podría hacer realidad su proyecto de ayudar a los demás.

Pero ¿para qué hacer planes sobre cómo gastar una fortuna que a lo mejor no llegaba a ver? Decidió que no iba a pensar en ello, no hasta que tuviera los resultados del ADN.

Julio cayó sobre San Antonio como una sofocante manta. El día cuatro celebraron una gran comida familiar en Bravo Ridge. Los hombres se encargaron de la parrilla, Zoé llevó sus cámaras para tener fotografías de la fiesta familiar y porque la barbacoa del Día de la Independencia ocuparía otro capítulo del libro de cocina.

Irina pasó gran parte del día sentada a la sombra jugando con la hija de Corrine y Matt, Kira, y con Ginny en el regazo. Cuando Mercy necesitó descansar de su bebé, Irina se llevó a Lucas al interior de la casa donde hacía más fresco. Lo llevó al piso de arriba para cambiarle el pañal y después se sentó con él en la mecedora de su habitación para cantarle canciones en argoviano.

Cuando se quedó dormido, lo metió en la cuna y encendió el intercomunicador. Se llevó el receptor de vuelta a la fiesta y se lo entregó a Mercy, quien le dio las gracias con una sonrisa de cansancio. Kira la encontró un par de minutos después.

— ¿Dónde estabas, tía Rina? ¡Te he buscado por todas partes!

— ¡Rini, Rini! — la llamó Ginny.

Así que se sentó otra hora con las niñas y escuchó la interminable charla de Kira y sus chistes.

– Creo que tienes un toque mágico con los críos – dijo una voz masculina tras ella.

Miró por encima del hombro y vio a Davis.

– Me gustan – respondió sintiéndose un poco tonta y de pronto tímida.

– ¡Abuelo! – gritó Kira que no era tímida en absoluto –. Súbeme muy alto – le tendió los brazos y él la subió –. ¡Soy muy alta! Dame una vuelta, abuelo.

Davis hizo lo que le pedía y la paseó entre las mesas de la comida. Irina los miró alejarse anhelando ser de esa familia que no podría mantener, estar allí con un hijo de Caleb, que nunca tendría.

Miró a su alrededor buscándolo. Y lo vio en la parrilla dando la vuelta a unas hamburguesas. Pareció sentir su mirada y se dio la vuelta. Se sonrieron e Irina sintió que el corazón no le cabía en el pecho. Lo había querido desde el principio, cuando le había dado el trabajo.

Pero no había querido enamorarse de él. Había creído que su corazón, como su cuerpo, estaba muerto para esa clase de amor.

Pero él la había resucitado. Como a una princesa de cuento. La había despertado al amor con su bondad y generosidad, con sus tiernas caricias.

– Mua, mua – dijo Ginny alzando sus manitas, e Irina se inclinó y le dio un beso.

Unos pocos días después de la barbacoa, Irina se acercó a Lazy H a ver las fotografías que había tomado Zoé y que irían en el capítulo correspondiente del libro de cocina. Como los hombres no habían escrito las recetas, Mary se había llevado una grabadora y durante la barbacoa los había entrevistado para que explicasen los ingredientes y el modo de preparación de los platos. Mary le contó que el libro estaba casi listo para su publicación. Esperaba que estuviera en las librerías en primavera, pero no estaba segura. Podían esperar a publicarlo hasta las vacaciones de verano del año siguiente.

En casa, Irina decidió hacer una lasaña para cenar y empezó a reunir los ingredientes. En ese momento sonó el teléfono. Era Daisy.

– ¿Has recibido la carta?

Sintió que se le doblaban las rodillas y se sentó en una silla.

– ¿Qué carta?

– La del laboratorio de Maryland.

– No.

– Seguro que mañana te llega por mensajería.

Irina se llevó una mano a la boca y después respiró hondo antes de preguntar.

<https://www.facebook.com/novelasgratis>

– ¿Qué pone?

– Que eres la Golacek perdida.

Capítulo 13

Las semanas siguientes todo cambió. Hubo sesiones fotográficas, en casa y en el rancho. Caleb la acompañó a Nueva York para más fotografías. Se alojaron en un hotel de Park Avenue, comieron en maravillosos restaurantes y fueron a dos espectáculos de Broadway.

También fueron de compras. Compró más ropa de brillantes colores. Y más camisones provocativos.

La historia decía que por fin había aparecido la Golacek perdida, que era joven y guapa... y llena de cicatrices. A la gente parecía gustarle que tuviera cicatrices. Las cicatrices, le explicó Daisy, hablan de tragedia, de una gran historia.

Los periodistas aparecieron en su casa. Irina aprendió a decir: «No hago declaraciones» y cerró la puerta. Cerrar la puerta no los detuvo. Su nombre salía en todas partes: por Internet, en semanarios y diarios. Su fotografía también. Una sencilla excursión a la tienda se había convertido en una carrera de obstáculos, con *paparazis* saliendo de todas partes con sus cámaras.

Tuvo visitas de banqueros, sus banqueros. Su fortuna superaba los dos mil millones, descubrió. Había llegado a los cinco mil antes de la recesión. Dos mil ya le parecía mucho.

Suficiente para ayudar a mucha gente, aunque aún no sabía cómo iba a hacerlo. Esperaba que su vida se tranquilizara un poco, esperaba acostumbrarse a ser una princesa. No era fácil, su mundo se había vuelto del revés.

La última semana de julio, el número de *Vanity Fair* que contenía su historia, entró en la imprenta. Irina recibió un paquete de ejemplares por adelantado con su fotografía en la cubierta en la que sólo llevaba una túnica de satén, el colgante y una tiara de diamantes.

Repartió los ejemplares entre la familia. Todos se sentían halagados por el artículo. Decían que salía muy guapa en las fotografías, que su historia les tocaba en lo más profundo. Elena dijo que le había hecho llorar.

Daisy había empezado a trabajar en el libro.

—Que es mucho más —le dijo orgullosa a Irina—. Me estás haciendo una mujer muy rica, ¿lo sabías? —le hizo un guiño y le dijo que quería que fuera a Argovia—. El libro tendrá un gran capítulo de fotografías. Los lectores querrán verte en tu tierra. Y estoy pensando en hacer algunas fotografías en los palacios —se refería a lo que fueron las residencias de su abuelo, convertidas en un museo y la sede la presidencia del gobierno—. Y algunas en las montañas —siguió Daisy—, donde se ocultó la familia real. Y de ti fuera de la casa en la que naciste. Y no podemos olvidar el orfanato.

Irina sabía que no volvería jamás, ni siquiera de visita. Pero se sintió como una cobarde si se lo confesaba, así que planteó otras objeciones.

—Ni siquiera sé si la casa de mis tíos sigue en pie.

–Sí, confía en mí. Es mi trabajo averiguar esas cosas.

–No voy a volver a Argovia –dijo cuadrando los hombros.

–Oh, claro que sí, cariño. Es hora de volver. Será una experiencia catártica.

–¿Catártica?

–Ya sabes, transformadora. Algo sanador.

–No.

–¿Cómo puedes decir eso? Claro que irás. Y te va a encantar. Va a ser estupendo.

–No lo entiendes. Aunque quisiera ir, que no quiero, no puedo salir de los Estados Unidos. Si lo hago, ya no podré volver.

–¿De qué estás hablando, cariño?

Irina le explicó pacientemente que no se atrevería a salir del país hasta que tuviera el permiso de residencia permanente.

–Empieza a hacer el equipaje –le ordenó—. No quiero escuchar más excusas. Haré algunas llamadas.

–¿Algunas llamadas? Daisy, tienes que ser realista. Nadie le dice a Inmigración lo que tiene que hacer.

–Las normas han cambiado para ti, cariño –soltó una risita—. Ya no eres una triste refugiada que limpia casas para sobrevivir. Eres de la realeza.

–Sólo de nombre. Por si no lo has notado, en mi país no hay monarquía desde hace más de cincuenta años.

–La realeza es realeza, depuesta o no. Y realeza con dinero... Cariño, ¿no lo ves? Es la parte del dinero la que importa. El Departamento de Estado hará cabriolas para que vivas feliz en los Estados Unidos.

–Eso no lo sabes seguro.

–Oh, sí, lo sé. El próximo quince de abril, informarás de tus millones a Hacienda. Tus asesores económicos se asegurarán de eso. Y pagarás impuestos, muchos impuestos. Ahora eres un activo para este país, no alguien que tiene que rellenar un formulario para pedir la nacionalidad. Ahora puedes vivir donde quieras. Donde quieras de todo el mundo. Puedes pasarte la vida en playas tropicales, o en lujosos hoteles de Europa.

–Quiero vivir aquí –dijo ella—. Viviré aquí.

–Bien. No hay problema –agitó una mano en el aire para despedirse—. Llama a tus banqueros. Diles que necesitas que escriban a Inmigración para resolver lo de tu residencia permanente.

–¿A mis banqueros? ¿Por qué?

–Los banqueros conocen abogados. A los abogados adecuados. Las cosas se resolverán antes de que te des cuenta.

—¿Los abogados adecuados? Ya tengo abogados. Gabe...

—No, cariño —dijo Daisy con esa voz de paciencia infinita que ponía tan nerviosa a Irina—. Necesitas un abogado especializado en inmigración. Necesitas al mejor.

—Gabe es el mejor.

—Sí, seguro que lo es, pero no tiene experiencia en leyes de inmigración.

—Aun así sigo sin querer ir a Argovia.

—Consigue el abogado. Consigue la residencia. Hablaremos después de eso.

Por la noche, en la cena, Irina contó a Caleb lo que le había dicho Daisy.

—Esa mujer es de lo más insistente... pero tiene razón. Quizá deberías haberte buscado un buen abogado desde el principio.

—¿Por qué? No me gusta derrochar el dinero sin necesidad.

—Yo no lo llamaría derroche si arregla todo lo de inmigración, ¿no?

—No —admitió con un suspiro.

—Haz la llamada, consigue el abogado.

Al día siguiente, así lo hizo. Y dos días después tenía una nueva abogada. Se llamaba Rita Rodríguez. Irina fue a verla. Era alta, con el pelo negro y los ojos del mismo color. Llevaba un precioso traje de diseño y unos tacones que realzaban sus bonitas piernas.

Rita fue derecha al asunto. Tenía buena información sobre la situación financiera de Irina y sabía que tampoco había quebrantado nunca la ley. También tenía todos los papeles que Irina había rellenado en Inmigración.

—Creo que podremos resolver todo este proceso mucho más rápido —le dijo a Irina cuando se reunieron por tercera vez—. Estate tranquila, estaremos en contacto.

Dos días después, la secretaria de Rita le llamó para pedirle que se acercase a la oficina.

—Resuelto —le dijo la abogada—. Deberías recibir la carta diciendo que tu residencia está resuelta en menos de una semana. La tarjeta de residencia tardará más, semanas o meses, pero la carta es tan válida como la tarjeta. Cuando la recibas, te acercas a la oficina de Inmigración y que te sellen el pasaporte. Tendrás la residencia, pero tendrás que renovarla cuando te digan.

—Lo haré.

—Así que ya está —dijo la abogada—. Si no has recibido la notificación en diez días hábiles, llámame. Y cuando lleves dos años casada y consigas el estatus de residente permanente, ven a verme otra vez. Prepararemos tu solicitud. He notado que tu marido y tú no compartís los bienes. Tienes que resolver eso. Cuando solicites la residencia permanente, una de las cosas que van a mirar los de Inmigración son los bienes en común.

– Bienes en común... – repitió Irina incómoda. Eso ya lo sabía, lo había leído en los libros sobre inmigración.

Pero había pospuesto el pensar en eso, lo había dejado para hablarlo con Caleb más adelante. Le parecía un modo más en que se metía en su vida. Un modo más de complicar toda la situación.

Rita tamborileó con las uñas en la mesa.

– Deberías solicitar tarjetas de crédito conjuntas. Comprar una casa... o que él te ponga como copropietaria de la que ya tiene.

Comprar una casa juntos...

Bueno, eso podían hacerlo, ¿no? Ella podía comprar una casa y ponerla a nombre de los dos.

Era una mujer rica, no tenía que olvidarlo. Después de años de lucha sólo para sobrevivir, tenía más dinero del que podría gastarse en toda la vida, aunque aún no le pareciera real.

Rita la miraba con esos ojos que siempre le hacían sentirse incómoda, como si pudiera ver en su interior. Dijo cauta:

– Seguro que tu matrimonio es sólido.

– Lo es – dijo Irina poniéndose rígida en la silla –. Muy sólido.

¿La había mirado Rita con lástima? O era su propia culpa por haber celebrado un matrimonio falso... un matrimonio falso que se había vuelto de lo más real. Aunque no lo fuera. Tenía que recordar eso, no lo era.

– Como abogada tuya, tengo que decirte que celebrar un matrimonio falso para obtener la ciudadanía es un delito.

– Eso ya lo sé.

– Bueno, pues entonces, bien – ¿era una sonrisa el gesto que apareció en sus labios? –. Aunque hay que decir que siempre hay otras opciones. Si tu situación matrimonial cambia...

– No lo hará – dijo Irina con una firmeza que no sentía.

– Seguro que no – dijo Rita templada –, pero si sucede, ven a verme.

El resto del día lo pasó pensando en lo que le habían dicho Daisy y Rita.

«Siempre hay otras opciones...». «Las normas han cambiado para ti, cariño». Pensó en Caleb. En lo bueno que había sido con ella. En lo que él le importaba... en lo que lo amaba. Estaba enamorada de él. Y en su nueva situación podría liberarlo de ella.

Aunque él no parecía precisamente querer ser liberado, ¿no? Parecía feliz con ella. Parecía gustarle compartir la cama con ella, una vez superados sus miedos, se acercaba a él ansiosa.

Aun así, tenía derecho a ser libre. Era un... regalo que deseaba ofrecerle. Podría ser libre, si elegía la libertad. Libre antes de los dos años que habían acordado. Libre sin tener que preocuparse de que a ella la expulsaran.

Pensó en lo que le había dicho Daisy de que podía vivir en cualquier parte del mundo si quería. Si le denegaban la residencia, podría vivir en cualquier sitio, y vivir bien, sin depender de nadie. No tendría que volver a Argovia.

Se dio cuenta de que la mayor parte de su vida había dedicado casi toda su energía sólo a sobrevivir. Recordó lo que le había preocupado que su matrimonio con Caleb no fuera real, no fuera para siempre.

Cómo, por mucho que le gustara su vida con él, era una vida surgida de la necesidad. De la mentira.

Seis meses antes, cuando habían acordado casarse, sus posibilidades eran muy limitadas. Pero todo había cambiado. El mundo se abrió ante ella. Quizá había llegado el momento de aprovechar esas oportunidades. El momento de pensar en algo más que la supervivencia. El momento de dejar libre al hombre que amaba. Y a ella también.

Una semana después, como le había dicho Rita, le llegó por correo la notificación de la residencia provisional. Fue a que le sellaran el pasaporte. El sello valía por un año, y sería la prueba de que estaba en el país legalmente.

Esa noche, cuando Caleb llegó a casa, le tenía preparada su cena preferida: chuletas de cordero y patatas nuevas. Le contó las buenas noticias. En honor a la ocasión, abrió una cara botella de champán que guardaba.

Cenaron y él le dijo lo feliz que se sentía por ella. Ella también trató de ser feliz.

Vieron un rato la televisión y se fueron a la habitación a las diez. Él le agarró una mano mientras estaban de pie al lado de la cama y la atrajo hacia él. Se besaron tiernamente. Cuando él levantó la cabeza y le dedicó una sonrisa, ella lo miró y deseó que lo suyo terminara jamás. Pero iba a terminar. Y cuanto más durara, más doloroso sería el final. Él la miró y dijo en broma, pero reflexivo:

—Vale, ¿qué pasa? Pareces extraña. Llevas nerviosa desde que he llegado. ¿Es por algo que he dicho?

—Creo que deberíamos comprar una casa juntos —dijo ella saliendo de su abrazo.

—¿Por qué? —frunció el ceño—. ¿Qué tiene ésta de malo?

—Oh, no. Me encanta esta casa.

—Bueno, entonces, ¿para qué cambiarnos?

– Mi abogada dice que tenemos que tener bienes en común, que Inmigración comprobará las propiedades en común cuando estudien la solicitud de residencia permanente.

– Bueno, vale. ¿Qué te parece si ponemos también a tu nombre esta casa? A menos que quieras una casa para las vacaciones. ¿Te refieres a eso? Podemos hacer eso. Podemos comprar una casa en las colinas, pero la familia ya tiene una cabaña allí. Por cierto, a ver si vamos a pasar un fin de semana. Te gustará, seguro. Y ahora que lo pienso, si nos compramos algo juntos, podría ser en un lugar exótico. Las Bahamas. O Cancún, un sitio de playa.

Irina se cubrió el rostro con las manos. Era demasiado bueno con ella. Deberían seguir como estaban, decirle que lo de la casa de vacaciones era una idea estupenda y dejar el asunto. Pero no pudo.

Se acercó más a él, le acarició el hombro tímidamente. Un gesto que realmente transmitía su preocupación.

– Irina, dímelo. Dime lo que pasa.

Se tapó la boca con las dos manos antes de decir:

– Oh, Caleb, no lo entiendes.

– ¿Qué no entiendo?

– Quiero que nos compremos una casa los dos aquí, en San Antonio.

– ¿Por qué, si te gusta esta casa?

– Para poder mudarme a ella. Yo sola.

Capítulo 14

Caleb deseó romper algo.

– ¿Qué?

– Por favor, no me grites – dio un salto y se alejó de él.

Caleb al instante se sintió fatal. No debería haber gritado.

Pero no entendía nada. ¿De qué estaba hablando? ¿Mudarse a otro sitio? ¿Por qué?

Tenía que reconocer que le dolía oírsele decir. Dolía mucho. Y eso le hacía sentirse muy extraño. Se obligó a hablar con más calma.

– ¿Es por algo que he hecho?

– No, no es por ti. Tú nunca... Tienes que creerme – parecía tan desesperada, tan triste.

Caleb respiró hondo y trató de calmarse.

– En serio, no te sigo. Tenemos un proyecto aquí. ¿Y de repente quieres echarlo todo a perder? No lo comprendo. Siempre has cuidado mucho eso.

– Lo sé.

– Piénsalo. Hicimos un voto de silencio. Acordamos no decirle a nadie, ni siquiera a Victor, que lo nuestro no era real en sentido estricto. Has hecho que compartiéramos la cama desde el principio aunque aborrecías que te tocasen, tenías tanto miedo de que aparecieran los de Inmigración para ver dónde dormías. Mi familia cree que estamos completamente enamorados. ¿Y ahora quieres mudarte a otra casa?

– Es que ahora que sé que me darán los papeles, no tenemos por qué ser tan cuidadosos.

– ¿Tan cuidadosos? Vamos. Afróntalo. Si te marchas, no serás nada cuidadosa.

– Pero quiero... devolverte tu libertad.

– Mi libertad – la palabra le supo amarga en la boca –. ¿Te he pedido yo eso? No recuerdo haberlo hecho.

– Es sólo que... me siento tan mal.

– ¿Con qué? Te dije que estaría en esto al completo los dos años. ¿Por qué quieres de pronto cargarte todo el plan?

– No...

– Sí. Sí quieres. Si te marchas, te lo cargas todo.

– Pero no es así – se apartó el flequillo –. No exactamente.

– ¡Qué demonios! Es o no es.

–Quiero decir que ya no estoy tan asustada y puedo hacer un pequeño cambio. Ahora soy... más fuerte. Veo las cosas desde una nueva perspectiva. Ahora tengo opciones que no tenía.

Opciones. Tenía opciones...

Deseó volver a gritar y preguntarle quién le había metido esas ideas en la cabeza.

Se controló... apenas. Gritar, después de todo, no resolvía nada. Además, dijera lo que dijera ella sobre sus malditas opciones, tenía razón. Después de todo, era una princesa. Y muchísimo más rica de lo que lo sería él nunca.

Ella debió de tomar su silencio como una señal de que empezaba a entender las cosas, porque dijo:

–Tendrías que ser... discreto hasta que se cumplan los dos años y obtenga la residencia permanente. Y espero que cuando llegue el momento, respondas por mí, rellenarás los formularios como mi marido del modo en que planeamos.

–Quieres decir que mienta por ti. Del mismo modo que ya he estado mintiendo por ti.

–Caleb –parecía triste, pero al mismo tiempo decidida. Se echó la mano a la espalda para bajarse la cremallera del vestido amarillo, pero no lo hizo. Dejó caer las manos a los lados–. Sí, te estoy pidiendo que mientas por mí como lo has hecho hasta ahora –se sentó en el borde de la cama–. Como hemos hecho los dos. Y, al mismo tiempo, te doy la oportunidad de que recuperes tu forma de vida... un año y medio antes de lo que habíamos acordado.

–Esto es una porquería, una pura porquería –dijo con furia.

–No, no entiendes que yo estoy...

–Lo entiendo muy bien –interrumpió–. Entiendo que no piensas con claridad por alguna razón que no consigo entender. Después de todo lo que hemos hecho para asegurarnos de que pudieras quedarte en Estados Unidos, de pronto decides irte a vivir sola, abrir la puerta a la posibilidad de acabar con tu trasero en la cárcel... y después expulsada del país para siempre. ¿Has perdido la cabeza?

–No, mi cabeza sigue en su sitio –se tocó la frente con un dedo–. No creo que me expulsen. Ya hemos demostrado que estamos casados. Y seguiremos casados dos años... al menos legalmente. Es bastante.

–No es bastante. Tú misma lo dijiste. Tiene que ser un matrimonio de verdad. Si vives sola y yo me dedico a estar con otras mujeres, discretamente o como sea, no es un matrimonio de verdad –sacudió la cabeza–. No me sirve.

–¿No? –lo miró extrañada.

–Demonios, no.

Lo miró unos segundos, después se inclinó a quitarse las sandalias. Con las sandalias en la mano, desapareció dentro del vestidor.

Caleb resistió el impulso de seguirla. Si lo hacía, volvería a gritar otra vez. En lugar de eso, se quitó la camisa y la arrojó a una silla. Se quitó los pantalones y los zapatos y calcetines. Sólo con los calzoncillos, se sentó en el borde de la cama donde ella había estado sentada un minuto antes.

¿Qué le pasaba? No era la clase de hombre que gritaba a las mujeres. Era un tipo que se tomaba las relaciones, y la vida en general, como venían.

Seguía preguntándose cuál era el problema cuando ella salió del vestidor con la bata corta que se había comprado en Nueva York. El finísimo satén rosa se ceñía sobre cada curva de su cuerpo. Estaba como para comérsela. Al menos de cuello para abajo. Porque la expresión de su rostro echaba a perder el efecto. No era ni de lejos tan seductora como el resto.

Se sentó en el borde del sillón que había al lado de la ventana a unos metros de la cama... y de él.

— ¿Puedo decir el resto de lo que quería contarte? Me escuchas, ¿por favor?

— Adelante — dijo con los dientes apretados mientras se preguntaba por qué se enfadaba tanto.

Lo que había entre ellos desde el principio tenía fecha de caducidad. Siempre lo había sabido. Jamás se habría metido en ello si hubiera sido de otro modo.

— Todo ha cambiado para mí, ¿no lo ves? Al fin tengo la oportunidad de ser... independiente. Y tú, Caleb, tienes la oportunidad de recuperar tu forma de vida, de volver a ser libre, como siempre has querido ser.

— ¿Es eso lo que quieres, ser libre de mí? — no pudo evitar preguntar.

Lo miró un largo momento y finalmente respondió:

— No, no es lo que quiero. Te amo, Caleb. Quiero estar contigo, quedarme contigo. Pero algunas veces no podemos tener lo que queremos.

El nudo de tensión que sentía en el estómago se soltó. Al menos un poco.

— Lo dices en serio. ¿Quieres estar conmigo?

— Sí, sí que quiero.

— Bueno, entonces, ¿cuál es el problema? Yo estoy bien si seguimos como estamos. No me resulta duro.

— No es duro — lo miró fijamente.

— No. Y es más seguro. Sabes que lo es. Lo más seguro es que sigamos como hasta ahora, viviendo juntos los dos años.

— Caleb, no — dejó caer la cabeza.

— ¿Por qué demonios no? — estuvo muy cerca de gritar, pero no lo hizo.

— Acabo de decirte por qué — dijo muy tranquila —. Ya no quiero seguir casada. Ahora tengo elección. Y mi elección no es ésta.

–¿Qué elección? Lo que dices no tiene sentido. Si te vas, seguirás casada, lo único que cambiará es que no vivirás conmigo.

–Sabes perfectamente lo que quiero decir.

–¿Eres consciente de que te estás arriesgando? Si todo esto te estalla en la cara, tendrás un gran problema. Los dos lo tendremos.

–No creo. Estamos casados. Todo el mundo cree que somos un matrimonio de verdad. Jamás le he dicho a nadie que fuera de otro modo. ¿Y tú?

–Demonios, no. Cuando llego a un acuerdo, lo respeto.

–Caleb –dijo con paciencia–. Algunas veces incluso los matrimonios reales no funcionan. La gente tiene problemas. Hasta los de Inmigración entenderían eso.

–Vale, no acabaremos en la cárcel. Aún pueden deportarte. Siempre has jurado que te quedarías aquí, daba igual lo que costase. ¿De pronto has cambiado de idea?

–Bueno, si Estados Unidos no me quiere, bien. Me iré a otro sitio. Al menos ahora tengo donde ir. Quiero decir que puedo elegir dónde ir.

–No pareceis tú la que habla.

–Pero lo soy –lo miró con el ruego en los ojos de que la comprendiera–. Caleb, no soy la pequeña refugiada triste con la que te casaste, ¿no lo ves? Ahora es todo... tan diferente. Y no sólo porque de repente soy rica, princesa. No. Más que a ninguna otra cosa, mi cambio se debe a ti. Y por eso, te estoy tan agradecida. No puedes saber cuánto...

No quería su maldita gratitud. Quería...

Bueno, no estaba seguro de lo que quería, sólo de lo que no quería. Y no quería perderla.

Lo que era bastante retorcido, si se paraba a pensarlo. Claro que la perdería, ése era el plan. Ella conseguiría los papeles y, tras dos años de matrimonio fingido, le diría adiós.

Lo que pasaba era que, bueno, se suponía que les quedaba año y medio de estar juntos. Se había hecho a esa idea y estaba feliz así. Realmente feliz. Quizá demasiado feliz.

–¿Caleb? –se levantó.

La miró acercarse a él. Le encantaba verla moverse de ese modo fluido. Cuando llegó a su altura, le apoyó una mano en el hombro y le dijo:

–Por favor, no te enfades conmigo.

Alzó la vista y la miró a los ojos. Tenía derecho a tomar sus propias decisiones, tenía derecho a ser libre, a llevar las riendas de su vida. A vivir sola, si quería. Tenía que ser lo bastante hombre para apoyarla en eso.

–Me has sorprendido, eso es todo.

Se inclinó y lo besó. Un beso ligero y lleno de preguntas.

– Estaré bien, ya lo verás.

Inhaló su aroma, tan dulce, tan femenino.

– De un modo u otro conseguirás esos papeles.

– Sí, Caleb.

– Me gusta la forma en que dices eso.

– Sí, Caleb.

Le deslizó una mano por la nuca y la atrajo hacia él para darle otro beso.

Se acostaron como siempre e hicieron el amor de un modo apasionado.

Pero los días siguientes, Irina notó la diferencia en lo que compartían. Había entre ellos... espacio, distancia.

Por alguna razón, jamás volvieron a hacer el amor después de esa noche en que le había comunicado sus planes de irse a vivir a otra casa. Tampoco volvió a llegar pronto del trabajo. Muchos días llegaba justo para cenar, algunos incluso más tarde.

Siguieron yendo juntos a las celebraciones familiares. Una cena de domingo en Bravo Ridge, una barbacoa en casa de Gabe y Mary...

Irina sabía que Caleb seguía siendo sincero con ella, que respetaba su acuerdo, su vínculo de dos años. Pero se estaba alejando de ella, haciendo que ocupara menos parte de su vida de la que ocupaba antes. Y ella también se estaba alejando.

Recordaba que le había dicho que lo amaba y que quería estar con él. Y él no había dicho ni una palabra sobre que la amara. Era consciente de que no lo había hecho muy bien porque el modo en que se lo había dicho había sido torpe e inoportuno. Y tampoco muy claro.

Debería haberle dicho no sólo que lo amaba, sino que estaba enamorada de él. Que si él la amara, jamás se separaría de él.

Pero esas palabras no le habían salido. Porque él no había dicho nada de que quisiera que se quedara con ella. Y, bueno, ella también tenía su orgullo.

Sí creía que ella le importaba... no del modo apasionado y para siempre que ella había llegado a amarlo. Pero le importaba. Era así. Y en ese momento era como si estuviera intentando quitársela de dentro poco a poco. Para que cuando llegase la ruptura, fuera algo sencillo, fácil, consumado. Hecho.

Cambió sus cosas a la habitación que había ocupado antes de casarse. Empezó también a dormir ahí. Él no dijo nada.

De algún modo, rápidamente, se habían convertido en compañeros de casa más que en marido y mujer. Eran corteses y distantes el uno con el otro. Lo que habían compartido, se había terminado. Irina se dijo que estaba aprendiendo a aceptarlo.

Empezó a ir a la universidad. Sólo unas pocas horas a la semana. Pero eso le hacía sentirse ocupada, mantenía su cabeza lejos de un matrimonio que había terminado por significar para ella mucho más de lo previsto.

Cuando septiembre llegó con sus vientos cálidos y secos, Caleb tuvo que marcharse a California una semana por su trabajo. Maddy Liz dio a luz, otro niño. Lo llamaron Andrew Vasili. Irina fue a Dallas un par de días para echar una mano. Se encontró cómoda cuidado de Steven y Miranda, teniendo en sus brazos al pequeño Andrew.

Cuando volvió a San Antonio el miércoles, Daisy fue a hacerle una visita de un par de días. Como siempre, Daisy tenía más preguntas, necesitaba más detalles para el libro que pasaba ya de las seiscientas páginas y arrancaba con la huida de sus abuelos a las montañas, contaba el romance de sus padres en España y terminaba con el descubrimiento de que Irina era la princesa perdida.

Irina quería saber cuándo se publicaría el libro y Daisy le dedicó una de esas miradas suyas de paciencia.

—Es el primer borrador. Falta bastante.

—¿Bastante?

—Es un libro, cariño. Necesito por lo menos otros seis meses para acabarlo, siendo realista, mejor ocho. Después va el paso por la editorial. Por lo menos año y medio. Y después está considerar cuándo es la mejor época del año. Quizá el verano de dentro de dos años. Por cierto, ¿cómo va lo del viaje a Argovia?

—No pienso volver allí nunca —le repitió Irina.

—¿Es por la residencia? Pensaba que eso estaba resuelto.

—Daisy, es porque no puedo. Es porque no iré. Seguramente jamás. Y desde luego no para esto, no para hacerme unas fotos.

—Tienes miedo de ir —la miró penetrante.

—No, no quiero ir —ni se inmutó—. Ya no vivo allí, y para mí allí sólo hay recuerdos de muerte y sufrimiento.

—Te estás volviendo demasiado obstinada e independiente, querida. ¿Lo sabes?

Irina sonrió. Después Daisy sonrió. Y las dos se echaron a reír.

Daisy volvió a Nueva York y Caleb volvió de California más formal y distante que antes. Irina reconoció que estaba retrasando el momento de salir de la casa. La madre de Elena, Luz, era agente inmobiliaria. Llamó a Luz y le describió la clase de casa que quería.

Luz la llevó a ver distintas propiedades. Ninguna le pareció bien. Con amabilidad, Luz le preguntó si estaba segura de que quería irse a vivir a otra casa.

Esa noche en la cama, en la habitación que tenía cuando era el ama de llaves de Caleb, lo anheló con todas sus fuerzas. Le supuso un gran esfuerzo no levantarse y volver a su cama y a su vida, rogarle que le diera la oportunidad de que volviera a

ser su esposa el resto del tiempo que les faltaba hasta que le dieran la residencia definitiva.

Soñó con él esa noche, con sus caricias, sus besos en la boca, en sus pechos. En toda ella. Por todas partes. Se despertó gimiendo y tocándose. Gritando. Aquello tenía que acabar.

Al día siguiente, antes de volver a casa después de las clases, Luz le enseñó una casa a pocas manzanas de la de Caleb. Era de dos plantas, con una buena cocina, una bañera *spa* y un bonito jardín con piscina. Una casa que se parecía mucho a la de Caleb, la clase de casa que jamás habría soñado que tendría.

Estaba vacía. Le dijo a Luz que la quería.

– Por fin me creo que quieras cambiar de casa – dijo Luz entre risas.

– Me encanta y la quiero.

– ¿Cuándo quieres venir a verla con Caleb?

– No hace falta que la vea – sonrió –. Confía en mi buen gusto.

Así que hicieron la oferta. Luz trató de que lo negociara, pero Irina sentía que la casa valía lo que pedían. La habría pagado al contado ese mismo día, pero Luz la convenció de que esperara para que se hicieran las inspecciones de rutina.

Irina mantenía a Caleb informado de la búsqueda de casa. Y le informó el día que había apalabrado una.

La felicitó solemnemente, después se marchó de la habitación. Lo miró alejarse con la sensación de que le había roto el corazón y se llevaba un trozo con él.

Finalmente, el último viernes de septiembre, Irina tuvo su casa. Luz se sorprendió cuando Caleb no fue al cierre del trato, pero como Irina lo había puesto como copropietario, tampoco le pareció del todo extraordinario. Después de todo, no había nadie en el mundo que no supiera que Irina tenía una fortuna. La gente con mucho dinero hacía las cosas de otra manera.

Esa noche le dijo a Caleb que ya tenía su casa y se mudaría a ella en cuanto le pusiera muebles.

– Me alegro por ti – dijo él.

– Eres copropietario, como hablamos.

– Vale. Así les parecerá mejor a la gente de inmigración.

– Sí.

Se miraron a los ojos. Un súbito y caliente estremecimiento le recorrió la espalda. Se preguntó qué estaría pensando él. Y entonces Caleb dijo:

– Deberíamos abrir una botella de champán.

Se sintió como una mendiga a la que al final alguien le ofrecía un mendrugo de pan. Debería haberle dicho «no, gracias», pero se limitó a sonreír.

– Sí, estaría muy bien.

Sacó una botella de su armario para vinos, la descorchó y llenó dos copas. Le dio una y después la tocó con la suya.

– Por mi princesa favorita. Que todos tus sueños se hagan realidad.

– Y los tuyos – bebió un largo sorbo.

Cuando bajó la copa, él la miraba.

Bajó también su copa y la agarró.

– Una vez más – dijo con voz áspera con fuego en los ojos.

¿Debería haberlo rechazado? Seguramente, pero su cuerpo ardía de deseo tanto como su corazón.

Se metió entre sus brazos sin ninguna resistencia, sólo con un suspiro. La besó con fuerza, deslizando la lengua en su boca, haciéndola suya. Ella gimió de deseo de serlo.

La tomó en brazos y la llevó al dormitorio, el hasta no mucho antes dormitorio de los dos, y se inclinó para dejarla de pie en el suelo. Aún besándola, empezó a quitarle la ropa. Lo hizo deprisa.

Ella tampoco fue tímida. Le quitó el cinturón, le bajó los pantalones y con ellos los calzoncillos con cuidado por la poderosa erección que lucía orgulloso. Se arrodilló y le quitó los zapatos y los calcetines.

Suspiró al ver su sexo, tan duro, tan preparado para ella. Lo agarró y acarició su sedosa suavidad. Él la levantó y buscó de nuevo su boca.

Agarrándola de los hombros, la llevó hasta la cama. Ella se quitó las sandalias de una patada, lo último que le quedaba puesto.

Sus besos la quemaban, la encendían. Cubrió los pechos con sus manos y besó uno de ellos, mordiéndole el pezón y chupando de un modo rítmico haciendo que ella balanceara sus caderas hacia él, empujándolo, clavándole las uñas en los hombros.

Quería más, lo quería todo.

Pero él no cedió a sus ruegos. Aún no.

Siguió besándola, en todas partes. Era como en su sueño, el que había tenido la noche antes de comprar la casa, el sueño en que él recorría cada centímetro de su cuerpo con su boca, con sus caricias.

Cuando al final deslizó las caderas entre sus muslos, agarró sus nalgas con las dos manos clavándole las uñas y alzando su cuerpo para recibirlo, exigiendo que entrara.

Le dio lo que quería y la llenó por completo de una sola embestida.

Ella lo miró, buscó sus ojos que ardían como fuego verde. Había tantas cosas que quería decirle. Tantas cosas que ansiaba darle... todo. Todo lo que tenía. Todo lo que era. Todo lo que sería.

Por tanto que él le había dado. Incluyendo esa magia. Esa salvaje belleza sexual. Nunca, hasta que él llegó, había creído que podría volver a sentir esa felicidad de nuevo.

Era un regalo y estaba muy agradecida por ello. Un regalo entre otros muchos. Un regalo que quería mimar.

No se amargaría. Recordaría que nunca había sido suyo, que jamás le había prometido su corazón enamorado. Que todo lo que le había dado tenía que ser suficiente.

Cuando a él le llegó su clímax, entró en ella con fuerza. Se levantó para recibirlo, su cuerpo respondiendo al de él, marchándose con el de él por encima del límite de la plenitud. Se mantuvo tensa mientras las oleadas de placer la recorrían, hasta que no pudo más y se entregó a la magia de ese momento perfecto.

Su última vez. Deseó que no terminara jamás.

Pero terminó.

Y por la mañana, antes del amanecer, volvió a su cama. Dos horas más tarde se levantó y desayunó sola. Recogió la cocina y se marchó a clase. Esa tarde empezó las compras. Era sorprendente la cantidad de cosas que se podían comprar para llenar una casa vacía.

Una semana más tarde se mudó a su nueva casa. Mary fue a comer con ella en cuanto estuvo instalada. Le explicó que las cosas con Caleb no iban muy bien, no le dio detalles. Mary la abrazó con fuerza y le recordó que ella siempre estaría allí a su disposición y que, si necesitaba cualquier cosa, sólo tenía que llamar.

Al día siguiente Victor apareció en su puerta.

—He hablado con Caleb —dijo en argoviano—. Me ha pedido que hable contigo antes de aplastarle su bonita cara.

Irina lo abrazó y lo arrastró al interior de la casa para enseñársela. Le preparó un café y le pidió, por favor, que no hiciera nada a Caleb.

—Lo amas, creo —dijo su primo—. No te merece.

—Ha sido muy bueno conmigo, Victor. Jamás podré explicar cuánto.

—Creo que lo sé —dijo su primo.

Las cosas quedaron así.

Los siguientes días, tuvo visitas de Elena, Aleta, Mercy y la esposa de Ash, Tessa. Todas querían ayudar del modo que fuera. Todas le dijeron que la querían y que recurriera a ellas siempre que las necesitara.

También fue Corrine. Llevó con ella a Kira y su hermana, Kathleen. Irina escuchó los últimos chistes de Kira y tuvo en sus brazos a su hermana de un mes.

Irina confió a todas las Bravo que estaba buscando buenas causas que apoyar. Todas le hicieron sugerencias. Habló con su consejero de inversiones y arregló todo para donar grandes sumas de dinero a un centro de mujeres, un programa de educación fuera de la escuela para personas en exclusión, una asociación de jóvenes y un proyecto de ámbito estatal para aprendizaje del inglés como segunda lengua.

Su vida estaba llena. Y gran parte de lo que tenía se lo debía a Caleb. Si no hubiera sido por él, habría huido rápido y lejos cuando se había enterado de que le iban a denegar el asilo político. En lugar de eso, había compartido meses de felicidad con él. Con su ayuda, sus más profundas heridas habían sanado. Tenía amigos de verdad, y dinero suficiente para vivir una vida próspera y dar generosamente a los demás.

Qué más podía pedir, se decía cuando lo echaba demasiado de menos. Esperaba que fuera feliz, que disfrutara de su libertad.

Después de la marcha de Irina, Caleb trató de convencerse de que era lo mejor.

Lo tenía todo. Los horrores de su pasado quedaban atrás. Tenía derecho a una nueva vida. Un nuevo comienzo. Se había casado con él por necesidad. Sí, había dicho que lo amaba, pero sabía que eso se pasaría. La gente siempre amaba a quienes los salvaban. No quería mantenerla con él porque estuviera agradecida. Quería que tuviera una oportunidad. Que fuera libre.

Trataba de recordar lo mucho que le gustaba su propia libertad. Pero no le estaba funcionando muy bien. La casa parecía terriblemente vacía sin ella. Por no hablar del desorden.

La parte del desorden podía resolverse fácilmente contratando a otra ama de llaves. Pero no lo hizo. Si llegara a su cocina y viera en ella a otra mujer probablemente se vendría abajo. Y tampoco estaba de humor para limpiar él. Podía vivir perfectamente con ese desorden.

Trató de salir más. Después de todo siempre le había gustado la fiesta. Así que trató de ir de bares. Pero tampoco le apetecía beber, mucho menos bailar con desconocidas. Así que se marchaba a casa conduciendo demasiado deprisa.

Era un peligro en la autopista y lo sabía. Siempre lo había sido. Trataba de no sobrepasar en mucho el límite de velocidad, pero no siempre lo conseguía.

Después de que Victor casi le diera un puñetazo, su padre fue a hablar con él para preguntarle qué problema era el suyo para dejar que una mujer tan maravillosa como Irina se marchara. Caleb le dijo que se metiera en sus asuntos, pero su padre le dijo que era un imbécil antes de dejarlo solo. El siguiente fue Luke.

—Esta casa parece una pocilga —dijo al entrar.

—¿Quieres una cerveza? —respondió Caleb.

Luke aceptó la oferta y después le preguntó si había perdido la cabeza.

—¿Te acuerdas de lo que decía cuando salía con Mercy? ¿Qué lo que teníamos era lo que importaba? Después, cuando nos viste juntos, pensaste: «Eso es, eso es de lo que va todo». ¿Lo recuerdas?

—¿Dónde quieres llegar?

—¿Por qué has dejado irse a Irina? Estás enamorado de ella. Lo sabes. Todos lo sabemos.

—¿Te ha mandado ella a hablar conmigo? —gruñó la pregunta, pero dentro sintió una punzada de esperanza.

—No me ha mandado nadie. He venido porque eres mi hermano.

La esperanza que había nacido, murió en un instante.

—Entonces, métete en tus asuntos, por favor.

Después de Luke fue Matt. Y también Gabe. A todos les dijo que lo que pasase ente Irina y él no era cosa de ellos.

Finalmente lo dejaron en paz. No estaba seguro de que fuera mejor que el goteo de visitas sin avisar para darle conferencias sobre la ruptura de su matrimonio. No sabían nada. Ninguno tenía ni idea por qué Irina y él se habían juntado y por qué se habían separado.

Aunque ninguna de las dos cosas importaba mucho. Lo que importaba era que la había perdido, que no iba a volver. Y eso era lo mejor.

Elena empezó a ir dos o tres veces a la semana. Tomaban una cerveza, a veces veían una película. Le dijo lo que pensaba sobre su ruptura con Irina y no dejó que le callase la boca.

—Eres un idiota —le dijo—. Te quiere y tú la quieres.

—No es tan sencillo. Deja el tema.

—Hazme caso. Ve con ella. Dile que la quieres y que la echas de menos, que ni siquiera has contratado a otra ama de llaves, que el cesto de la ropa sucia está lleno y tu corazón roto y ruégale que vuelva.

—Y pensar que hace sólo unos pocos años ni siquiera sabía que eras mi hermana.

—Sí, bueno. Ahora me tienes, mi hermano. Aquí me tienes para decirte lo tonto que eres.

—No. En realidad, me lo ha dicho todo el mundo.

—Pero después se van y te dejan en paz. Yo voy a seguir viniendo.

—¿Y estas buenas noticias?

—Ve con ella. Vive a tres manzanas.

—Sé dónde vive.

– Compra unas flores y llama a la puerta. Cuando abra, le dices que la quieres y que tu casa es un desastre. De ahí en adelante, todo será mejorar. Confía en mí en esto.

– Cierra la boca y pásame las palomitas.

Y Elena se calló, pero hasta la siguiente vez que volvió a la carga.

– Tienes miedo, ¿verdad? No sé por qué. No es como si te hubieran educado mal o algo así. Sí, tú padre hizo el tonto una vez. Eso casi le costó todo... y acabó creándose a mí. Pero tus padres han sido felices juntos la mayor parte del tiempo. Y es tan obvio que siguen locamente enamorados, incluso después de todos estos años. De verdad que tienes que ir a ver a tu esposa.

Lo más molesto era que, después de un rato, las cosas que había dicho Elena empezaban a tener sentido para él. Jamás había sentido por una mujer lo que sentía por Irina. Mientras le había estado ayudando a conseguir la residencia y superar las cosas terribles que le habían sucedido en la vida, ella se las había arreglado para colarse en su corazón. Hasta llenarlo por completo y tomar posesión de él.

La vida era mucho más fácil cuando no le importaba nadie tanto.

Superficial, Irina lo había llamado así cuando habían acordado casarse. Superficial, pero bueno en el corazón. Quizá era superficial. Quizá le había gustado ser así. Y quizá se había separado de su mujer y dicho que era por el bien de ella cuando en realidad había sido porque ella había cambiado su vida, lo había cambiado por completo.

Y eso le daba un miedo mortal.

Abandonó la idea de salir de bares. Era demasiado deprimente. Y al final sólo conseguía volver a casa conduciendo demasiado deprisa.

De hecho, desde que sabía que acabaría con el coche contra un árbol si seguía así, tenía mucho cuidado en respetar el límite de velocidad siempre que se ponía al volante.

Lo que sólo contribuía a hacer todo lo que le pasaba aún más irónico.

Treinta y cinco días después de la marcha de Irina, un jueves por la tarde, dos días antes de Acción de Gracias, conducía a casa de vuelta de la oficina a cuarenta por una zona de sesenta.

Vio que el semáforo estaba rojo, así que bajó la velocidad hasta detenerse. Cuando se puso verde, siguió.

A mitad del cruce, un destello a su izquierda le hizo volverse a mirar. Una enorme camioneta iba a colisionar con él. Pudo ver al tipo que había tras el volante... un tipo mayor, los ojos muy abiertos, el gesto de terror.

Pensó: «Ya está, estoy muerto. Y ni siquiera iba corriendo».

Y entonces pensó en Irina.

Y entonces llegó el impacto, el sonido del metal, el mundo entero dando vueltas, un grito que podría haber sido humano... o no.

Cuando el grito terminó y llegó el silencio excepto por el siseo de un radiador reventado, miró a través de la sangre que le nublaba los ojos y lo que le pareció ver a través de lo que quedaba del parabrisas fue el hermoso rostro de ella.

–Irina –susurró, pero sabía que no era real.

Capítulo 15

La ambulancia llegó deprisa. Lo sacaron del coche y lo colocaron en una camilla para meterlo en la ambulancia.

– Vas a ponerte bien – le dijo un sanitario mientras le ponía un suero en el brazo.

Caleb se sintió realmente aliviado al oír eso, aunque le dolía todo, sobre todo el pecho donde llevaba el cinturón de seguridad.

– Y el anciano del coche...

– Ha sido un ataque cardiaco – hizo un gesto con la cabeza en dirección a la otra ambulancia –. Ahí está.

En urgencias del hospital le curaron una herida que tenía en la frente ocasionada por un pedazo de metal de la camioneta. Le dijeron que tenía suerte de haber ido en un vehículo reforzado que tenía airbag lateral.

Sabía que tenían razón, pero sólo deseaba que dejara de dolerle el pecho... y la cabeza, lo demás no importaba.

Una vez curado y limpio, lo llevaron a una habitación y entró una mujer con un dispositivo de mano. Él sonrió y señaló el aparato que llevaba en la mano.

– El tipo que me ha dado... me han dicho que le ha dado un infarto.

– Está en el quirófano – dijo escueta –. Pero hay esperanzas. Nuestro servicio de cardiología es uno de los mejores del estado. Y usted va a ponerse bien.

– Estupendo. ¿Ya puedo irme? – empezó a levantarse y gimió.

– Quédese en la cama – lo empujó suavemente –. Queremos que se quede aquí esta noche para tenerlo en observación. ¿Hay alguien a quien quiera que avisemos?

– A mi esposa – dijo sin pararse a pensarlo.

Le dio su número de móvil, un número que había sido demasiado cobarde para marcar las cinco semanas que llevaban separados.

Después se tumbó en la cama, miró el reloj y esperó pronunciando su nombre en su dolorida cabeza.

Llegó a los veinte minutos.

La puerta se abrió despacio y entró ella. Llevaba el pelo suelto, un suéter con escote de pico, vaqueros ceñidos y unas botas de tacón alto. Y los pendientes de diamantes que él le había regalado.

– Preciosa – susurró.

– Oh, Caleb – en sus grandes ojos había lágrimas. Le tomó una mano –. ¿Qué te has hecho?

– Nada, te lo juro, no iba deprisa. Un anciano sufrió un infarto y chocó conmigo.

– Oh, Caleb...

– Aún está en el quirófano, me han dicho. Parece que tiene posibilidades.

Se llevó su mano al pecho. Era agradable.

– Pero tú...

– Me pondré bien. Me hacen quedarme esta noche para estar en observación, eso es todo.

– Oh, cómo me alegro – dijo con sentimiento, como si realmente lo sintiera.

Recordó lo que le había dicho Elena que tenía que decir.

– Te amo, y mi casa es un desastre... y lo siento. Sé que debería tener unas flores...

– Oh, Caleb...

– Sigue diciendo: «Oh, Caleb».

– No sé qué decir. Sólo que tienes un aspecto terrible y que me alegro de que estés vivo.

– Me duele todo. Sobre todo el corazón. Vuelve conmigo.

– Oh, Caleb... – una sonrisa apareció en la comisura de sus labios.

¿Era eso un sí? Pero después le soltó mano.

– Empieza con un beso.

– Tu pobre cabeza – le pasó los dedos por el vendaje.

– Seguramente me quedarán cicatrices. Me gusta. Las cicatrices son interesantes.

– ¿Sí?

– Sí, ¿qué pasa con ese beso?

– Oh, Caleb... – se acercó más, tanto que le llegó su aroma.

Su aroma dulce y limpio, que tan bien recordaba. Reconocería ese olor en cualquier sitio. Lo besó, un beso suave, que terminó demasiado pronto.

– Otra vez. Sólo que un poco más largo. Y más profundo.

Irina dudó un momento.

Y antes de que se le ocurriera nada que decir para hacer desaparecer esas dudas, la puerta volvió a abrirse. Eran sus padres. Su madre dijo sin aliento:

– ¿Caleb? Cariño...

– Aleta, está bien – dijo su padre acariciándole el hombro –. Míralo. Un poco magullado, quizá, pero bien.

– Los he llamado yo – murmuró Irina –. Sabía que querrían enterarse – se apartó para que pudieran acercarse más.

Se colocaron a los dos lados de la cama.

Quería a sus padres, no debería haberse sentido resentido con ellos por aparecer cuando estaba intentando convencer a su mujer para que volviera con él, pero, al menos unos segundos, se sintió así. Después les dedicó una sonrisa de agradecimiento.

—Gracias por venir.

—Parece que va a sobrevivir —dijo su madre y lo besó en la mejilla.

—Es duro, todos los chicos lo son.

—Eso es cierto —dijo Caleb—. De cabeza dura, como el padre.

Su padre se echó a reír. Su madre suspiró.

—De verdad, no ha sido nada —los tranquilizó Caleb—. Me van a tener esta noche en observación.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó su madre—. ¿Ibas muy deprisa?

—No. Iba despacio —les contó el accidente.

Llegó una enfermera. Le tomó la tensión, le miró las pupilas y le preguntó si se sentía aturdido o con náuseas. Cuando respondió que no, les dijo a sus padres que no había nada de qué preocuparse.

Se marchó.

Empezó a temer que Irina pensase que ya tenía a sus padres y que no necesitaba que se quedara ella.

Podría irse. Eso no podía suceder. No podía permitirlo.

—Bueno, no hace falta que os preocupéis —miró a su padre con intención—. Irina me vigilará.

—Bueno... —su padre captó el mensaje—. Entonces...

—Vale —dijo su madre volviendo a besarle en la mejilla—. Le diré a la enfermera que nos llame de inmediato si hay alguna complicación.

—Vale, mamá. Pero no la habrá.

—Me alegro de que estés bien —dijo su padre.

Se despidieron de Irina y su madre le susurró:

—Me alegro de que estés aquí.

—Cuida de él —dijo su padre.

Por fin se quedaron los dos solos.

Hubo un momento extraño. Se preguntó qué podía decir después, cómo podía convencerla de que de verdad había visto la luz.

Entonces ella le tomó la mano. En ese momento supo que podía llegar a algo.

—¿Recuerdas... —dijo con un nudo en la garganta— cómo solíamos dormir?

–Tú en tu lado de la cama, yo en el mío –dijo ella con voz temblorosa, agarrados de las manos –una lágrima le recorrió la mejilla–. Lo que decías antes de que vinieran tus padres...

–Lo digo de verdad –la voz se le quebraba por la emoción–. Cada palabra. Vuelve conmigo. Es todo lo que quiero. Lo único que importa.

Se levantó de la silla para besarlo y susurrar:

–Creía que estabas perfectamente soltero...

–No tenía ni idea de lo que me estaba perdiendo –le acarició el pelo–. Tú me lo has enseñado. Pensaba que dejar que te marcharas era hacer lo correcto porque tenía miedo de cuánto te quiero, de lo mucho que significas para mí.

–Tienes que estar seguro. Mi pobre corazón está cansado de romperse. Ya he perdido muchas cosas en mi vida.

–Lo sé, y sé que te pido mucho. Ya eran demasiados dos años...

Una carcajada se escapó de la garganta de Irina, pero después volvió a ponerse seria.

–Caleb, no estoy de broma.

–Yo tampoco. Sé lo que quiero. Te quiero a ti. Te amo, Irina. Quiero que nuestro matrimonio sea algo real. Quiero pasar contigo Acción de Gracias y Navidad. Año Nuevo y el día de San Valentín, nuestro primer aniversario. Quiero que tengamos hijos. Quiero que durmamos juntos, tomados de la mano cuando los dos tengamos el pelo gris.

–Oh, Caleb... –se llevó su mano a la mejilla.

–Si supieras cuánto te he echado de menos, lo solo y desgraciado que me he sentido desde que saliste por la puerta.

–Caleb...

Caleb esperó en silencio para que le diera la respuesta que tanto esperaba.

–Sí –susurró ella y después con más firmeza –: Sí.

–Para siempre –juró él.

–Para siempre –respondió ella–. Te amo, Caleb.

–Y yo a ti, Irina –dijo con sentimiento, con pasión.

Con la conciencia de que ese compromiso era para toda una vida juntos. Siempre.

Ella era mucho más que a lo que se había comprometido... una princesa refugiada, guapa, llena de cicatrices y orgullosa. Y aún de pie, aún fuerte, sin importar lo que le hubieran hecho.

Había accedido a pasar dos años a su lado y había acabado siendo para siempre. Era un acuerdo para toda la vida. De eso no había ninguna duda.

Fin